A 406189

PROPERTY OF

The University of Michigan Libraries

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

VNA LIMA QVE SE VA

OBRAS DEL AVTOR

EDITADAS

BAJO LA LUNA, Prólogo de José de la Riva Agüero.—Biblioteca Poética de Garnier, Paris 1911, (Poesias)

JARDIN CERRADO, Prólogo de Ventura Garcia Calderón.—Biblioteca Poética Garnier, Paris 1912, (Poesias)

POSIBILIDAD DE UNA GENUINA LITERATURA NACIONAL—Tesis doctoral.—Casa Editora Moral, Lima 1915

CUESTIONES IBERO-AMERICANAS—El conflicto entre el Perú y Chile—Folleto de propaganda—Editorial Barcelonesa, 1919

UNA LIMA QUE SE VA (Crónicas)—Prólogo de Don Ricardo Palma—Editorial "Euforión", 1921

EN PREPARACION

PAZ ALDEANA (Poesias)

NUEVOS SENDEROS (Poesias)

ANTOLOGIA CATALANA (Traducciones)

CUENTOS DE ANTAÑO..... (Poema escénico)

LA BODA (Ensayos de novela nacional)

DE MI VIDA (Crónicas, articulos y discursos)

JOSE GALVEZ
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VNA LIMA QVE SE VA

(CRONICAS EVOCATIVAS)

PRIMERA SERIE

CIVDAD DE LOS REYES DEL PERV
EDITORIAL EVFORION
M C M X X I

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

INDICE

	Pág.
Autógrafo	
Prólogo	1
Retrato del autor	
Visión de una Lima que se va....	3
Los mil y un fantasmas de Lima	14
Lima, ciudad de campanas y de campanillas. ..	31
La Cometa	48
Labores de mano	63
Los faites	69
Los Títeres	83
¡Ladrones!	98
El Viático	115
Las Beatitas	128
Los Mataperros	139
Bautizos y Matrimonios	164
Pensionistas del Estado	177
Mis amigos de la Plazuela de San Juan de Dios....	188
Nuestros Balnearios	198
La Tertulia	214
1895	234

F
3601
.G18

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

CUANDO aparecieron algunas de estas crónicas firmadas con el seudónimo *Picwick* en el diario LA CRÓNICA y en la revista VARIEDADES, en su mayor parte, la atención pública las recibió con especial regocijo, por que reflejan olvidados aspectos de la pintoresca vida limeña que día a día cambia de modo sustancial sus típicas costumbres. Durante mucho tiempo permaneció ignorado el autor, pero al fin se supo que era el poeta Jcsé Gálvez, que aparecía en la prosa con este nuevo aspecto restaurador generoso, como el primero seguramente entre las actuales generaciones, capaz de dar un aspecto esencialmente nacionalista a nuestra literatura, tendencia que, como se sabe, esbozó desde 1910 de manera franca y decidida, predicándola de todas suertes y muy especialmente con el ejemplo.

El éxito de estas crónicas llegó hasta el patriarca de nuestras letras Don Ricardo Palma, qnien en un arranque que honra al viejo

704221-015

maestro y al novelautor señaló a José Gálvez como el verdadero continuador de su obra evocativa.

En 1916, a raíz de un grave accidente que sufrió la salud del poeta de la juventud, los intelectuales, estudiantes y periodistas, acordaron en una inolvidable sesión, publicar las principales crónicas limeñas de Gálvez y el Círculo de Periodistas—hoy extinguido—se afanó por llevar a buena realización tan hermosa iniciativa. Alejandro Ureta, presidente entonces de aquella institución, dió con el mayor entusiasmo todos los pasos, y estando ausente el poeta en Europa, inició un expediente pidiendo el apoyo de la Municipalidad para que se publicara esta obra en la que vive el alma limeña en todos sus aspectos siendo una viva muestra de nuestro *folklore* y de nuestra real sicología, pero—¡cosa admirable!—cuando todo parecía allanado en el año 1918, si no recordamos mal, el expediente se perdió en las oficinas municipales o tal vez en poder de algún señor Concejal de entonces. El honor es el mismo. Pero la no realización de la obra hasta hoy ha permitido que el libro sea ampliado con algunas nuevas crónicas; que en otras Gálvez haya hecho modificaciones esenciales que las hacen aparecer con un aspecto de interesante novedad y que haya depurado el estilo, y que seamos nosotros, que nos hemos pro-

puesto hacer una obra realmente nacional, los que llevamos a cabo la edición largamente esperada de un libro que será uno de los más valiosos, sin duda, que aparezcan con ocasión de la fecha de nuestro centenario político.

Ricardo Palma

Miraflores, 22 de Mayo 1913.

Mi queridísimo poeta José Gal-
vez va á matricularse entre los
hombres que viven la vida de la
gente seria. Por eso le obsequio la
pluma con que escribí mis Tradicio-
nes, á fin de que la entrente para
dar á luz cuadros histórico-socio-
lógicos de Lima. Por los pocos que ha
publicado hasta ahora, puedo augu-
rar que mi pluma, manejada por José
Galvez, enaltecerá siempre el recuerdo
de mi nombre.

Ricardo Palma

AUTOGRAFO DE DON RICARDO PALMA

PROLOGO

A manera de prólogo—el mejor de los mejores—reproduzco la carta autógrafa del maestro inimitable de las Tradiciones.

DEDICATORIA

A la memoria de Don Ricardo Palma, que generosamente supo alentarme en mi labor de evocación literaria, dedico este libro de crónicas, en las que vaga el dulce espíritu de mi madre, que llenó mi infancia y mi primera juventud con el aroma gentil de sus leyendas preñadas del espíritu adorable de una Lima que se va. . . . . .

JOSE GALVEZ.

JOSE GALVEZ

Visión de una Lima que se va.....

EN LA CASA DE POBRES DE SAN CARLOS

(A José Sabogal)

FUERON siempre en Lima lugares clásicos donde se refugió la vida antigua, las llamadas casas de señoras pobres, asilos fundados por la piadosa caridad de algunas personas, para que en ellos se recogieran las señoras venidas a menos, lejos de la pompa del mundo, libres de la tiranía del casero. En aquellas casas, algunas originalísimas en su construcción, se guardaban religiosamente los recuerdos de los buenos tiempos. De allí salieron flores de briscado, labores finisímas de tejidos y bordados, bocaditos sabrosos, nueces rellenas, *imperiales*, pastas, a la vez que tradiciones y consejas. Entre sus muros tristes, amenudo arrastraron su vejez resignada damas que fueron opulentas, y en los jardincillos modestos se cultivaron flores de humil-

dad y religiosa fragancia. Allí muchas veces hallaron los anticuarios talladuras originales, y para aspirar el rancio perfume de la doméstica alhucema no había sino que visitar algunos de aquellos amplios y silenciosos solares donde se conservaba la beatífica costumbre de guardar en los armarios peritos aromosos y blancos jazmines, que dieron leve aroma de huerto a los vestidos.

EN LA CASA DE SAN CARLOS
IRRESPETUOSIDADES DEL PROGRESO

Según tradición, no muy conocida, la calle de *Pobres* tuvo tal nombre porque allí tenía su principal entrada la casa de señoras que fundó la caridad de una dama limeña, cuyo nombre no hemos podido obtener. La buena dama recomendó la obra pía a su confesor el señor Bachiller Don Pedro de Biedma, (cuyo retrato se conserva en la capilla), quien a su vez traspasó el encargo a los señores Arzobispos. Con el tiempo fué desmedrándose la casa, quedando convertida en puerta principal de entrada la que fuera puerta falsa de la calle de *San Carlos*.

La circunstancia de pasar por medio de la finca la *Avenida Piérola* que habrá de cortar el Asilo, y el hecho, ya sabido, de que va a venderse la actual propiedad, para lo que se corren los trámites judiciales, nos movió a

hacer una información minuciosa sobre esta vieja fundación que se irá también, como tántos otros rincones tradicionales de la Lima de nuestros abuelos. En la fachada vetusta de anchuroso portón y bajo rudimentaria cornisa, leímos, en caracteres romanos, la inscripción siguiente:

CASA DE SEÑORAS POBRES
PATRONATO DE LOS SEÑORES ARZOBISPOS

Un braquete labrado barrocamente, de los que sirvieron cuando el alumbrado público era de gas, nos hizo recordar viejos tiempos y limeñas noches de luna. La herrumbre había puesto su marca venerable en el vetusto lampadario. Traspusimos el umbral. Un ambiente diverso se respiraba allí, como si se aquietara mansamente el violento rumor de la vida.....

VISITANDO LA CASA

Ya al trasponer el umbral, experimentamos las sensaciones de frío y vetustez por el pasadizo de ladrillos, desnivelado y desgastado con el uso. Aquellos viejos ladrillos pasteleros y las piedras del pavimento ponen un sello de cuidadosa y severa limpieza. Dos muros paralelos al comienzo del zaguán, sobre los que tal vez se apoyó un arco, abren la en-

trada en el solar tranquilo. A la derecha, una hilera de desiguales puertas hace pensar en monásticas celdas. Las paredes pintadas al temple y descascaradas por la humedad y por el viento, hacen resaltar entre las apolilladas y en veces labradas puertas, viejas ventanas de balaustres tallados, por donde trepan jazmines, ñorbos y mastuerzos, poniendo la nota multicolor de sus diversos pétalos sobre la monotonía de la pintura desteñida. De trecho en trecho, algún viejo farol para lámpara de kerosene, delata el parco alumbrado que se utiliza en las breves noches del asilo, donde todas se recogen temprano.

EL PATIO

Traspuesto el corredor, la vista descansa en la policromía del jardincillo, que realzan un pilón de agua fresca y bandadas de palomas blancas. Los tiestos lucen claveles de vivos colores, rosas rojas y blancas, violetas aromosas, campánulas celestes, mastuerzos amarillos, y, dondequiera, sobre las macetas de arcilla, en las herrumbrosas cajas de latón, se alzan flores que perfuman el ambiente y rinden homenaje a la tosca cruz de madera erguida en el centro.

Un surtidor cristalino y musical fluye en la clara quietud del patio que, tiene la espaciosidad y la dulzura grave de un claustro

monjil. Aquí y allá se ven puertas-ventanas, de interiores apacibles, de los que viene un rumor apagado de añoradoras charlas. Frioleros gatos domésticos, acurrucados, pestañean tranquilos y filosóficos, y levantan los ojos translúcidos cuando alguna paloma desenvuelve la blanca parábola de su vuelo.....

LOS INTERIORES

Tímidamente pedimos permiso. Un gato enorme nos mira con fijeza. Tras las mamparas diríase que la personificación de la Lima antigua nos invita a pasar adelante, en tanto que nosotros llamamos con la arcaica y devota fórmula que en este ambiente nos parece imprescindible: *¡Ave María Purísima!*.....

Una anciana de venerable aspecto nos recibe. Hay en sus amables ademanes recuerdos de mejores épocas, Parece una antigua canonesa del vecino y menoscabado Monasterio de la Encarnación. La edad y la ruina no le han robado la señoril arrogancia de otros tiempos. En sus manos de hidalga pulcritud luce un anillo de oro, símbolo de viudedad, evocador de amores difuntos y extintas felicidades. Respetuosamente nos inclinamos. Y luego, sobreponiendose el cronista al poeta, observamos la vivienda. El entablado liso y limpio. Las paredes blancas, pintadas de cal..... Muebles enconchados, ricos y an-

tiguos, testigos mudos de horas opulentas. La clásica cómoda, y sobre ella las chucherías inevitables. Bajo la esférica guardabrisa, el Niño Jesús. Aquí y allí, briscados, flores de mano y aquellos capulíes aromáticos que hacen pensar en los morenos rostros de las bellezas de antaño. De las paredes pendían amplios cuadros al óleo, resquebrajados y huérfanos de sus dorados marcos, desde donde nos miraban severos personajes, testimonio de encumbrada prosapia: dos generales con altos cuellos y las clásicas patillas bolivarianas; un austero religioso, (que siempre fué de buenas casas tener deudos de sotana y cogulla) y una dama de aquellas de ahuecado traje y escote opulento. Varias policromías de santos y una de Su Santidad, el Papa. En los sillones de caoba, antimacasares, y, sobre una repisa, ante el santo de la devoción predilecta, la consabida lamparilla de aceite de mortecina luz, que se filtra a través del rojo y labrado cristal.....

Como contraste, desde el cuarto vecino el modernísimo rumor de una máquina *Singer* habla sobrado expresivamente de las fatigas y desvelos cuotidianos. Con indiscreción miramos y sorprendemos a una niña cosiendo. Mientras el hilo se desenvolvía del carrete y el blanco lienzo asomaba, empujado por las hábiles manos, los sueños iban también tejien-

do su fina trama de ilusiones. Sentimos angustia por aquella bendita gracia de mujer que se gastaba oscuramente en el solar antiguo. La anciana sorprendió nuestra mirada y nos dijo con seriedad: «Es mi sobrina.....»

En el corto traspatio del fondo, una gallina, escarbando, llamaba a los polluelos que piaban. Nos imaginamos el limpio corralito con la ancha olla para el agua, donde—secreto de naturaleza—se sumergiría una vieja llave; y adivinamos los cordeles donde penderían los albos lienzos, fragantes a jabón de coco y a lejía.

EL COLEGIO

Salimos del cuarto y seguimos en nuestra peregrinación. De pronto nos sorprende gratamente el coro infantil de unas voces. Todo el cuadro de nuestra infancia descuidada nos llena el alma de nostálgica angustia al evocador conjuro de las vocecillas A, B, C, Ch, y mentalmente repetimos los picarescos versecillos:

La cartilla *me se* fué
Por la calle *e* la Mercé,
No me pegue usted *mestrita*
Que mañana la traeré.

Entramos con la profesora. Al vernos entrar, los niños se ponen de pie. El piso es de

grandes ladrillos. Las silletitas de madera de *pájaro bobo* y con tejidos de paja, se alínean simetricamente. Niños y niñas aprenden las primeras letras. Están en la bendita época del *Borrell*, del *Catón* y de la *Mantilla*. Repiten diariamente aquellos encantadores pasajes de *ba-be-bi-bo-bu*, del *dos* y *dos son cuatro*, mientras los más grandecitos leen gravemente aquello de *Conchita da de comer a las tortugas*. La *mestrita* les señala con un puntero en el antiguo silabario, les repite amorosamente la lección y es la que da la señal del recreo, cuando se abren las canastillas para sacar el *lonche* que la mamá les pusiera, antes de despedirlos con un beso.

La Directora de la escuelita es la más antigua asilada. Ella ha sido quien nos contara que la puerta estuvo antes en la llamada calle de *Pobres;* ella ha sido quien nos ha dicho las sucesivas transformaciones de la casa. Es sencilla y modesta. En su escuelita han aprendido las primeras letras muchos que luego fueron abogados y médicos notables, «toda gente buena».....

LA CAPILLA

Junto al jardincito aparece la capilla, donde todos los días al toque de ocho se reúnen las asiladas a rezar el Santísimo Rosario acudiendo al llamamiento de la esquila que

pende en el traspatio. La *sacristana* nos conduce, y penetramos en el oratorio decorado a la usanza antigua, lleno de dorados y de pinturas. Allí está el altarcito cubierto de flores humildes, los fanales de colores y la concha de mármol que ofrece el agua bendita. En el oratorio, un vago aroma de sahumerio invitaba al recogimiento, y entre la sombra parpadeaban las mortecinas luces de las lámparas. Vimos un melodio pequeño, vibrante aún del último trisagio, y pendiente del muro a la derecha, nos llamó la atención un viejo lienzo oscurecido por el tiempo, en el que resalta la figura austera de un sacerdote, aquel a quien la piadosa donante encomendó el cuidado de la casa que expresamente legó para las señoras pobres de Lima. En un ángulo del cuadro, en gruesas letras, se lee esta inscripción:

EL BACHILLER DON PEDRO BIEDMA
CAPELLAN I FVNDADOR DE LA CASA
MVRIO EL AÑO 1721

En un altarcillo se alza la pequeña Virgen Inmaculada, a quien llaman *Fundadora* y a cuyos pies tántas veces rogaron las asiladas. Hay en la capilla una atmósfera de humilde fervor, y parece flotar de continuo una plegaria entonada a la sordina.

Todo el local tiene la pátina venerable del tiempo. En muchas de las asiladas se descubren el señorío y la noble resignación de la dignidad virtuosa, bajo la doble pesadumbre de la vejez y la pobreza. Todas las remembranzas son allí de una Lima desvanecida en lo pasado, ya remotísima, sencilla y patriarcal. Y es porque en estos anchurosos solares el progreso no entra y deja perdurar, como en un remanso, el suave reflejo de una piadosa antigüedad. Tiempo de mixturas, de aromas, de sahumerio, de flores raras y caprichosas como los ñorbos, de castizos santos españoles, de crucifijos de talla y Dolorosas con siete puñales. Allí no parecen cursis los ingenuos *nacimientos* bajo las urnas de cristal, ni los ramos de briscado, de que penden figurillas tejidas, medias nueces con *misterios* de navidad en miniatura, y es allí donde hasta bien poco quedaban, esquivándose a la solicitud codiciosa de los modernos coleccionistas esos baúles huamanguinos de labrado cuero, esas consolas talladas, esos filipinos enconchados.....

DEMOLICION DE LA CASA. PEREGRINACION DE LAS ASILADAS. ¡TRISTE MUDANZA DE LAS COSAS!

Desde el centro de este tranquilo refugio se distingue el prosaico tejado de la casa *Giacoletti*, avanzando hito de la Avenida Piéro-

la, que adelanta destruyendo recuerdos y suscitando ilusiones, las cuales a su vez han de ser añoranzas en el remoto mañana.....

Sólo al regresar del plácido hospicio anotamos el dato y recordamos el verdadero objeto de nuestra visita: saber la historia y la vida de esta casa para ocuparnos en el triste asunto de la mudanza de las asiladas. ¡La casa va a venderse! La Avenida ha de atravesarla en parte, y, sin duda, no se quiere o no se puede hacerle una fachada que mire a la Avenida. Ya las asiladas fueron notificadas por el Alcalde, ya en la casa hay motivo de angustias, mientras se llena de cirios y plegarias el retablo de la Virgencita fundadora. Se habla de nuevo Asilo en la calle de las *Cabezas*. Se dicen tántas cosas. Pero el hecho indudable es que desaparece de la calle de *San Carlos* la casa de los señores Arzobispos. La fundadora no sospechó que su piadoso deseo habría de ser modificado tan sustancialmente.

EVOCACION

De vuelta del Asilo, ya sobre las cuartillas, sentimos la irremediable melancolía que fluye del retiro que hemos visitado. Volvieron a nuestros recuerdos, avivados por la piedad, el largo pasadizo de ladrillos, las apolilladas puertas, los botijos con flores, los gatos acurrucados en las puertas, el oro de los retablos

en la capilla donde soñaba pretéritas misas el melodio, los muebles antiguos, los capulíes aromosos, las viejecitas venerables y aquel rumor infantil descuidado y gozoso de niños que tal vez muy pronto, no habrán de repetir su *Borrell*, ni cantar la *Salve* en aquel solar tranquilo, y sentimos la nostalgia que habrán de sentir aún las viejecitas regañonas cuando allá en el destierro no escuchen el coro infantil de aquellas voces: A, B, C, Ch.

Y sentimos también la melancolía profunda de toda esta vida que se va. Y se nos encogió el alma al pensar en la amargura que sentiremos cuando, al pasar por aquella calle, no veamos el gran portón, ni divisemos, doblando hacia el traspatio, la sombra silenciosa y leve de alguna de aquellas viejecitas, seguidas por el gato, que restrega plácidamente el lomo enarcado en la abrigada falda de la buena ama que lo engríe.....

Sunt lacrymae rerum et mentem mortalia tangunt.....

NOTA.—Se ha suprimido de esta información la parte relativa a la mudanza de las asiladas que ya están en la calle de las «Cabezas». La casa de «San Carlos» ha sido demolida. Sus ruinas dan al polvoriento parque Universitario. Era el rincón evocado, una amable síntesis de la Lima que se va.

Los mil y un fantasmas de Lima

(A Ricardo Walter Stubbs)

Es viejísima costumbre la de hablar de *penas*. No hay limeño que no conserve en la memoria alguna leyenda como para hacer erizar los cabellos al más guapo. ¿Quién en la niñez no ha sentido el encanto punzante y agudo de oír una voz gangosa y sorda que decía historietas de almas en pena? En nuestros ojos se reflejaba el pánico que no era óbice para continuar escuchando, con la sola condición de que la *mamita* nos diera después la mano, hasta que venciera el sueño la magia terrorífica de los fantasmas del cuento.....

CONVERSACIONES SOBRE PENAS
LEYENDAS ANTIGUAS

No hubo casa en Lima, donde, por la servidumbre especialmente, se dejara de contar algo sobre *penas*, con tal aire de veracidad,

con tan pintoresco estilo, tal arte tan ingenuo y convincente que los niños oían abobados a las *amas* esas leyendas que iban dando a sus ánimos predisposiciones enfermizas y atando sus voluntades con timoratos hilos. La servidumbre de antaño formaba, es sabido, parte del hogar. Quedaban aún las manumisas, las *zambitas* engreídas, que habían envejecido en la casa, que conocieron al abuelo, al padre y a la madre y que hacían tertulia en el cuarto de los *niños*, complaciéndose en relatar historias de ladrones y de aparecidos. Como en aquellos tiempos los niños, hasta muy creciditos, comían antes que las personas mayores, quedaban luego en manos de las *amas* y entonces comenzaba el rosario inacabable de los frailes sin cabeza, de los perros con los ojos de fuego, de los ruidos de cadenas que se arrastraban lúgubremente, de los golpes sordos en los batanes y de los pasos que se perdían en los sombríos corredores.....

Los narradores tenían un repertorio de cuentos viejos, relatos legendarios de la época colonial, fecunda en procesiones de ánimas benditas, condenados que entonaban *miseres*, en largas hileras de frailes sin cabezas que desfilaban por la noche en las iglesias vacías, aterrorizando a algún ladrón sacrílego, el cnal se convertía y, más tarde, en el Conven-

to, entregaba el alma a Dios, en el más puro olor de santidad.

De aquella época hay muchísimas historias de aparecidos. Las *procesiones de San Agustín* y *La Soledad y el coche de Zavala* vivían hasta hace poco con animada realidad en la imaginación de las gentes de Lima. Bien dice Don Ricardo Palma que la civilización, el alumbrado público y la policía han ahuyentado a las *penas*. Y la modernísima forma de las estrechas casas de hoy, añadiríamos nosotros. Pero en aquellos tiempos de enormes casonas, hubiera sido considerado demoniaco quien dudara de que en las noches cruzaba algunas calles el resonante *coche de Zavala*. Otra leyenda antigua, muy repetida en los cuentos caseros, era la de *La Viudita*, que fué trasplantada a Lima desde Arequipa, donde nació, según relata Don Ricardo Palma en aquella tradición en que pinta al Mariscal La Fuente desvaneciendo el encanto y casando a la viudita con el ingrato por quien ella había decidido ser fantasma en vida. Aquellas antiguas consejas revivían en los cuentos de las *amas* y a muchas dió forma literaria el tradicionista ilustre.

LAS CASAS INALQUILABLES.—LOS TAPADOS

Las *penas* tenían fin religioso o fin mercantil. Las ánimas volvían a su fatigoso pe-

regrinaje a la tierra o porque necesitaban sufragios para salvarse del purgatorio en que moraban, o porque habían dejado algún *entierro* o *tapado* que señalaban de ultratumba con cabalísticos signos al valeroso que se atrevía a afrontar la mágica presencia de las apariciones. Los *tapados* fueron, pues, uno de los medios más eficaces para que en Lima se conservara la superstición de las penas, pues como realmente se descubrieron muchos, siempre alrededor de algún descubrimiento se forjaban leyendas misteriosas en que aparecían duendes y fantasmas.....

Toda casa grande y oscura que se desocupaba en Lima estaba en inminente peligro de quedar deshabitada, porque los vecinos aseguraban que de ella veían salir llamas, que en las noches los perros ahullaban, que graznaban las lechuzas y que en los gallineros circundantes las gallinas se alborotaban cacareando hasta que llegaba la luz del alba. Quienes tales leyendas contaban lo hacían con la voz ahuecada y temblorosa. Las casas deshabitadas adquirían un siniestro prestigio que las hacía temibles. De sus interiores sombríos y aterrorizantes, salían ruidos subterráneos, plegarias, imprecaciones y quejidos. No faltaban testigos que afirmaban haber visto en cierta noche por la entreabierta ventana de la vacía mansión, pasar una

forma imprecisa, casi aérea y luminosa, que era sin duda el alma de un difunto que algo dejó sin arreglar en la tierra.....

LOS MIL Y UN FANTASMAS
"OJOS DE VER Y OIDOS DE OIR."

Son innumerables los cuentos de *penas* que en Lima asustaron a grandes y chicos. Hubo época en que las conversaciones de gentes relativamente serias se referían casi por entero a comentar la última versión que corría sobre el fantasma de la calle tal, sobre el aparecido de la casa de Don Mengano, sobre la mudanza que habían tenido que realizar los señores X, porque diariamente los apedreaban, sin descubrirse el misterio, hasta que el terror los había convencido que eran aparecidos los apedreadores. Los fantasmas en Lima pasaron por diversas vicisitudes, adquirieron todas las formas y se manifestaron como los más modernos espíritus, por medio de golpes, apariciones luminosas, frases entrecortadas y soplos siniestros que por arte de birlibirloque cerraban ventanas y abrían puertas en las que anticipadamente se habían corrido todos los cerrojos y se habían apoyado las más sólidas *trancas*. Fueron de variadísimas clases los fantasmas. Pero todos tuvieron desmedida afición por las vestiduras blancas y al aparecer lo hacían con talares y

albos ropajes que arrastraban por los suelos. Elásticos y suaves, se deslizaban sin hacer ruido y crecían y se achicaban a voluntad. Tal es la fuerza de la leyenda, que el cronista al describir lo que oyera de niño, cree efectivamente ver deslizarse por algún corredor oscuro la blanca y vaga aparición de un fantasma que avanza con la mirada muerta de sus vacías cuencas.....

Sin embargo en todos los hogares no faltaban espíritus escépticos que no creían en las *penas* y que desesperaban a los crédulos con sus dudas. Pero para ellos había una respuesta digna del Evangelio, sencilla y profunda. El *ama* a quien se decía que no había verdad en sus relatos, contestaba con bíblica superioridad: *Es que hay ojos de ver y oídos de oír.* Y la frase se repetía como incontestable. Había, pues, gentes que veían y gentes que escuchaban. Llegaban a los hogares y, portadoras inconscientes del misterio, luego que llegaban relataban estupendas aventuras realizadas la víspera. Un día se trataba de un espantoso ruido de cadenas, mezclado con carcajadas estridentes o comprimidos sollozos; otro, de la aparición de un perro negro, enorme y aullante que arrojaba llamas por los ojos; otro, del interminable resonar de un bastón movido por invisibles manos..... Y así con ejemplar monotonía relataban ante

la temerosa concurrencia escenas espantosas en que las *penas* se habían apoderado de una casa y no dejaban vivir a los vecinos. Muchas veces ocurría que en la noche, a la hora familiar y tierna de la sobremesa, entraba al comedor alguna de las tías viejecitas que volvía del trisagio y que, agitada y temblorosa, contaba la última noticia: «La casa de *Misia Manonga* está maldita. Desde hace tres días no cesan de escucharse gritos al sonar las campanadas de las doce. Han registrado los rincones y nada han encontrado. Han puesto imágenes en todas las puertas y los ayes se repiten. Han encendido la luz y nada han visto; han vuelto a apagarla y han renacido las lamentaciones. Han consultado al señor Cura; han hecho exorcizar hasta los últimos vericuetos y a las doce en punto ha vuelto a taladrar los oídos de los vecinos la cantaleta.... Mañana se mudan. En la tertulia doméstica pasa con el relato un soplo trágico. La leyenda vulgar trae en sus alas algo del eterno misterio que nos circunda. Las niñas miran con pavor la sombra, y una puerta lejana que al cerrarse resuena con su particular chirrido, hace ponerse de pie, mudos y dilatadas las pupilas, hasta a los mocetones. Un viento frío que se cuela por la ventana apaga el candil y se escucha, mientras atropelladamente buscan el pedernal para hacer lumbre, un cas-

tañateo de dientes y un ritmo apresurado y congojoso de golpes de pecho..... Y éste era un cuadro frecuente en todos los hogares.

Había pues, *ojos de ver y oídos de oír*. No a todos era dado alternar con las *penas*. Pero muchos incrédulos se convertian en edad tardía, alguna noche en que al entrar a la casa, una mano invisible, que era el postigo generalmente, les sujetaba por el faldón de la levita con fuerza del *otro mundo*.

LA DANZAS MACABRAS.—MUERTOS QUE TIRABAN DE LOS PIES.—EL CUCO.—LOS CUARTOS OSCUROS

Hubo *amas* exageradas que llegaron a contar a sus engreídos, haciéndolos estremecer de pavura, leyendas en que aparecían canillas sueltas que buscaban *su cuerpo*, calaveras que rodaban solas, costillas descarnadas que daban volatines y por último esqueletos íntegros, *carcanchas* como los llamaban (con palabra e imagen heredadas de los indios quechuas), que jugaban a los palitroques con canillas y calaveras de otros difuntos. La intrepretación vulgar de este género, verdaderamente aterrorizante, era la falta de sepultura sagrada en qne habían quedado los cuerpos de los que volvían para que algún cristiano cumpliese con la santa y ritual costumbre.

Las *penas* cumplían también una rara y dura misión educativa: las *amas* solían ame-

drentar a los niños malcriados, contándoles que a los *chicos malos* les tiraban de los pies "los muertos que venían del otro mundo". El espanto de los muchachuelos ante este sistema de paralizar sus ímpetus de travesura, era indescriptible y durante muchas noches sus imaginaciones atormentadas se agitaban inquietas ante la posible visita de *el muerto*. Se acostumbraba—y desgraciadamente se acostumbra aún—asustar a los niños con el *Cuco*, trasgo fantástico y desconocido, temible por ignoto, primera noción de aparecidos que recibe la impresionable fantasía infantil. Detestable costumbre ésta, nunca bastante censurada, que va minando las energías volitivas del niño, que le acobarda prematuramente y que le hace tímido y supersticioso.

Los cuartos oscuros eran para los chicos y para las imaginaciones débiles de muchas personas maduras el mayor tormento posible y cuando necesitaban atravesarlos, lo hacían silbando o cantando, como si buscaran compañía en la propia voz y como si se aturdieran y alejaran el fantasmagórico peligro con el ruido. El castigo más grave que se podía aplicar a un muchacho era enviarle a buscar algo en el cuarto distante, sombrío como una caverna. Y en veces hasta las personas mayores entraban temerosas y por *puro punto*, como se dice gráficamente.

LOS DUENDES

En Lima creíase—y vive aún en la fantasía popular—en el *duende* aparecido que era, según viejos relatos, de cortísima estatura, cabezón y un verdadero especialista en apedrear los interiores de las casas. Los pintaban malévolos, burlones, como una especie de diablillos, a los que había que ahuyentar haciendo la señal de la cruz. Los *duendes* fueron los verdaderos enanos del viejo mito limeño de la fantasmagoría popular. Sea por diferenciación de raza o por otras razones, el hecho es que para la superstición de estos pueblos semilatinos el enano era un tipo peligroso, indolente, antipático, dañino, mientras en otros pueblos, en las leyendas escandinavas, germánicas, nórdicas, el enano es una especie de buen genio conocedor de las riquezas ocultas, maravilloso acaparador de piedras preciosas, sutil alquimista que vive en los bosques cuidando diamantes y soñando en salvar de las maldades de las madrastras legendarias a las Blancas de Nieve, en la dorada montaña.....Para aquellos pueblos poéticos, los enanos, los gnomos, los silfos son geniecillos simpáticos, con sus gorros en punta, sus largas barbas blancas, sabios en extraer el jugo de flores y el fantástico secreto de los montes....Pero en estos trigales, el ena-

no es el *duende*, una especie de *palomilla* facineroso que se entretiene tirando piedras, diciendo lisuras y hundiendo la mollera a los recien nacidos.....

ANECDOTAS, ROGATIVAS Y LIMOSNAS

Son incontables las anécdotas y las leyendas sobre aparecidos en Lima. Hubo muchísimas casas, a las que, hasta hace quince o veinte años, la fama había tejido una siniestra celebridad. El cronista recuerda una de la calle del Pacae que tuvo reputación de ser guaridad de *penas*: allí paseaban frailes sin cabeza, llevando cirios en interminable desfile, se escuchaba ruidos subterráneos, quejidos, rumor característico de cubos que se vacían, sonar de batanes, crepitar como de leña verde a la que se prende fuego, carcelario sonido de cadenas y clamorosas letanías que se perdían ululando en los corredores. Vivió también el cronista en una casa de la calle de Plumereros, en la que, cuando pasó a otros dueños, según contó la servidumbre, no se podía vivir, tal era la irrupción de *penas* que rondaban por los corredores, lloraban en las escaleras, abrían las puertas y cerraban las ventanas. Recuerda además una historia extraordinaria de los barrios del Cercado y deja en el tintero una serie de anécdotas de los mil y un fantasmas que vivieron

tan campantes en las tres veces coronada ciudad de los virreyes y de los cándidos.

Para la imaginación popular, que aún no ha perdido la creencia en este cúmulo de supersticiones, cada *pena* tenía un objeto, significaba una petitoria o un aviso a los vivos. *Penas* había que venían desde el *otro mundo* a vengar al padre asesinado y oficiaban de detectives; había aparecidos que desvalijaron a un avaro que les había dejado en la miseria cuando vivían; había por último *penas* criminales que ahorcaban a cualquier vecino, después de haberle paralizado por medio del terror. Unas venían a vengarse, otras a devolver una herencia mal adquirida, otras a pedir rogativas, misas y limosnas, a cambio de dar el secreto de un *entierro* y así hubo siempre explicación para todas y cada una de las apariciones de la época. Gente hay todavía que cree a pie juntillas en cuanto dejamos dicho sobre lo que ocurría antaño, porque las creencias van atravesando todas las capas sociales y en algunas se detienen supersticiones y fórmulas largamente como si allí depositaran su íntima esencia conservadora.

LUCES QUE SE APAGAN
ESPECIALISTAS EN PENAS Y TAPADOS

Una de las manifestaciones de la *otra vida*, que más terrible significación tuvo fué la

de las luces que se apagaban de improviso. Cuando en una casa, sin motivo aparente, se apagaba un candil, era porque una mano invisible decía en aquel extraño idioma el mensaje de una alma que penaba. Otras veces era un gato negro que aparecía y con pasmosa tranquilidad, cuando menos lo pensaban los circunstantes, apagaba «con la manira» el candil, dejando a todos *lelos*; otras veces era un soplo helado y terrorífico el que extinguía la llama de la lámpara, quedando la habitación a oscuras, y en tales casos había que dar una lismona a las ánimas benditas, rezarle a algún santo especialista en *penas* e indagar por el pariente que se fué a la tumba con una deuda por satisfacer, sin confesión o sin comunión. Otras veces la extinción de la luz era un presagio de venideras desgracias, y así durante muchos años, Lima vivió bajo el dominio de lo misterioso. Hoy las *penas* no han encontrado todavía el medio de dar vuelta a la llave de la luz eléctrica.

La superstición trajo natural, lógicamente al especialista. Los hubo de todas clases: creyentes sinceros, hombres de fe sencilla y redomados pícaros que explotaban la credulidad de los simples. Ellos sabían cuándo la *pena* era de *entierro* y entonces llegaban a las casas en que se solicitaba sus servicios profesionales, con grandes bolas de imán que hacían

rodar pronunciando frases abracadabrantes; ellos conocían cuando se trataba de hacer cantar una misa, de rezar un rosario o de dar una limosna. Tenían cuadrillas de excavadores, con las que se encerraban en las habitaciones favoritas de los fantasmas y hacían cavar hasta que hallaban una canilla, lo que era ya considerable victoria o una arca llena de doblones y de alhajas, que si aparecia acompañada por un esqueleto, constituía la prueba de la más sonada hazaña que un especialista pudiera realizar. Utilizaban el espíritu de chisme y de tertulia de nuestras viejas clásicas, como el mejor reclamo y, como se comprende, todos estos tipos explotadores de lo misterioso, cobraban.

HOGAÑO

Día a día ha ido perdiéndose la costumbre de creer en *penas*. Rara es hoy la persona que no sonría protectoramente cuando se habla de tales engendros de la fantasía popular; y aún cuando los cuentos de *penas* tienen todavía auditorio, porque los hay interesantes, reveladores de una posición del espíritu ante la inmensidad de lo desconocido, el hecho es que casi se ha extinguido la leyenda de los aparecidos. A lo más, hay *espiritistas* en la actualidad y se afirma que en este sentido deriva el afán de antaño por lo ultrahumano·

Sólo en el pueblo y en las gentes de antigua cepa y en los villorrios perdura totalmente el eco de las consejas de antaño; todavía viven algunos relatos de fantasmas que son creídos a pie juntillas por los ingenuos pobladores de solares y de hospicios. En estos refugios de misericordia, de los que ya he hablado, la mayoría de las viejecitas cree en *penas*, por lo mismos, seguramente, que conservan aún la fragante costumbre de usar aromas y capulíes, mixturas y sahumerios y por lo mismo también que algunas han salvado del naufragio del ayer opulento, recuerdos valiosos de los antepasados ilustres.

Y está mejor así. La leyenda supersticiosa de duendes y de aparecidos, sujeta el alma con muy fuertes ligaduras como todas las supersticiones y los fanatismos todos. Un concepto exageradamente materialista de la vida futura, llevó, sin duda, a nuestros abuelos a creer en concreciones groseras del espíritu, sin ninguna de las pretensiones científicas de los modernos espiritistas, pero sí, con un gran fondo de misticismo. Fueron espiritistas a su manera, empíricos sujetos a la inferioridad de sus apreciaciones sensoriales, sin razonamiento, pero impresionables, imaginativos y tímidos ante el infinito misterio, cerrado y negro, que los circundaba, como a nosotros.

Parece, pues, que acabarán para siempre aquellas detestables manías de amedrentar a los niños, creando en ellos prejuicios y supersticiones, y ojalá ocurra así. Agradezcamos, sin embargo, la parcela de poesía que nos dejaran en la imaginación aquellas historias. Nos familiarizaron con el misterio y con el más allá. Pero procuremos que nuestros hijos tengan para su íntima poesía leyendas de misterios, suaves y buenos, nó amargos y macabros. Ojalá no sufran como nosotros, a quienes de un lado se nos dieron reservas de imaginación y de otro se nos encogió el espíritu con el miedo pueril, la superstición trivial y la desviada y torturante interpretación de cosas inaccesibles.....

Lima, ciudad de campanas y de campanillas

(A José de la Riva Agüero)

No hay nada tan evocador como el vibrar de una campana. Nada hay que suspenda el ánimo tánto como escuchar, cuando se dialoga con la propia alma, el toque de una campana remota. En los caminos, sobre el circundante y sordo rumor de la naturaleza, cuando la tarde cae y hasta el silencio tiene una como íntima musicalidad que adivinan las almas sedientas de armonía, el toque lejano de la campana de la ciudad llega envuelto en un maravilloso acorde poético. Sobre la paz rural del sendero pone el alma sonora de la urbe que, a la hora del crepúsculo, cuando el oro solar dora los campanarios, se eleva como una exhortación, como una esperanza,

como un anhelo pío e infinito, o como una resignada queja después del miserable ajetreo cotidiano. Y escuchada así la campana, cuando la ciudad queda a lo lejos, adquiere un lírico encanto, que es como la sonora rehabilitación de la carcelaria sordidez urbana. Acuden inevitablemente entonces a la memoria los divinos versos del Dante:

> ..e che lo novo peream d'amore
> punge se ode squila di lontano
> che paia il giorno pianger che si more....

¡Cuánto hacen pensar y sentir las campanas, los sonoros bronces que el fervor religioso creara, cuando se adivinó, en aquel florecer del verdadero romanticismo, que la música era lo más íntimo, lo esencial y profundo de la existencia! ¡Descubrámonos ante aquellos días lejanos en que el alma ardiente de los ascetas, pudo intuír que sobre el silencio recatado de los templos austeros, ricos por dentro como los grandes espíritus selectos, debía quedar vibrando la mística plegaria en la sonora llamada de los campanarios!...Y fueron por ello, sin duda, las ciudades devotas por excelencia, las que inventaron aquellas inefables armonías, que, según cuenta la fama, suspendían los ánimos, elevándolos con su espiritualidad musical a regiones superiores·

LAS CAMPANAS EN LIMA
RECUERDOS DE UNA TRADICION COLONIAL

Fueron las campanas en Lima las principales notas ruidosas de la ciudad en medio de la modorra colonial. Traídas por los españoles conquistadores, carecieron de aquellas armoniosas delicadezas que los bronces tienen en otros países; hechas muchas de ellas a base de la popular ofrenda y de la merced aristocrática, gastáronse en su fundición, según relata la leyenda, joyas y barras de oro, pero carecieron de armonías complicadas. En cambio tuvieron significación genuína y llenaron durante siglos la crónica del Virreinato. Casi no hubo suceso importante consignado en los infolios, que no fuera anunciado bulliciosamente por las campanas, y tánta importancia adquirieron, que preguntado en cierta época un viajero por lo que se hacía en Lima, respondió en una suprema síntesis: «Repicar y quemar cohetes».

Lima fué, durante la Colonia, una ciudad muerta. Hasta que llegó el pomposo tiempo de las calesas, el único ruído urbano fué el de las campanas. Desde el alba hasta el crepúsculo vespertino, el único rumor era el de los templos que convocaban a los fieles. Un auto de fe provocaba un repique, toques de agonías y dobles sonoros; la llegadá del *ca-*

jón de España se anunciaba con un desatentado repicar de todas las campanas, si acaso había nacido algún infante real, y cuando allá en la Metropoli moría algún deudo cercano del Rey, seis meses después, tañían melancólicamente los bronces de esta ciudad. Todos conocían así lo que había ocurrido, por la historia resonante de las campanas. Festejos y duelos, ceremonias civiles y religiosas buenas y malas noticias, todo se anunció con jubilosos o tristes toques. En las parroquias y en los conventos la profesión de campanero gozaba de gran prestigio; y se explica, porque era el campanero una especie de periodista, a su modo, que sabía antes que el vulgo los sucesos dignos de anunciarse.

Como no existían entonces más periódicos que las lacónicas reimpresiones del *Aviso de Madrid*, las campanas fueron las mayores chismosas de la ciudad. Tal era su importancia que se acostumbraba hacerlas vibrar cuando el Señor Virrey pasaba por alguna plazuela. Sabían así los vecinos cuándo el representante de Su Majestad visitaba algún barrio. Es de estas épocas la tradición *Virrey hereje y campanero bellaco*, que nos ha contado D. Ricardo Palma. Un campanero que cayó en falta al no rendir los honores de su campanario al paso del Virrey por la plaza de San Agustín, y que se disculpó achacando a la he-

rejía del linajudo señor el silencio de sus campanas, mal creyó vengarse de los ramalazos que sufriera, anunciando a media noche al barrio entero que el Señor Virrey pasaba, seguramente de galanteo. Calcule el lector el alboroto que se armaría en Lima. Ciudad tranquila en la que, sonadas las diez de la noche, nadie se atrevía a salir a las calles, seguramente se alarmó con el gozoso campaneo que fué motivo de larga murmuración e infinitos comentarios. Refiere el tradicionista que pasando el tiempo, el campanero, que era duro de mollera, fué perdonado por el Virrey quien le sirvió de padrino en su primera misa, milagro que obtuvo por la protección de quien le hizo azotar una vez por silencioso y otra vez por vocinglero.....

Durante tres siglos todo se anunciaba por medio de las campanas, y como la religiosidad era fanática e imponderable, Lima no fué, desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, desde el *maitines* hasta el *angelus*, sino una constante oración metálica, argentina y rítmica, que ascendía sin tregua a las alturas.

LOS DIVERSOS TOQUES. LA CAMPANILLA DEL VIATICO

Hasta hace diez años hemos vivido aquí acostumbrados al repique de las campanas y conocemos de memoria los diversos toques.

Los trasnochadores distinguen inconfundiblemente el toque repetido y como debilitado de las campanas de los conventos, llamando a las cuatro de la mañana. El llamamiento a misa es también único, característico, y todos, aunque sea una vez en la vida, se han emocionado ante el toque vespertino del *angelus*, que inspirara el famoso cuadro de Millet y que diera ocasión a Bello a escribir aquellos hermosos versos, que todos por primera vez leyéramos en la *Mantilla Segunda*.

«Ve a rezar, hija mía, ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo....»

Pero el tañido que sólo se escucha hoy en muy raras ocasiones, tan repetido antaño, es el toque de agonías. El cronista recuerda haber alcanzado, muy niño, en su parroquia, el lúgubre són de agonías por un vecino de su barrio y recuerda también el comentario de la antigua servidumbre de su casa: «Están doblando por D. Fulgencio: anoche le dieron el *Santísimo*, y cuentan que en la madrugada comenzó con las *boqueadas*». Y en su exaltada imaginación infantil el grave resonar de las campanas se dilató largamente, como un anticipo de lo irremediable..... Hoy sólo en los pueblecitos, aun en los cercanos a Lima, subsiste la piadosa costumbre que significa, sin duda, el afectuoso e íntimo trato del cura

Los trasnochadores distinguen inconfundiblemente el toque repetido y como debilitado de las campanas de los conventos, llamando a las cuatro de la mañana. El llamamiento a misa es también único, característico, y todos, aunque sea una vez en la vida, se han emocionado ante el toque vespertino del *angelus*, que inspirara el famoso cuadro de Millet y que diera ocasión a Bello a escribir aquellos hermosos versos, que todos por primera vez leyéramos en la *Mantilla Segunda*.

«Ve a rezar, hija mía, ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo....»

Pero el tañido que sólo se escucha hoy en muy raras ocasiones, tan repetido antaño, es el toque de agonías. El cronista recuerda haber alcanzado, muy niño, en su parroquia, el lúgubre són de agonías por un vecino de su barrio y recuerda también el comentario de la antigua servidumbre de su casa: «Están doblando por D. Fulgencio: anoche le dieron el *Santísimo*, y cuentan que en la madrugada comenzó con las *boqueadas*». Y en su exaltada imaginación infantil el grave resonar de las campanas se dilató largamente, como un anticipo de lo irremediable..... Hoy sólo en los pueblecitos, aun en los cercanos a Lima, subsiste la piadosa costumbre que significa, sin duda, el afectuoso e íntimo trato del cura

con sus feligreses. Antiguamente, cuando alguna persona entraba en agonías, todos los del barrio aguardaban el toque mortal, y cuando comenzaba a doblar solemnemente la campana, sabían que un alma se escapaba de su mísera envoltura.

Otro típico tañido era el de *ánimas*, a las ocho de la noche. Las amas contaban a los niños cuentos terroríficos mientras la campanillas de las ánima tintineaba fuera, temblorosamente.....

Los sacristanes gustaban de jugar con las campanas y los muchachos de los barrios soñaban en ser algún día campaneros de sus parroquias. Cuando se trataba de alguna fiesta grande en que había que *repicar gordo* y todas las campanas se echaban a vuelo, el sacristán campanero necesitaba la ayuda de los chiquillos que se disputaban encarnizadamente el honor resonante de repicar en Cuasimodo o en los días gozosos de la Pascua de Resurrección. Entonces el toque era un desconcertado repicar de todas las iglesias, un desenfrenado afán de hacer ruido. Recuerda el cronista cómo bullía toda su sangre de niño, ingenuo y feliz, cuando el Sábado de Gloria vibraba vocinglera e íntegramente el campanario de su antigua parroquia.

Cierta vez, y a escondidas, como quien hace una gran *mataperrada* por su amistad

con un inter viejecito, se permitió el cronista subir al campanario y ver algo para él sagrado y casi inaccesible: las campanas mudas, las viejísimas cuerdas y las huellas de golondrinas, lechuzas, *gallinazos* y palomas. Algo superior a sus fuerzas le impulsó a tocar la campana chica, aquella que hace el *din* de acompañamiento, alegre y agudo (remedo del contraste que hay en las cosas toda la vida), al grave *don* de la campana mayor. Entre los más dulces recuerdos de su niñez vive imperecederamente esta fresca y sencilla remembranza. Casi conteniendo la respiración, cogió la cuerda, la movió con temor al principio; luego, con brusca fuerza y cuando el primer són se escapó tímidamente de la torre, sintió que por todo su ser corría una onda inexplicable de alegría y agitó ambos brazos saboreando cómo sobre su cabecita inocente se desataba un raudal milagroso de sonoridades. Y creyó que todos deberían distinguir y reconocer como inconfundible aquel toque soñado tántas veces, que para él resonaba único, como que en él puso la eclosión de un alma apenas rozada por la vida. Han pasado muchos años y en su espíritu envejecido prematuramente, la admirable emoción de aquel contacto no se ha vuelto a repetir.

La llamada de la campanilla del Viático, sacudida por un *mataperro*, que también ser-

vía para las cosas de Dios, infundía peculiarísimo respeto. Llamaba y percutía con desesperación como voz de socorro, antes de que saliera de la parroquia la larga y ondulante procesión de cirios, y adquiría después, no obstante su agudo són, un tono severo, cuando el muchacho, a la cabeza del cortejo, la hería a intervalos. La seriedad y la tristeza en su retiñir consistían en la lentitud que le daba cierta percusión apagada de largo ritmo, que parecía como si se detuviera y ya no fuera a repetirse...*Tilín*...*Tilín*...

LA CAMPANILLA EN LOS HOGARES
LA CAMPANA QUE ANUNCIA LOS INCENDIOS
EL ESQUILON DEL BASURERO

Las casas en Lima eran antiguamente como grandes tribus patriarcales de largas mesas, a la hora de las comidas siempre llenas de deudos y relacionados. Raro era el hogar que tenía pocos comensales y por ello, sin duda, se usó hasta hace muy poco—son contadas las que aún conservan la costumbre —llamar por medio de una campanilla a las horas de almorzar y de comer. La severidad de algunos jefes de familia llevó este toque al extremo de significar que quien no acudía inmediatamente a su llamada, sufría el bárbaro castigo de quedarse sin alimento. Cuando se pasaba a determinadas horas por cualquier

barrio de Lima, se escuchaba el repique desatentado de las campanillas caseras que llamaban agudas y continuas. La costumbre tenía significación moral: significaba el respeto al hogar doméstico y también—¡oh, tiempos suntuosos ya distantes!—que en aquellos días comían juntos en mayor número los miembros y allegados de una familia. Era la época de las largas y vinculadoras *sobremesas*. Hoy, por lo general, salvo honrosas excepciones, las mesas están desiertas en los hogares, porque cada cual come *a su hora* y hay restaurantes con música y es muy correcto y muy *chic* aquello de comer fuera del calor hogareño.....

No hay limeño que no conozca el toque que anuncia un incendio. Sugestión del espíritu o realidad de la misma llamada de socorro, el hecho es que a media noche produce una impresión extraña y trágica el toque de la campana de alarma. Cuando el incendio es de magnitud, tocan también las grandes campanas de los templos y el limeño conoce por esta circunstancia la gravedad del siniestro. Pero es la campana de la Bomba Lima, que obsequió a esta Compañía de bomberos D. Enrique Meiggs, la típica e inconfundible campana que atemoriza en la noche. Todos conocen perfectamente de dónde viene el sonido y lo que significa. Los que despiertan a

media noche con el llamamiento, se revuelven malhumorados en el lecho y a veces tornan al reposo; pero si acaso el són característico de la campana de la Catedral rompe el silencio nocturno, es casi imposible que no se incorporen y, agitada la respiración, no vigilen, avizorando en la sombra, como si temieran que el resplandor siniestro se colara al dormitorio. Y la verdad es que cuando San Pedro, San Agustín, La Merced, Santo Domingo y la Catedral anuncian que hay incendio, es porque sobre la ciudad se extiende, como un castigo celeste, una gran mancha roja, en la que como asombradas, más pálidas y parpadeantes que nunca, asoman, compasivas, las estrellas... Y debe ser grave la sensación del campanero—cuántas veces un fraile filósofo—al sacudir con vehemencia, desde la altura, la ronca y lúgubre campana, mientras sus ojos no se apartan de la llamarada amenazadora.

El esquilón del basurero tiene vida reciente; es modernísimo y anuncia el paso del carretón ruidoso y hediondo donde se almacena la cotidiana basura de todos los hogares. Su sonido es descompasado, como si se ajustara a su íntimo objeto. Resuena en las tardes, a la hora vespertina, y, evocador como es el sonido, trae a quien lo escucha asociaciones olfativas, incómodas y desagradables. Agita sin gracia el esquilón, con cansada y

brusca actitud, un indio de faz vulgar y triste y su tintineo burdo se mezcla al chirriar del pesado carromato. A su llamada acuden los sirvientes con sus latones llenos de desperdicios, que martirizan las narices, mientras taladran los oídos el pausado crujir de las pesadas ruedas, el rajado tono del esquilón y el escandaloso rodar de las latas en la bulliciosa calzada. Sin embargo, tiene su significación. Trae, por asociación extraña y pintoresca, al recuerdo la visión de la carroza de los muertos de los hospitales, y hace recordar la repugnante vulgaridad y la triste descomposición de todas las cosas humanas.

TODOS CONOCEMOS AQUEL ALOCADO REPIQUE....

A veces, a las seis y media de la tarde, parece que se volvieran locas las campanas de la Merced. Todos los habituales paseantes de la Unión, conocen, de seguro, aquel inarmónico y desordenado repicar de las campanas desconcertadas. Ignora, eso sí, el cronista, la verdadera causa; si es un triduo o una novena lo que se anuncia. Los transeúntes tienen que gritar para entenderse. Parece que alegres chiquillos se encaramaran al campanario y agitaran por *mataperrada* todas las campanas; y cuando el són repetido continúa, cada vez más alto y más agudo, siente quien lo escucha una irresistible y enfermiza necesi-

dad de gritar; ni más ni menos que cuando pasa algún carretón de aquellos chillones y altos que ruedan agresivos y pesados sobre nuestros empedrados pésimos. Quizá esta necesidad de gritar sea una defensa, por aquello de *similia similibus curantur*.....

LAS CAMPANAS LIBERTADORAS Y LAS CAMPANAS REVOLUCIONARIAS

Quien se entretenga leyendo periódicos viejos, se encontrará siempre en las descripciones de los sucesos importantes con un párrafo inevitable en el que se lee: «Se echaron las campanas a vuelo». Lima había acostumbrado desde la Colonia a repicar por todo. Y las campanas, que eran en su inmensa mayoría de la época del Virreinato, como lo atestiguan todavía marcas y fechas, sirvieron a maravilla a la causa libertadora. Cuando San Martín entró en Lima, las campanas de la Catedral dejaron oír sus sones majestuosos y vibrantes. Cada suceso favorable a la causa de los patriotas se festejó con repique general. Además, cada vez que se necesitaba convocar al pueblo se hacía sonar la *María Angela*, y las escaramuzas, los combates, las hazañas de los patriotas se festejaban con los mismos bronces que se echaron a vuelo cuando nacía un real infante o sanaba de grave dolencia algún Monarca de las Españas.

Bolívar entró a Lima entre un sonoro repercutir de campanas, y las batallas de Junín y de Ayacucho tuvieron la loa de todas las ruidosas torres de la capital. Cuando San Martín concluyó de proclamar la fórmula de nuestra independencia, acaeció otro tanto. Por eso las campanas, las mismas campanas coloniales, expresando con sus sonoridades las nuevas almas, se convirtieron en voces de libertad y de reivindicación. Por desgracia, los bronces no saben enmudecer cuando los hombres, indiscretamente, quieren hacerles resonar, y aquellas campanas gloriosas sirvieron luego para todos los revolucionarios, los malos y los buenos. Ya se sabía por la vocinglería de los campanarios cuándo había un mitín, un pronunciamiento militar. Salaverry, Gamarra, La Fuente, Vivanco, Castilla y otros retumbantes caudillos cuando quisieron y lograron ser Jefes Supremos, lo anunciaron a la ciudad por medio de las campanas lenguaraces y versátiles como viejas chismosas. La primera alianza que buscaba un jefe revolucionario era la de los campanarios. Cuando había un combate en las calles de Lima se sabían, como si se tuviera activísimo servicio de corresponsales, los diversos avances de las fuerzas rebeldes. El cronista recuerda que, cuando la revolución de Piérola, el año 1895—fecha que marca una era en nues-

tra vida social—se quedaba boquiabierto, ante la infalible ciencia de una viejecita que conocía todas las campanas de Lima y las percibía entre el estruendo del tiroteo: «Los pierolistas están en *San Pedro*; ya tomaron *Los Huérfanos*; ya están en *Santo Tomás*». Mucho tiempo después, hombre hecho, pudo explicarse el cronista la razón de esta sabiduría. La viejecita que conocía el són de cada campanario, sabía muy bien que a los revolucionarios les importaba tomar las torres, no sólo como posiciones estratégicas, sino como medios de convocar al populacho. Después, al revisar periódicos antiguos, se ha encontrado frecuentemente con que la costumbre era antiquísima, y se anotaba como resonantes méritos las capturas de las torres por Don Fulano, Don Zutano y Don Perencejo.

GENERALIDADES Y LUGARES COMUNES

La campana, aparte su significación poética y filosófica, digna del canto y de la reflexión madura, la campana de los troveros populares, aquella que inspira la musa fresca de las llorosas cantinelas en que se habla de la cuna y de la tumba.

> cuando por mí esién doblando
> no preguntes por quién muero....

aquella campana ha tenido en Lima una significación mucho más vasta todavía. Además de las de *vela y de la gloria* del cantar español, la campana de los virreyes, de los arzobispos, de los inquisidores, de los galeones que venían de España, sirvió también la causa de los libertadores, acompañó a los caudillos y en los tiempos heroicos y legendarios, en los tiempos en que no había Prensa diaria ni *cultura moderna*, ni filosofía barata, representó un capítulo pintoresco de nuestra vida. Hoy, en verdad, se está haciendo cargante la campana. Apenas conserva la significación que en todas partes tiene. Y es lástima que, desaparecido su aspecto genuino de cronista único de la ciudad, no se intente hacer armoniosa, como las de ciertas ciudades europeas, en que cada cual tiene su són, su acorde musical sugestivo y peculiar.

La campana de los colegios debería ser menos rajada, menos insulsa. Sólo posee la significación menuda que el estudiante le da al salir del colegio o en las horas de recreo, o en el fatídico instante en que, al volver apresurado la esquina, le anuncia que llegará tarde y que será castigado. La campana del colegio no debe ser tan monótona, tan profundamente desagradable. Las mismas campanas de la ciudad, si fueran más musicales, tal vez despertarían con el tiempo una más

alta y significadora disposición de las almas. Si desde que aquí repercuten los bronces hubieran tenido artística armonía, tal vez la *psiquis* de nuestro pueblo sería más elevada y habríamos tenido mayores poetas y mejores músicos. No faltará quien crea exagerada la doctrina; el cronista la cree sencillamente cierta. Basta pensar en el tesoro evocador de una campana que dice a las almas cosas inefables, para comprender que si se les añadiera un adarme de musicalidad artística la sugestión sería incalculable.

Lima va perdiendo aquella alma sonora que le dieron sus campanarios. Suenan hoy, pero casi nada significan; ya no se compenetran con la vida del pueblo; dicen lo que hay de constante, de general, lo que todos sabemos y sentimos por ser humanos, sin necesidad de ser limeños. Y es, en verdad, triste decirlo, pero las campanas significaron en Lima, cuando Lima era una ciudad de campanillas...

LA COMETA

(A Luis Góngora)

Deliciosa disposición del ánimo, generalmente afanado y entristecido, nos produce el recuerdo de aquellos días en que volábamos cometas, en que lanzábamos a la altura, para que la llevara el viento, como una esperanza, la débil y airosa armazón de papel y caña que nuestras manos pacientes o la tierna generosidad de nuestros padres nos proporcionara...

Antes, mucho antes de que supiera el cronista lo que era la electricidad, las ciencias físicas, los significados científicos del rayo y del trueno, cuando iba al colegio con su *prensa*—mueble y juguete a la vez—llena de libros y de cuadernos, recuerda haber leído con circunspecta atención al reverso de su cuadernillo de a cinco centavos la *Historia de Franklin la cometa* y en su memoria revive el encanto que le produjeron aquellos dos perso-

najes de levita volando el célebre papelote que supo atraer el rayo y dijo al hombre una verdad nueva. Es lástima que no dispongamos de la documentaciónu histórica necesaria para indicar la fecha aproximada en que el juego de la cometa se introdujo en el Perú. Debió de aparecer en el siglo XVIII, pues en aquella época servía ya para hacer investigaciones científicas lo cual prueba que se había generalizado. Pero dejando aparte graves disertaciones, que nos serían fáciles, rememoremos la época del apogeo de la cometa en Lima, ya por los propios y dulces recuerdos, ya por las tradiciones que en boca de viejos camaradas hemos escuchado.

LA CIENCIA DE LA COMETA Y LA PRACTICA DE SU VUELO

La costumbre de volar cometas ha sido una de las más pintorescas de Lima. El espíritu criollo, con su gracia, su afán decorativo y su destreza, hizo en ella gala de inventiva. La cometa llegó a ser para muchos dotados de ingenua disposición artística, acicate para idear innumerables combinaciones, partiendo del modelo simple que usó Franklin y que aparece en las oleografías y dibujos de antiguas eras. Entre las más famosas que se usaron en Lima y que aún se usan, no obstante la decadencia de la costumbre, se cuentan la

pava-cantora, cometa de lujo, difícil de hacer y difícil de volar con destreza, el *barril* con flecos y zumbadores, el *barril* sencillo, el *cancel*, la *cola de pato*, el *gallinazo*, el *buque*, la *estrella*, la *cometa melliza*, el *pandorgo*, la *cometa nocturna*, la *cometa de pobre*, la *cometa china*, la *señorita*, la *cuna*, el *círculo*, el *as de copas*, etc., etc.

La cometa era, apesar de su frágil y simple apariencia, dificilísima de hacer. Requería larga práctica, dedos hábiles, sentido de las proporciones y del equilibrio. Los buenos hacedores de cometas, tenían que hacer la armazón, que para casi todas debía ser de *zacuara*, o si no, de caña. Una vez hecho el armazón, forrábase con papel, papelillo o tela. Hecha la cometa, poníansele los adornos y zumbadores. Mucho se discutía entre los aficionados cuáles eran los que mejor zumbaban y así, mientras unos opinaban por la mayor sonoridad del zumbador de flecos, otros sostenían que el mejor era el redondo con agujeritos. En materia de adornos, estilábanse las lunas, soles y estrellas, atributos astronómicos que muestran el origen excelso de la cometa y su generoso anhelo, resignada transacción del espíritu humano, que después de Icaro comprendió que ya que aún no podía remontarse él mismo hasta los cielos, bien podía lanzarse al viento algo suyo que llevara a

la altura la efímera huella de su alma. Los celestiales adornos, hacíanse con papel de oro y plata para que la cometa reluciera con elegante vistosidad bajo los claros doseles del espacio.

Una vez hecha la cometa, (o papelote, como lo llaman en España), le quedaba más trabajo; lo indudablemente dificilísimo, era colocarle los tirantes, de lo que dependía casi sustancialmente su condición voladora. No todos sabían colocar bien los tirantes; y muchos tuvimos en ocasiones que acudir en demanda de algún experto. Otra de las dificultades era poner el rabo, que no debía ser largo ni corto, ni pesado ni liviano. La cola venía a ser como el contrapeso realista a la por ascendente frágil tendencia ideal de la armazón ligera. El sentido de las proporciones debía dar al *cometero* la seguridad de que la cometa no encontraría dificultades en su vuelo, porque si la cola era muy pesada, la cometa, atraída con fuerza hacia la tierra, no se elevaría, y si acaso era muy leve, entonces su vuelo sería alocado y tambaleante. De allí la necesidad de que el cometero fuese a la vez cauto y artista, soñador y hombre práctico, para que su cometa ascendiera y volara, señora y erguida. Terminada la cometa y colocados los tirantes y el rabo, el cometero podía lanzarse a los aires.

COSTUMBRES ORIGINALES
LA COMETA DE LUJO. BAUTIZOS. TRAMPAS. CORTES Y DESAFIOS

Lo admirable en estas costumbres, era la hechura de la cometa de lujo, verdadera obra de arte criollo, especialísima muestra del ingenio fértil y vivo de nuestros *zambitos*, tan duchos en hacer cometas maravillosas de color y de línea. La cometa de lujo era casi siempre una estrella, una pava-cantora, o un barril. Su lujo consistía en la calidad del papel, de seda generalmente, y en los calados, finísima y llamativa decoración que daba gran trabajo y que se hacía en oro y en plata. Han volado bajo el cielo de Lima cometas de dos metros de altura, caladas casi por entero en primorosos encajes y hechas con tela de seda y mostacillas de oro y plata. En esta clase de cometas se daba gran importancia a los flecos, adornos, zumbadores y cascabeles; y la hecha así constituía en todo el barrio un objeto de admiración y un perenne recuerdo: ¿se acuerda usted, compadre, de aquella pava-cantora, con cola de pato, calada en seda, y recamada en oro con su gran rabo peruano, trenzado y entretejido como el mismísimo brocado, con farolitos, cascabeles y mostacillas y que parecía realmente un traje de torero? ¡Esa sí que era cometa! ¿no compadre? Y

así, durante largos días, se recordaban las hazañas de las cometas, su fábrica y sus condiciones. Cometas hubo que se hicieron por suscripción de los vecinos de un barrio para sostener la competencia frecuente con los pobladores de algún otro rincón de la ciudad.

Una costumbre verdaderamente criolla, original y pintoresca y que revestía típicas ingenuidades decorativas, era el famoso bautizo de la cometa, ceremonia que requería padrinos y que hacía las delicias de un barrio o de un *callejón* durante largo tiempo. Cuando comenzaba la temporada, que era en el mes de agosto generalmente, los vecinos de tal o cual callejón decidían hacer una cometa de lujo en la que contribuían el dinero y el saber de los verdaderos aficionados. Las cometa se hacía con exquisita solicitud; se le ponían infinidad de flecos, caladuras y zumbadores; una colección de lunas, soles, estrellas, rostros jubilosos y todo género de motivos ornamentales, engalanaban dicha cometa, que, por su tamaño, necesitaba tener siempre una gran cantidad de costillas o travesaños de caña pegados al papel con medias lunas y corazones. Hecha la cometa se fijaba el día del bautizo y se designaban padrinos rumbosos. En una tarde soleada y ventosa salía a las afueras el abigarrado cortejo de la cometa, que llevaba cuidadosamente algún adolescente preferido

que no cabía en sí de orgullo. Llegados a las *chacritas*, a la Alameda del Dos de Mayo, a las Pampas del Camal o del Medio Mundo, se bendecía con toda solemnidad la cometa, el padrino la rociaba con buen *pisco* y decía discursito y la madrina ataba al fin de la cola un grande y llamativo pañuelo de seda. Luego se procedía a hacerla volar. Todos querían tener la cuerda un momento; todos querían tener el orgullo de haberla mantenido en alto, de haberla soltado, un segundo, de haberla hecho cabecear bamboleando..... El bautizo servía de pretexto para la gran jarana que duraba varios días, en la que el padrino se encargaba de las *butifarras* y del *pisco*. La cometa servía después, si no se perdía, de estupendo adorno en casa del *vivo* que logró quedarse con ella.

Una de las picantes emociones que ofrecía el volar cometas, era el juego de los cortes. Para ello la cometa debía llevar el rabo una colección de cuchillas, que para ser eficaces, según aseguraban los entendidos, habían de ser de trozos de cristal pulido provenientes de la base de una botella. Menospreciábanse las cuchillas de acero. El juego consistía en volar la cometa con destreza y hacerla caer con rapidez y vigor sobre el hilo que sostenía la cometa vecina, cortándolo. Esto se coreaba con grandes carcajadas; y a veces

se originaban verdaderos líos entre los voladores. La manera clásica y elegante de cortar una cometa era la del *cabeceo*. Una vez que la cometa asesina estaba a conveniente altura, se le comenzaba a recoger con una sola mano hasta colocarla precisamente sobre la cuerda temblorosa de la víctima; entonces el volador, con un juego hábil de muñecas, hacía cabecear su cometa con fuerza, de modo que el rabo hiciera una trayectoria curva, como un látigo bien fustigado, y cayera, cortante y preciso, sobre el hilo de la cometa desgraciada que, serena y majestuosa un momento antes, comenzaba a vacilar como ebria, a alejarse tambaleante y ridícula ante el regocijo triunfador del otro bando.

Los desafíos se hacían de barrio a barrio; los de las Chacritas con los de las Descalzas, los de Malambo con los del Dos de Mayo, y así sucesivamente. Se escogía el campo como en un grave lance de honor, y allá iban los adversarios con sus grandes cometas a la espalda, acompañados por la chiquillería de los barrios respectivos. Comenzaba entonces el más bullanguero y pintoresco batallar. Ya una cometa cabeceaba cuatro veces sobre la que había escogido como víctima, trazando como un halcón agresivas curvas, mientras el experto volador que veía el peligro, combaba el hilo de su cuerda aflojándolo y procu-

raba recoger su cometa para colocarla en fiera actitud hostil sobre la agresora, ya otra que aparecía de improviso, ¡*zis, zás*!, cortaba una, dos, tres cometas antes que sus dueños se hubieran dado cuenta del peligro. Las luchas se hacían emocionantes, los ánimos se enardecían, menudeaban las exclamaciones y los gritos y el cielo se cubría materialmente de cometas caladas o sin calar, peruanas, españolas, francesas, italianas, multicolores, de toda clase, de toda condición, mellizas, pavas-cantoras, pandorgos, barriles; y en el aire diáfano el rumor característico de los innumerables zumbadores se alargaba, crecía, se alejaba como un oleaje.

El afán de luces que estimula y eleva, daba frecuentemente a la competencia caracteres de lealtad; pero como contraste en los enemigos que llamaremos nobles, los había mezquinos y solapados; aparecían en las casas vecinas a los campos de juego y se escondían en los callejones acechando el vuelo de las cometas de los señoritos. Eran las *trampas*. Los cazadores de cometas se proveían de una piedra que ataban firmemente a un cordel y esperaban el paso sereno de la víctima; elevaban en momento oportuno la piedra, la enredaban al hilo de la cometa voladora y luego tiraban de ella hasta cogerla, representaban el

bajo espíritu de la envidia, la artera odiosidad de lo que se arrastra a lo que vuela.

Otros enemigos de las cometas, eran los crueles e inanimados hilos telefónicos y telegráficos. Representaban la desgracia casual, invencible, el azar inerte y tremendo. Antes era frecuente ver pendiendo dolorosamente de aquellos hilos los descoloridos restos de cometa que fueron en otros días el encanto de muchos adolescentes y que así, azotados por el viento y las lluvias, guardaban el amargo secreto de alguna desilusión.

LOS CAMPOS DE LOS COMETEROS
LAS COMETA DE LOS TEJADOS.—UN DIA CLASICO. LOS PARTES.—LA COMETA MACABRA

Ya hemos dicho que los campos preferidos para volar cometas, eran la primera falda del cerro *San Cristóbal*, la pampita del *Medio Mundo*, los alrededores del Monumento *Dos de Mayo*, las *Chacritas* y el *Camal*. En estos parajes se hacían por lo general los bautizos y los desafíos. Pero a falta de ellos, los techos y azoteas sirvieron a maravilla. La costumbre produjo algunas desgracias y tánto se habló de ellas y tal propaganda hicieron los periódicos que cuando llegaba el mes de agosto, el señor Intendente de Policía dictaba enérgicas circulares a los Comisarios para que impidieran que se volara cometas desde

los techos. Rara vez fueron obedecidos. En los hogares grandes y medianos, los niños no querían quedarse sin volar cometa, ya que tenían miedo de hacerlo en las Pampas, donde los voladores clásicos echaban trampas, jugaban a los cortes y a veces la emprendían a pedrada limpia contra los señoritos y formaban así barrullos endemoniados. De allí, la costumbre de volar cometas desde los techos. Más de una vez descalabróse un niño que, retrocediendo, retrocediendo por recoger la cometa, fué a dar con sus huesos en tierra desde un segundo piso mientras la cometa se perdía alocada como pidiendo socorro. Este en veces trágico papelote de los techos fué el más acechado por las traidoras trampas.

Los cometeros, de toda condición, tenían un día clásico: el de Santa Rosa de Lima. Era el más favorecido para los padrinazgos, ingenuo pretexto para los festejos y jaranas en que el tronar de los cohetes, el rasgar de las vihuelas y las voces cantarinas de los aficionados componían un acompañamiento de jovial y bullanguero criollismo.

El volador de cometas se distraía de la monotonía del mero acto de volar la frágil armazón, inventando una serie de diversiones como la de los partes o telegramas, pueril costumbre que consistía en pasar por la cuerda que sostenía a la cometa, un papel visto-

so, agujereado en su centro, que subía, subía, hasta la cometa misma, como un mensaje sin palabras, que le enviaba el cometero. Era un parte a la altura, enviado por el volador que, pegado a la tierra, sentía dentro de su inconsciencia que algo suyo se elevaba también. Pero no sólo el sencillo afán de distraerse y la instintiva aspiración a la altura tuvieron su representación en las cometas. Las almas teatrales, los espíritus trágicos, los amantes de lo extraño, los atormetados y atormentadores, también hallaron medio de manifestarse en las cometas. Algunos se daban el gusto de verlas en la noche, poniéndoles farolitos y dando así más de un susto a los inocentes moradores de la capital, que veían en la nocturna sombra elevarse de pronto una extraña luz a la cual suponían fatídico signo, anuncio de peste, presagio celeste de malaventura. El volador oculto, anónimo, gozaba lo indecible con la íntima adivinación del tembloroso comentario que suscitaría su macabra cometa nocturna. Otros, en pleno día, acostumbraban elevar unos grandes *pandorgos* de tela negra, en la que lucían, finamente recortados en blanco, signos mortales, calaveras, canillas cruzadas, un reloj de arena y una cruz siniestra, que parecían llevar un mensaje de ultratumba por sobre todos los pobladores. Más de un transeunte tímido y

supersticioso, al mirar al cielo y dar sus ojos con la típica cometa, se persignaba fervorosamente.....

ESTO MATARA AQUELLO....

El título del maravilloso capítulo de *Nuestra Señora de París* se nos viene a la imaginación, cuando este divagar aéreo nos trae a la memoria el areoplano. La conquista del aire, significa el destronamiento de la cometa. Ya algunos papelotes modernos, sin caladuras, sin adornos, sin cascabeles ni farolitos, comenzaron ¡ay!, un día de progreso a representar aviones. Desde entonces comenzó la decadencia irremediable de la cometa, al punto que ya hoy la deliciosa y pintoresca costumbre carece del vivo colorido de otrora. Sólo muy de cuando en cuando se repite la escena ceremoniosa del bautizo. La civilización ha ido lentamente acabando con estos hábitos. Rarísima vez ya asoma desde una arcaica casona, alguna cometa cursi. Ya no se venden, como antaño, en fruterías, *pulperías*, y callejones cometas de todos tamaños, precios y calidades; tampoco se ven aquellos pandorguitos multiplicados indefinidamente, aquellos encantadores pandorguitos de a centavo chico, que con un ovillo de hilo se remontaban y se perdían en la altura.....Todas van desapareciendo: la *cometa de pobre*, aquella

humilde y frágil que se hacía con un cuadrado papel de estraza y que volaban los muchachos miserables soñando con volar algún día la gran cometa calada y de zumbadores; la *cometa china*, extravagante y suntuosa en su originalidad; la *pava cantora* de lujo; la *estrella de seis puntas*; el *cancel*, con su gran zumbador detrás, rumoroso como ninguna otra cometa; las arteras *trampas* y los emocionantes cortes en el bullicio de las Pampas y Alamedas al aire libre y a pleno sol.

En nuestra niñez, no había para nosotros ocupación más dulce que hacer una cometa muy grande; soñar en ella toda la semana; comprar por nosotros mismos las *zacuaras;* hacer el armazón; tejer con los burdos hilos el dibujo que luego forrado en oro y plata daría el más primoroso encaje; pegar el fino papelillo de seda; poner los travesaños o costillas; ir colocando en ellos simétricamente rojos y blancos corazones con amorosa paciencia de artista primitivo; encargar con aires de maestro a todos los de la ca sa alguna comisión, como afinar las cañas, como sostener la taza del engrudo, como ir desenvolviendo con arte y delicadeza el mazo de pita que un fino juego de muñecas enrrollaría luego en un cierto pedazo de madera; buscar las cuchillas; discutir calurosamente con algún amigo cometero la calidad de los zumbadores y después de esta

fatiga, remedo de las que más tarde se sufren en la vida; subirse el domingo al techo y, ante el asombro tierno de toda la familia, lanzar la cometa al azar desconocido de las alturas, a la insinuación malévola de la envidia que la cortaría, al golpe formidable de un ala del viento que la traería a tierra con una ilusión muerta. Por algo podemos decir, imitando a Enrique Menéndez Pelayo: *¡Son tan tristes un alma destrozada y una cometa caída!*

¿Somos hoy menos ingenuos, tenemos menos aspiración a subir, a enviar a lo alto, como lo hiciéramos de niños con las cometas, algún mensaje de ensueño y de supina idealidad? ¿Nos pegamos más a la tierra? Tal vez. Lo indudable es que cada día que pasa constatamos con dolor que nuestros adolescentes y aquel niño grande que es el pueblo, tienen menos distracciones. Lima se convierte en una ciudad triste y descolorida. Su progreso no tiene encantos peculiares y el cronista se duele románticamente de su propio envejecimiento y vuelve como antaño a sentir indeciblemente aquellos versos:

"Oh recuerdos, encantos y alegrías
¡De los pasados días!...."

LABORES DE MANO

(A Ventura García Calderón)

CONTINUEMOS recordando los viejos tiempos en medio del jadeante tráfago contemporáneo. Volvamos el espíritu hacia el ayer, hacia la Lima de los abuelos; la Lima de talladuras y artesonados, de azulejos y de aromosos huertos, de las serenatas y de la saya y manto. Y ya que hemos rememorado tántas cosas bellas y distantes, añoremos también las manos pulidas que tejían encajes, que bordaban *detentes* y que arreglaban frágiles y pulcras flores de briscado y de seda.....

Aún se conservan aquellas habilidades, refugiadas en los conventos y en los hospicios, y yo, pecador empedernido, confieso contritamente que me ha traído todo este mundo inefable de recuerdos el obsequio de un *detente*, que una anciana incógnita y devota me

ha enviado y que me ha de librar, sin duda, del diablo y sus tentaciones.

Cómo y cuándo aprendieron nuestras abuelas aquellas finísimas artes, no lo sabe el cronista. Comprende que no todas tuvieran la propicia virtud de las manos para el arte menudo y casero, pero recuerda haber oído, como elogio de aristocrática alcurnia, decirle alguna dama. «Sabía sólo tocar la clave y hacer labores de mano». De España vino, sin duda, hace cuatro siglos, con las esposas de los Conquistadores, aquella plácida costumbre de hacer calceta y con ella el difícil arte de hacer flores para los altares y de bordar pañuelos para los nobles. No puede, pues, ser más nobiliario origen.

Sobre la mansedumbre de la ciudad dormida las horas pasaban con leve rumor de brisa. En los interiores, soleados y amplios, mientras las mulatas canturreaban lavando, en el cuarte de costura, las niñas harían encajes con rojo hilo, bordarían sobre el cartón forrado en seda piadosos escapularios. Otras harían vendones para los altares de iglesias predilectas; no faltaría la dulce niña que cariñosamente adornara con labraduras y recamos complicados, las chupas y casacas del engreído y anticuado abuelo.

Todo transcurriría así blandamente. De generación en generación se trasmitía la vir-

tud damas que saben hacer maravillas con los largos y finos dedos, hasta que llegaron los tiempos holgazanes en que fué de buen tono que las niñas *no hicieran nada*. Pero quedaron siempre conservadores hogares austeros, en que se creyó que las damas debían tener alguna habilidad doméstica y en ellos luciéronse los bordados, la sutil finura de los briscados y el arte delicadísimo de las flores en seda y en terciopelo. En estos hogares se acostumbraba también a hacer pastas y dulces, ciencia que luego se refugió en los conventos, tal como ocurrió con los clásicos griegos y latinos en las órdenes religiosas de la edad oscura. Allí, en la paz de los claustros, en lucientes peroles se preparaban el *huevo moye* y el *maná* tan renombrados, las ricas figuras de almendras y las suaves y limeñísimas mazamorras.....

MUDANZAS POSTERIORES

Lentamente fueron desapareciendo estas caseras y virtuosas costumbres. Fué orgullo de las niñas decir más tarde: «¡*Guá*, qué lisura! Yo no sé hacer nada con las manos». Y entonces algunas familias venidas a menos en la sociedad, se dedicaron, contando con la reserva de alguna negra vendedora, a hacer dulcecillos que se vendían por las calles y que tenían, además de su grato sabor, el atra-

yente misterio de su ignorada procedencia. La ciudad se llenó de vendedoras y vendedores que llevaban en sus cestas el recuerdo sabroso de una Lima que se va.....

Los conventos acapararon la clientela, y en los fragantes claustros de jardines conventuales, se confeccionaron las *humitas*, los *tamales*, los peros, plátanos, chirimoyas, los famosos platos de *chupe con camarones y todo*, imitados fielmente en pasta de almendras, y en los que no se sabía qué admirar más, si el delicioso sabor del postre o el arte en la reproducción del fruto o de la vianda tan bien copiada.

En los hospicios de señoras pobres conservároнse también aquellas santas costumbres. Las viejecitas guardaron en sus manos la añoranza de la Lima de sus buenos tiempos, y de aquellas casas de recogimiento y de humildad, salieron encajes, briscados, nueces rellenas, bordados de realce y pintadas flores.

Luego, con la introducción de una pedagogía un tanto modernizada, las niñas aprendieron a hacer sobre el esterlín cuadros rematadamente cursis, en sus bordados con seda o con lana pájaros y flores con la consabida dedicatoria: «A mi idolatrada madre, a mi amantísimo padre», dignos rivales de los cuadros caligráficos de los varoncitos, en los que entre raros arabescos, leíanse unas cuan-

tas sentencias morales, coronadas por parecidas y rimbombantes dedicatorias. A esta época pertenecen ya las relojeras, las bordadas zapatillas y los innumerables dibujos caseros. Así, lentamente, ha ido desenvolviéndose y evolucionando este arte menor que tiene representantes admirables en los colegios de monjas y en las casas de recolección religiosa.

Pero, además, esta Lima típica resucita en las asociaciones devotas. Hay algunos talleres para proporcionar ornamentos a las iglesias pobres, en los que damas de nuestra sociedad, reviven la leyenda haciendo como antaño pañitos de altares, bordando casullas, tejiendo al crochet o con palillos albas y amitos y pintando al *pirograbado* grandes capas de coro. Naturalmente, la labor tiene ya muchos auxilios mecánicos modernísimos, pero queda siempre, como una evocación, la beata gracia de las manos que laboran. En los talleres piadosos para auxiliar a los pobres, el trabajo es diverso, más santo quizás: allí se hacen camisas, fustanes, calzones, costura menuda y fácil, la famosa *basta* calada y la socorrida *pata de grillo*.

Todo esto nos recuerda una Lima mansa y buena, que cambia y que se va. ¡Es tan difícil hoy encontrar una niña capaz de hacer gelatinas frescas y dulces! Sin embargo, aún

quedan recuerdos de aquellos buenos tiempos, en conventos, en casas de vecindad, y en devotos talleres, se labora, como antaño. Famosas son las pastas de la Encarnación, las nueces del Prado y del Carmen, las labores del Buen Pastor y de Santa Teresa, las *humitas y tamales* de Santa Catalina, los batidos frijoles de Jesús María.....

Añoramos muy de veras la decadencia de tisanas y mazamorras, cadenetas y briscados y confesamos sinceramente que no nos parecen ridículos aquellos pintorescos manojos de flores, de hilado de oro y de plata, que nuestras abuelas guardaban religiosamente bajo el pulcro cristal de las guardabrisas. Todo esto tiene el encanto de lo lejano y esfumado, la consagración evocadora del recuerdo; todo eso es ya poesía en la prosaica actualidad limeña. Desde estas líneas vaya ahora el agradecimiento del cronista a la buena viejecita que al enviarle, bajo sobre, un *detente*, le ha traído a la memoria la visión de una Lima que se va, la imagen, dulcemente triste, de aquel día remoto en que la tierna madre cosió en su ropa uno de aquellos benditos y bordados cartones, como amuleto preservador de peligros y dolores, fatigas y tentaciones....

LOS FAITES

(A Jorge Guillermo Leguía)

No puede ser más limeño el asunto, ni más limeño el tipo del *faite*, tal como estamos acostumbrados a verlo desde hace algún tiempo. Ya degenerado y vulgar, no tiene ninguna de las antiguas características, y cada día ha ido decayendo en su personal, en sus costumbres, en sus formas sucesivamente inferiores y denigradas.

RECUERDOS DE AYER

El tipo del *faite*, tal como lo concebimos ahora, tiene pocos puntos de semejanza con el prototipo; representa una degeneración del antiguo *mozo malo*, pendenciero y jaranista, que perteneciendo a altas clases sociales, se dejaba seducir por el bullicio, la alegría y gustaba, como amante de lo criollo, de ir de parranda en parranda, pero sin explotar su gra-

cia ni su fuerza. Era frecuente antaño que el caballero de aristocrática familia, acaudalado y rumboso, concurriera asíduamente a jaranas de medio pelo, en las que campeaba por sus respetos, su donaire, su gracia, la facilidad con que improvisaba una copla, bailaba una resbalosa y echaba a la calle con sus puños al primer atrevido que faltase el respeto a la *comadre*. Estos señoritos eran padrinos de nacimientos, *bajaban a los Reyes* el 6 de Enero, llevaban a la pila a más de un mulatito, sabían domar un potro, puntear airosamente una guitarra, se *desmorecían* por la sopa teóloga y la carapulcra con rosquitas de manteca y no desdeñaban pasajeros amoríos con mulatas zandungueras y graciosas, de ropa almidonada y amplia, de cabellera rizosa, bien peinada y adornada con flores, ingeniosas en el decir y prontas y agudas en el responder.

El *mozo malo* de antaño se reclutaba principalmente en el seno de las más linajudas familias, y caballeroso dentro de sus locuras, procuró no hacer nada indigno, dedicando sus ocios, «que eran los más del año», a diversiones, paseos y juergas.

LA EVOLUCION DEL MOZO MALO
LAS JARANAS DE ANTAÑO

El *mozo malo* de Lima, el *budinga* y el *mozo bravo*, como se les llamara en Ica, dege-

neró sensiblemente. Las antiguas y graciosas jaranas en las huertas, desaparecieron casi; a las gentes de buena cuna, suntuosas y alegres, sostituyeron mocitos de tres al cuarto, con la vergüenza a la espalda e indignos, al contrario de sus antecesores de una tradición, de un recuerdo literario. Orgulloso y consentido, el antiguo *mozo malo* abusaba de su situación, burlaba a la policía, hacia gala de su fuerza, pero no cometía fechorías ni rayaba en los lindes del escándalo.

Las jaranas de antaño, *sí que eran jaranas*, según cuentan los viejos. Generalmente se realizaban en huertas arregladas con el genuino gusto nacional. Allí la cadenetas, las banderas, los quitasueños alternaban con los sauces y las flores del país. No había jarana sin un cortejo pantagruelesco de viandas, y durante aquélla se almorzaba, se comía, se cenaba y se dormía, prolongándose la parranda varios días. Según antiquísima costumbre el pisco, que era del bueno y legítimo, se guardaba en botijo de barro y se echaba la llave de la huerta al botijo, la que no podía sacarse hasta que no se consumiera todo el sagrado líquido. El personal lo componían unas cuantas *china cholas*, zambitas guaragüeras, y formaban la orquesta guitarras, cantores nacionales y cajones, en los que los más pintaditos mozos de la capital batían con desen-

vuelta destroza el compás repiqueador de las *zamacuecas*. Allí campeaba el *mozo malo* legítimo; él era quien hacía respetar la jarana, daba órdenes y todo lo disponía y arreglaba a su antojo, sin permitir que nadie se *descantillara*. Eran los días en que se bailaba la *zamacueca* (cueca o chilena que después bautizó *El Tunante* con el nombre de marinera), la *resbalosa*, el *tondero*, el *agua de nieve*.

VIENTOS DE DECANDECIA
LA AURORA DE LA PALIZADA.—LA VERDADERA PALIZADA

La pobreza de un lado, el aumento cada vez más creciente de la clase media y la falta de espíritu, fueron haciendo decaer gradualmente estas costumbres y estos tipos característicos. Luego la guerra llamó al servicio militar a muchos de los antiguos *mozos malos*, los que en su mayor parte encontraron gloriosa muerto y supieron cumplir con su deber.

Es, precisamente, en los dolorosos tiempos de la guerra donde ha de buscarse el verdadero origen de la *palizada* que degenerara tánto después. Tal vez la costumbre de caminar en pandilla, de mortificar al transeúnte, de buscar pleito a cualquiera, tuvo su origen en una bella iniciativa de una serie de mozos *mataperros* de Lima, de familias docentes,

quienes, durante la ocupación chilena, se ocuparon en fastidiar al vencedor, en golpearlo y ridiculizarlo donde podían, organizando tretas y trampas para que cayera y procurando llevar a los oficiales enemigos a terrenos donde tuvieran que luchar cuerpo a cuerpo. Muchos nombres se recuerdan en Lima de mozos que durante la ocupación, olvidando sus antiguas *mataperradas*, se decidieron a amargar toda fiesta en que el vencedor se entregaba al regocijo, ideando diabluras sin cuento. Los chilenos, según es fama popular, vivían entonces desesperados.

La *palizada*, tal como apareció en Lima con todo su cortejo de calamidades, fué posterior a la guerra y tal vez, como dijimos, tuvo su origen en aquella reunión de mozos que se ocupaban en perturbar los goces del vencedor. Se conservó la costumbre, pero ya sin el simpático fin que tuviera, y Lima padeció durante varios años, las insolencias de un grupo de mocetones bien plantados, algunos de ellos pertenecientes a distinguidas familias que hacían gala de su vigor y destreza para maltratar a cualquiera y que armaban en cafés, hoteles y teatros mayúsculos escándalos. Entonces nació la era inacabable de los *cabos*, *cabezazos*, *contrasuelazos*, *combos*, *banquitos*, *cargamontones*, sistema este último empleado en casos de apuro, lanzándose todos

contra el infortunado que había logrado golpear a alguno de los de la pandilla.

Los *faitemanes*, porque entonces nació el tipo genuino del *faiteman*—palabra tomada del inglés—se hicieron temer sobremanera, abusaron largo tiempo de su situación, alcanzando celebridad. Muchos de ellos bien dotados por la naturaleza, tipos verdaderamente bellos y finos, poseían dones de atracción incuestionables y lastimosamente perdieron sus condiciones, arrastrando una vida de vicio y de trivialidad bulliciosa.

EL FAITE O FAITEMAN

Los *faites* genuinos tuvieron hasta indumentaria propia. Usaban sombrero suelto, americana cruzada, pantalón bombacho a la Waterloo y eran amos en el teatro, señores de toda señoría en los Toros y dueños de todos los corazones que se ponían en alquiler en la ciudad. Abusivos y fachendosos, complacíanse en golpear a cuanto desgraciado se ponía a sus alcances, tenían terminajos peculiares, se reían de la policía, eran temidos en comisarías y lugares de detención y amados de las casquivanas, dejaban que su vida trascurriese en un jaranero y gastador aturdimiento. Pintoresco dentro de sus maldades y gracioso dentro de sus defectos, el tipo del *faite* constituyó en Lima una personalidad

saltante que despertaba la curiosidad y llamaba sonoramente la atención. Conservador, eso sí, de los gustos criollos, era enemigo personal de los caballeritos, detestaba el tongo y el chaqué, se reía de los sietemesinos elegantes y reinó como un pachá en los barrios del bronce, resucitando algunas viejas leyendas, jaraneando en huertas, a las que llevó algo de la antigua sangre ligera y del arcaico donaire criollo. Quimboso y lleno de típicos decires, asustaba por los grandes mostachos, el empaque para amenazar, el movimiento agresivo que ponía en todos sus gestos y la voz campanuda, terriblemente mosqueteril por su exageración y su tono. Entre los *faites* de aquellos tiempos hubo muchos que, como en los días del *mozomalo*, pertenecían a distinguidas familias de las que fueron niños mimados. Infinidad de anécdotas se cuentan de esta *palizadas* originales, que circulaban por las calles centrales, rompían vidrios, golpeaban a la policía, se metían en los teatros y en general a todos los espetáculos sin necesidad de billetes y eran el terror de empresarios, de padres de niñas pobres y de mujeres descarriadas.

EL FAITE INTELECTUAL
LA MULTIPLICACION DE LAS PALIZADAS

No faltó, desde los remotos tiempos del *mozo malo*, hasta los relativamente inme-

diatos del *faite*, el tipo intelectual que improvisaba coplas, era el poeta de la partida, escribía la letra de los cantares de la *palizada* y gozaba de ascendiente en su *cuerda*. Alguno hubo que colectó aires antiguos, llenos de gracia, y convivieron con los de la *palizada* ingenios que algo de su típica espiritualidad llevaron a las fiestas. Muchas canciones admirables nacieron en las jaranas, propiciadas y sostenidas por los faites. Tal vez en una de ellas surgió esta joya de literatura criolla sobre la marinera.

¿Insipida? ¡Qué opinión!;
si Ud. mismo que critica,
hasta con los pies repica
si oye guitarra y cajón;
y cantar con voz ronquita,
úe lo profundo del alma,
"Palmero sube a la palma
y dile a la Palmerita...."

Un Arzobispo, y no es cuento,
que por el Cercado viera
bailar una Marinera,
gritaba: ¡Fuego violento,
fuego interior que enardece
y la mirada encandila,
cadera que miel destila
y en suave vaivén se mece;
manos trémulas que estrujan
con febril gracia el pañuelo,
mientras los pies en el suelo
dibujan....lo que dibujan.

Como una dulce quimera
que en el placer se realiza,
vino, canto, juerga, risa,
¡Eso es una marinera!

La pintoresca costumbre de las *palizadas* creó por espíritu de imitación una serie de grupos similares en diversos barrios, y así hubo la *palizada* de Abajo del Puente, la de los Naranjos, la de la Chacarilla, la de las Nazarenas y hasta los muchachos organizaron sus *palizaditas*. En las *palizadas* siempre había alguno que era respetado por todos. Era el más *faite*, el *gallo para echárselo a cualquierita*, llegando a tan alta categoría por su garbo, su suerte con las mujeres y sobre todo porque un día, por todos recordado, pudo más que el *Cabezota* o el *Tripa larga*, famoso en tal o cual barrio. En esto, como en todo, el afán de encontrar un gallo, forma parte de la sicología nacional. Todos, casi sin excepción, andan con un gallo bajo el brazo, aunque no lo parezca. En todos los órdenes, la intensa preocupación de un caudillaje inferior inquieta y preocupa los espíritus. Todos tenemos *nuestro gallo*. Cada *palizada* tuvo el suyo. También se acostumbraba que las *palizadas* fueran de barrio a barrio. Y esto se explica porque la ciudad tenía marcas y costumbres diferentes según sus diversas secciones. Los vehículos han concluído por ha-

cer desaparecer los matices diferenciales típicos. El barrio entonces tenía un caracter autónomo, casi hostil. De allí que se organizaran desafíos y no pocas veces en el barrio escojido para el duelo, se sentía un estrépito formidable de golpes, juramentos e imprecaciones. Las gentes salían de sus casas; en balcones y ventanas asomábanse tímidos rostros de mujeres, los muchachos gritaban, piteaban los celadores, se armaba una infernal batahola y cuando alguien preguntaba porqué se formaba tal lío, se le contestaba con naturalidad: «Son los de la *palizada* de las Nazarenas—por ejemplo—que *se* han venido esta noche». Y así sucesivamente.

Entre las anécdotas que hemos oído relatar sobre la *palizada* se cuentan algunas graciosas, como aquella de que los *faites* que caminaban con aire especial por las calles del centro, sacaban a lo mejor sus cuchillos, que según frase de ellos mismos eran *pura vista* y los afilaban con ademán facineroso en los sardineles de las veredas.

EL FAITE DE COLOR HONESTO Y LAS PALIZADAS ESCOLARES

El gran éxito de la palizada llevó a mucha gente de medio pelo a organizar también sus palizadas de color chocolate que campeaban en ciertos barrios, hacían barbaridad y

media, golpeaban a los pulperos, daban palizas formidables a los chinos y continuando la leyenda de los congéneres de alto copete se daban grandes aires señoriles y conquistadores. Era muy raro el barrio, donde no habían dos o tres callejones con su respectiva palizada, que preocupaba a los pobres *cachacos* que creían cumplir su deber con el alarmante *fiu li* del pito que casi nunca daba resultado.

Curioso, pero lógico dentro de la sicología infantil fué al afán de imitación a los faites que tenían los muchachos de los Colegios que en sus barrios organizaban sus palizadas con todas las características de los grandes. Hablaban imitando el tono *faitoso*, sabían lo que era un *huacarinazo*, conocían de memoria la leyenda de los más grandes faites de Lima, se preciaban de parecerse a tal o cual gallo famoso, se daban el pisto de hablar de ellos como si fueran sus íntimos amigos y andaban a la salida del Colegio llenos de *guaraguas*, decires y *quimbosas* actitudes.

UNA ANECDOTA MACABRA

Entre las diabluras verdaderamente espantosas de los *faites*, conocemos una auténtica, de sabor realmente macabro y que podría servir de argumento de un cuento cruel en que se describiera el alma torcida y refinadamente malévola de algún degenerado. Tra-

tóse en cierta ocasión y en cierto hogar modesto del velorio de una criatura, el clásico velorio en que el compadre debía hacer los gastos, correr con el sepelio y acudir compungido y pesaroso a la casa de la comadre, donde a la media noche, siguiendo la costumbre, se organizaba una parranda silenciosa, aunque parezca paradójico, ya que si es cierto que no se bailaba ni se cantaba (por más que en algunos sí se hacía) en cambio circulaba el licor que era una bendición. El compadre de esta historia era un *faite* legítimo. Acudió efectivamente y a la media hora, sin que nadie lo pensase, armó una jarana de las de marca. En el cuarto vecino, la criatura que había muerto a los pocos días de nacer, yacía rodeada de lámparas de aceite, cirios y demás accesorios fúnebres; en el fondo de un corralito contiguo al mortuorio aposento una olla descomunal contenía hirviente y suculento, el caldo de gallina que se daría en la madrugada a los veladores. El licor nubló el cerebro del compadre, y cuando estaban a lo mejor de un *tristecito*, en que se cantaba el dolor de una madre que pierde a su hijo, se introdujo al cuarto donde yacía la criatura, la cargó, se metió con ella al corralito donde hervía el caldo y *¡zás!* la echó a la olla. Luego se quedó dormido. Despertó con un escándalo formidable, gritos de mujeres, llantos

desgarradores y entonces se dió cuenta de la estupidez que había cometido. La madre, al ir a espumar el caldo, se encontró con algo, que no era precisamente un pollo, envuelto en telas, alumbró con una vela y—¡triste horror! —sacó semisancochado el cadáver de la criatura. Nadie cuenta cómo terminó la tragedia y, como en un verdadero cuento macabro, se ignora también si alguien tomó ese caldo.....

DECADENCIA DE LA PALIZADA

La gran cantidad de imitadores concluyó con la fama de los *faites*, y comenzaron a surgir mocetones fuertes y bravíos que en más de una ocasión bajaron el penacho a los clásicos. Una avalancha de mocitos de pelo en pecho apechugó con lo que se le puso delante. Los hasta entonces dominadores optaron por formalizarse a medias, muchos tuvieron el talento de retirarse a tiempo, y la cantidad de gente verdaderamente baja y malévola que hizo papel en el género malogró lo pintoresco, debilitó la acción conjunta, dió pábulo a que muchos de los nuevos fueron subvencionados por lugares de diversión y de juego y de despacho de debidas, se "abagró"—frase típica de ellos mismos—la cosa, surgieron los alquilones de la mala política y nos encontramos un día en que ya no se pudo distinguir entre el *faite*, el guardaespaldas, el apaleador de

oficio y el soplón que aparecían en las épocas álgidas de la política; organizaban palizadas eleccionarias, pegaban a las mujeres que se abandonaban a sus cuidados y vivían malamente, alternando los corredores sombríos de la Intendencia con los canchones siniestros de la Cárcel. Ya en estos últimos tiempos no hay *palizadas*. Los que tienen aún algo del alma del *faite*, viven relativamente aislados, alquilan su fuerza y su audacia si les es preciso y, salvo dos o tres genuinos representantes de las épocas idas, que eran perdidos porque sí, sin interesada malevolencia, por afán sensual de placeres y amor al ocio jaranero, puede afirmarse que ha desaparecido por completo la palizada. A pesar de todos sus defectos, de sus vergüenzas, de sus daños, justo es confesar que fué un grupo gracioso y pintoresco, que algunas felices ocurrencias tuvo, pero que día a día degeneró hasta convertirse en algo intolerable, realmente ingrato. Sostenedores de lo criollo, el *folklore* nacional les debe algo en justicia a los miembros de aquella agrupación y no es raro encontrar en la musa popular muchos cantares que fueron obra exclusiva del *faite*...

LOS TITERES

(A Ricardo Vegas García)

ENTRE los recuerdos de la infancia más gratos, más dulces y más genuinamente peruanos, el de los títeres se graba en la imaginación de todos, revoletea con mariposeante gracia en nuestra memoria y nos trae un suave encanto espiritual que aquieta el tormento de este vivir lleno de molestias y afanes.

SIGNIFICACION Y NACIMIENTO DE LOS TITERES

Tuvieron los títeres en Lima una imaginación peruanísima de crítica de costumbres, de pintura, muchas veces exacta, de tipos y caracteres, y fueron para los niños el espectáculo por excelencia. Unía a la ingenua gracia del muñeco movible el parlador donaire criollo del titiritero, especie de dramaturgo en cierne, que refugiado en su *Guignol*, aprovechaba las ocasiones para decir muy rica-

mente sátiras sobre la situación política o los usos merecedores de censura. Todo en ellos fué ingenuo, primitivo, casi aldeano, pero tuvo siempre un relativo significado moral. Especialmente como diversión apropiada a los niños, a pesar de las *lisurazas* que acostumbraba soltar con su voz ronca Don Silverio y con su chillona vocecilla Perotito, los títeres representaron algo fantástico con que soñaban las criaturas todos los días.

Hace ya mucho tiempo, extinguida ya la tradición de la española Leonor Goromar que trajo a Lima los primeros títeres en 1693, llegó acá un espectáculo de marionetes que representaban las viejas formas de las farsas teatrales con su colección de Arlequines, Pantaleones, Facanapas y Colombinas. Fruto de civilizaciones refinadas, aquellas artísticas farsas en relación con tradiciones antiguas de países de Europa, no podían indudablemente impresionar sino por el símbolo general que encerraban y por la novedad mecánica de la ejecución en los graciosos movimientos de los muñecos. Pero el colorido y la significación tradicionales y locales, se evadían a la mayoría del público. Entre los asiduos concurrentes hubo un *mozo peruano*, legítimo, vivísimo, ignorantón, pero inteligente, con ese espíritu asimilador que caracteriza la mentalidad fácil y brillante de nues-

tros tipos criollos. Era un mulato alto, desgarbado, gracioso por naturaleza, que, deslumbrado por el espectáculo, imaginó inmediatamente hacer él también títeres, pero creando tipos nacionales y rodeando la representación con el sello y ambiente propios, peculiares. Artista ingenuo y burlón, verdadero creador intuitivo, encantó algunos años varias generaciones de chiquillos con sus farsas originales y de verdadero mérito. Apareció, pues, en la escena un forjador, un tipo casi genial dentro de su género.

"ÑO VALDIVIESO" Y SU LEYENDA

Alto, amojamado, sin garbo al caminar, pero con toda la sal de la tierra en la imaginación despierta, lleno de aquellas ignorancias que saben disimularse tras jovialísima sonrisa, observador y penetrante, hermano en espíritu de Pancho Fierro, ideó *Ño Valdivieso*, como ya dijimos, hacer títeres limeños. Y con una paciencia y una finura espiritual increíbles, comenzó primero a dominar la parte técnica del asunto, llegando a fabricar él mismo sus muñecos y a crear una forma originalísima de moverlos. Una vez que logró mover por medio de cañas y de hilos sus personajes, creó la farsa, que es lo que constituye su principal mérito y nació en seguida la leyenda memorable de *Mama Gerun-*

dia y de Don Silverio, de Orejoncito y de Perotito, de *Chocolatito* y de *Misia Catita*.

Comenzó Valdivieso a presentar sus títeres, de los que era inventor y maquinista, en los corralones y antiguas casas de vecindad. Su fama creció pronto como la espuma; los niños decentes quisieron ver también los marionetes del país, su nombre fuése volando de boca en boca y de hogar en hogar y comenzó entonces para el ingenio criollo la era gloriosa de la celebridad y de la reputación. Para las familias aristocráticas Valdivieso daba los días de santo funciones especiales. Los niños reían copiosamente con aquel sermón que tántos recuerdan:

"El que oiga este sermón
que se muera de sarampión,
o por fortuna
de sarna perruna".
Virum, vireta
jálame la jeta;
virum virarum
ya me la jalaron,
Palabras
del profeta
Matacabras.
Si ni nun, ni nun, ninorum
que a todos mis concurrentes
narices, ojos y dientes
les arranque un gatinoruin,
Palabras
del profeta
Matacabras.

Luego en el ya famoso salón Capella, daba funciones públicas, que estaban siempre muy concurridas, no sólo por la gente menuda, sino también por los mayores, que guardaban aún el sabor de Segura y de los escritores genuinamente criollos, porque efectivamente Valdivieso, dentro de su modestísima esfera y de su ingenio iletrado, debió de inspirarse mucho en éstos, sobre todo en Segura, a quien se pareció en su manera de ver la vida limeña.

El espíritu de Valdivieso empapado de limeñismo se reflejó en su teatrito. La leyenda creada por él es sustancialmente criolla. Don Silverio con su gran tarro, sus pantalones claros, su larga levita, su voz aguardentosa, su carácter aparatoso y su estado de alma eternamente regañón era algo tan nacional, que más de un Silverio de carne y hueso circulaba en las calles y aún circula, movido Dios sabe por qué hilos, en este perpetuo *Guignol* de nuestra vida. Don Silverio era el indefinido, el eterno descontento, el buen bebedor, el regenerador de la Patria. No puede ser más peruano. Hasta ahora no faltan por allí algunos Silverios que creen arreglarlo todo con su palabrería. Mama Gerundia con sus chocheces, su murmuraciones, su estilo criollo, su afición a las ropas sahumadas, sus chismes y sus constantes pleitos con Don Silverio

era una de tántas viejas refunfuñadoras que todavía vemos en nuestro medio y que tan frecuentes fueran antaño en Lima. Perotito era el *zambito* vivo, mezcla de *mataperro* y de afeminado, engreído, *quimboso* y dicharachero, que pasaba por el ojo de una aguja, según la frase popular. La voz que le dió Valpivieso bastaría para constituír una creación. ¿Quién que oyera alguna vez a Perotito, olvidará aquella vocecilla chillona, hecha para los diminutivos, que se desenvolvía con rapidez, como mareando a todos? ¿Quién puede olvidar sus actitudes en la corrida de toros? Alma y cuerpo se unían tan estrechamente que en verdad la creación sorprendia. Así como en la farsa italiana se crearon personajes que luego han constituído símbolos dentro de la relatividad humana en que nos agitamos, así Perotito es casi un símbolo del criollismo. Perotes y Perotitos vemos por todas partes. Perotes políticos, Perotitos sociales, Perotes y Perotitos literarios, que saltan, chillan, se mueven siempre y a la fin y a la postre no hacen nada.

Cada vez más hábil dentro del mecanismo de los títeres, *Ño Valdivieso* no se contentó con crear su farsa perfectamente hilada y en la que se encuentran casi todas las expresiones típicas que se usaron entonces, sino que, más audaz, dió ciertas obras de gran espec-

táculo, como el combate del *2 de Mayo*, que llenaba de admiración a la chiquillería y sobre todo a la gente del pueblo, la cual admiraba boquiabierta aquellas combinaciones escenográficas. Evidentemente que, dadas la pobreza del medio y la falta de educación de *Ño Valdivieso*, no podían ser mejores. La corrida de toros era también graciosísima y en todo aquello en que *Ño Valdivieso* quería hacer mojiganga triunfaba ruidosamente, produciendo una hilaridad franca y saludable.

"¡NO HAY COMO LA MAROMA!"

Pocas frases tienen en este país más graciosa y más justa significación que la que sirve de epígrafe a estas líneas. Es una frase netamente popular y en verdad en esta tierra no hay, sobre todo en la vida social y política, «como la maroma». Así, sin duda, la adivinó *Ño Valdivieso*, que tenía entre sus muñecos—no podía faltarle—un *maromero*. Inteligentísimo en esto *Ño Valdivieso*, comprendió que debía poner número de circo, espectáculo al que el pueblo de Lima ha sido siempre muy aficionado, y su gran triunfo mecánico fué el *maromero*. Salía a escena con toda la *quimba* insolente que *Ño Valdivieso* ponía en sus muñecos todos y comenzaba a dar saltos y volatines que encantaban a la muchedumbre. Pero donde la admiración llegaba al paroxis-

mo, era cuando el *maromero* se quedaba sin cabeza y comenzaba a jugar con ella vertiginosamente con los pies. Ante los aplausos y el rumor admirativo en la sala, no quedaba más remedio que repetir el número y que *Ño Valdivieso* asomara su faz socarrona para agradecer la ovación general.

EN LOS HOGARES
LAS GROSERIAS DE "ÑO VALDIVIESO"

Ño Valdivieso llegó a tener en Lima una celebridad que ya la quisieran para sí muchos políticos. Todos lo conocían y admiraban. Era algo extraordinario para los chicos. En las festividades el mejor regalo que podía hacerse a los niños era contratar a *Ño Valdivieso*, recomendándole, eso sí, compostura en el lenguaje, pues su criollismo en muchas ocasiones se manifestaba muy crudamente. Durante la semana las criaturas no pensaban sino en *Ño Valdivieso* y cuando llegaba el soñado día de la representación, el titiritero era como un ángel bajado del cielo para distraerlos. Tal era la impresión que dejaba, que durante varios días se jugaba a los títeres, como se podía jugar a la *gallina ciega* a *la viudita*, a *la cinta*, *cinta de oro* o al *pimpín*.....

Ño Valdivieso no siempre se portaba bien y le gustaba, tal vez por su socarronería y

por amor al contraste soltar de cuando en cuando en boca de Don Silverio o de Perotito alguna grosería de las más gordas, porque, como todo primitivo, no solía guardar las clásicas formas, o mejor dicho las guardaba, ya que le complacía usar frases gruesas, como las usaron el buen Arcipreste, Bocaccio, Rabelais, Cervantes, Shakespeare y otros grandes forjadores, y válgale la compañía de perdón y de gloria.

De cuando en cuando se le escapaba, como él mismo decía, alguna barbaridad y hasta en eso era fiel trasunto del medio, ya que en materia de lenguaje, nunca fuímos muy finos. En los hogares encopetados, tal era el gozo que provocaba *Ño Valdivieso* que a pesar de su insolencia se le llamaba, aunque haciéndole mil recomendaciones. En la limeñísima quinta de «Villacampa» se le recomendó una vez que no fuera a decir o hacer barbaridades. *Ño Valdivieso* se llamó a ofendido, aseguró que sabía su deber y apenas salió Don Silverio hizo una maniobra, dificilísima para un muñeco, haciendo caer sobre el público una lluvia de las más claras y significativas. Quiere decir que *se sonrió* en los rostros de la selectísima concurrencia. Naturalmente se le amonestó con severidad, pero muy puesto en orden, con la más circunspecta de sus actitudes, protestó que se le creyese capaz de hacer algo

inconveniente; queriendo ser fino entre los finos no lo había hecho con agua simplemente, como lo hiciera a veces con su público, sino con *Agua de Kananga* legítima y de las más caras. Era añadir el sarcasmo a la burla. Como todos los grandes bufones, gustaba en veces de fustigar a los mismos a quienes divertía. En otra casa, ya con el lógico temor a sus audacias literarias le rogaron no ofendiera los pulcros oídos de las niñas, y Don Silverio más ronco y aguardentoso que de costumbre, hizo con gracejo inimitable, la vasta y completa enumeración de todas las palabras gruesas que por deferencia a las señoras no se dirían en el curso de la representación. Como el personaje de un prólogo trascendental hizo luego una venia y nunca como entonces pudo decirse *tableau!*

LA LLEGADA DE DEL'ACQUA
DECADENCIA DE LOS TITERES

Ño Valdivieso, que había llegado al pinaculo en la admiración de las gentes de su tiempo, que había saboreado hasta la amarga voluptuosidad de sufrir persecuciones por su afán crítico que en más de una ocasión le llevó a ridiculizar al Poder, padeció una de las más hondas tristezas que un forjador de leyendas puede sufrir. *Ño Valdivieso* amaba su arte con entrañable amor paternal, lo ejecu-

taba con pulcritud de verdadero artista, con fruición, y gozaba naturalmente en saber que nadie como él podía hacer los títeres y que quien los hiciera tendría que robarle la leyenda, haciendo figurar a Don Silverio y a Mama Gerundia. Doloroso acontecimiento vino a poner en su espíritu una nota de desilusión.

Llegó el célebre Del'Acqua con su espléndida compañía de marionetes, con sus maquinarias perfeccionadas, con sus decorados grandiosos—mérito esencial de su espectáculo —con sus muñecos suntuosos, con la novedad de sus incendios, de sus terremotos y de sus grandes batallas y Valdivieso, sincero y espiritual, sintió que en su alma sencilla, embriagada de triunfos, se clavaba la primera espina al reconocer la punzadora superioridad del adversario. Comprendió que el público le exigiría lujo y grandiosidad, sintió la inferioridad mecánica de sus manos, ya temblorosas, ante el aparato y presición de los sistemas de Del'Acqua, y entristecido y desorientado, achacoso y provecto, se debilitó, se fué apagando hasta que se perdió sin ruido en el fracaso y en la muerte, pues no sobrevivió mucho a la indiferencia injusta del público, injusta porque como mérito personal, dentro de nuestro medio, valía mucho *Ño Valdivieso* que había recogido en el ambiente su leyenda, que había creado con su propio y primitivo

esfuerzo su sistema y su mecanismo y que había llamado a sana risa a varias generaciones.

Poco a poco los títeres fueron decayendo. Los hijos y sucesores de *Ño Valdivieso* lo imitaban vulgarmente y no poníar el calor de alma, la propia observación, la sutil ironía que pusiera el maestro en sus representaciones. Los títeres de la Exposición, que entonces se radicaron allí, no fueron ni la sombra de aquellos que en el mismo local, en el salón Capella y en otras partes manejara con maestría y gracia incomparables el padre, maestro y creador.

UNA SIEMPREVIVA

Plácele al cronista hacer tierna remembranza de *Ño Valdivieso*. Apenas le alcanzó, pero recuerda la lejana ocasión que en casa de la abuela rió y palmoteó, cón la sana y abundante alegría de sus pocos años. Luego vió siempre en los sucesores del ingenioso creador, el mismo espíritu del celebre titiritero y nunca creyó en la dolorosa realidad de su muerte. Para él todos los titiriros fueron *Ño Valdivieso*; en su espíritu simple no cabía aquella siniestra suposición, y nunca pudo concebir que se agotara aquel áureo hilo de miel para los niños.

¡Pobre *Ño Valdivieso!* Pué quizás el último representante de las formas primitivas

del espíritu criollo. Observador, amigo de la sal gruesa, alegre y picante a la vez, significó no sólo un esfuerzo dentro de la caricatura social y dentro de la crítica dramática, sino que fué un verdadero pintor de costumbres y, por lo mismo que fué sencillo, primitivo, ignorante y natural, tuvo mérito excepcional y propio. Sus espectáculos fueron ingenuos, alegres, movidos, realmente pintorescos. Se desenvolvían como en un cuento infantil, realizaban el prodigio de que los muñecos se movieran y hablaran, como los de carne y hueso, llenaban la imaginación de cosas vividas que formaban parte de nuestro medio y tradición y tenían la virtud, nunca bien pagada, de hacer reír copiosamente, hasta las lágrimas..... En compensación de los títeres, ¿qué tienen hoy los niños?

Ño Valdivieso, que por la crítica política hasta en la Cárcel estuvo (lo que prueba su importancia entre nosotros), murió pobre, casi olvidado, sintiendo la melancolía inenarrable de su decadencia. Su entierro pasó inadvertido. Y sin embargo, pocos como él tuvieron el derecho de que le acompañaran hasta la tumba los niños que bien pudieron haberse entristecido un día por quien tánto y tánto les hizo reír con risa jocnnda y argentina. Pero tal vez fué mejor así. Los que éramos niños cuando él murió, al saber su

muerte hubiéramos comprendido también que la leyenda se moría. Ignorándola hasta que fuímos grandes, continuamos durante mucho tiempo creyendo que *Ño Valdivieso* movía siempre los muñecos del tinglado, y gracias a esta limpia inocencia de la niñez *Ño Valdivieso* tuvo una especie de divina inmortalidad y perduraron y perdurarán en el recuerdo Perotito y Chocolatito, Don Silverio y Mama Gerundia, el Angel que aparecía cuando comenzaba el espetáculo, como en un viejo auto sacramental, el padre del sermón famoso, la descomunal jeringa que nos hiciera desfallecer de risa, la corrida de toros y la *marinera* final en que al són del pianito ambulante bailaban los títeres con verdadera sal criolla, dando al baile nacional toda la gracia de la tierra, que se llevó a la tumba *Ño Valdivieso*.

Todavía nos parece ver el escenario y nos parece escuchar, como a través de un sueño brumoso y dulce, las tonadas del pianito de manubrio, que acompañaban como un motivo musical a cada personaje: la de don Silverio, grave; la de Perotito, ágil, alegre, serpenteante y pueril como él; y entre el bullicio de las carcajadas, la voz aguda, chillona, solemne o afeminada del vario, múltiple y graciosísimo maestro.

Para quienes le conocieron y trataron, para los que cerca de él estuvieron y alcanzaron su apogeo, su época de celebridad y de gloria, *Ño Valdivieso* no fué más que un pobre titirltero. Para el cronista fué mucho más: fué un bohemio original, una informe alma de artista, incompleta por ignorancia, pero grandemente intuitiva, un espíritu sano, un corazón gozoso y generoso, que supo repartir, como buena sembradura, su alegría de buen amigo de los niños. Y quien supo ser amable con los pequeños, bien merece que los ya mayores, que no olvidan la infancia y, por consuelo de amarguras, se complacen en revivirla de vez en vez, siempre que pueden, le tributen un homenaje puro y simple, con la pureza y la simplicidad con que lo hicieran en los inefables primeros años.....

¡LADRONES!

(A José Alcántara La Torre)

Bandido, facineroso
que robas por los caminos,
róbame las arracadas,
no me robes el cariño.....

El cantarcillo lo dice. La leyenda romántica de los bandoleros fué materia inagotable para los trovadores populares. En las anónimas canciones que ama el vulgo, hay un dejo apasionado por los héroes del enmascarado rostro y del cuchillo al cinto. La fantasía popular se complace en tejer sus vistosas y coloreadas tramas legendarias en torno de los bandidos. En Lima ha habido una larga sucesión de tradiciones y de cuentos sobre los caballeros de terciado *poncho*, caballo volador y pistolón certero, que detenían las caravanas de trajinantes, amagaban las aldeas y las ciudades y ponían a contribución los

valles fértiles siendo personajes de vida maravillosa toda peligros y audacias.

EL BANDOLERO ANTIGUO

El bandolero antiguo no siempre fué un desarrapado; cuentan las cronicas de antaño que en ocasiones se dedicaron al bandidaje señoritos que gozaban con la agitada existencia aventurera; se hicieron jefes de pandilla en los campos, detenían a los caminantes, incursionaban hasta las ciudades y (lo que hoy nos parecería absurdo) imponían no sólo cupos sino contribuciones fijas a los hacendados. El bandido antiguo gozaba entre nosotros del mismo romántico prestigio que aureoló los tipos de Luigi Vampa y Roque Guinart; tenían rasgos caballerescos, su crueldad se complacía en el sufrimiento de los poderosos, pero respetaba y defendía a los débiles. Muchos cuentecillos andan dispersos por ahí, sobre este bandolerismo pintoresco.

En tiempos de la Colonia había que caminar armado hasta los dientes, por algunos caminos, y las familias cuando iban a sus haciendas de las valles vecinos iban con larga escolta, llenas de precauciones y temores. El bandolero antiguo se hizo digno de la tradición y de la leyenda. Cuenta Don Ricardo Palma en una de sus tradiciones aquella linda historieta de Rueda y de Pulido, que títu-

la *Rudamente, pulidamente, mañosamente*, y en ella queda probado que hubo en tiempos del Virreinato foragidos misteriosos que pertenecieron a los bizarros tercios, pero que sin embargo gastaban la emocionante vida del bandolero. Rueda y Pulido hicieron buenos racimos de horca, como dice el tradicionista, pero quedó en la sangre de muchos paisanitos nuestros, el amor a la aventura por los solitarios y polvorientos caminos.

El bandolero de aquellos tiempos tenía sus guaridas, donde vivía y salía de ellas en las tardes y en las noches, a la espera de caminantes. Rezago éste de la edad oscura, en que los nobles más encopetados salían a los atajos cercanos a sus castillos y desvalijaban al prójimo, sosteniendo verdaderos combates y conquistando en ellos muchas veces su poder y la opulencia de su nobleza salteadora, lo que no obsta para que hoy nos llenemos de orgullo, si descubrimos que más o menos auténticamente descendemos de uno de aquellos bandidos de la Edad Media.

En Lima se tuvo no sólo respeto y temor a los bandoleros, sino que muchas veces se les guardaron extremas consideraciones. La celebridad de algunos llegó hasta bautizar con sus nombres algunas cuadras, como el famoso negro Juan Simón, que se perpetuó signando la central calle que le recuerda. Los ricos ha-

cendados de aquel tiempo pagaban contribuciones y subvencionaban a las cuadrillas de iadrones para no ser mortificados en sus viajes, aunque siempre les fuera peligroso trasponer las portadas de la amurallada ciudad virreinal.

ALGUNAS ANECDOTAS

Cuéntase que tan peliagudo era aventurarse en los caminos, que rara vez, quien salía de la capital, dejaba de taparse con algún facineroso y su pandilla. Hasta tiempos que no son remotos era peligroso atreverse por el camino a la Magdalena, por Guía y hasta por la carretera a Chorrillos. Muchos hemos oído contar aquella escena en que intervinieron distinguidos personajes, entre los que iba Don Pedro Candamo, tan acaudalado como ahorrativo y económico. Dice la tradición que con varios amigos se dirigia en balancín a Chorrillos, cuando por Limatambo los asaltó una partida de bandoleros bien montados que les pidieron, como era de uso, la bolsa o la vida. Naturalmente los viajeros entregaron cuanto tenían, menos el señor Candamo, quien no llevaba un cuartillo. Concluída la expoliativa operación, se retiraban satisfechos los ladrones, cuando el único que no había sido víctima de ningún despojo, se atrevió a pedirles que proporcionalmente

entregaran a los desvalijados algo siquiera del fruto de la rapiña. El jefe de la partida sorprendido y queriendo echarla de generoso, aceptó y entregó magníficamente una onza de oro a cada uno de los del balancín y así fué como el riquísimo banquero, pudo jactarse de la hazaña de haberles ganado hasta a los ladrones, y de modo indudable, una reluciente moneda.

Cuentan igualmente que Don Simón Díaz de Rávago, distinguido militar español avecindado en Lima, secretario de los Virreyes Abascal y O'Higgins gozaba de gran respeto entre los bandidos. Un día de consejo de guerra, que acompañado por uno de sus sobrinos (que fué probablemente uno de los petrimetres Moreira o uno de los Puente y Querejazu), venía de su *chacra* del Agustino, antes de llegar a la portada se vieron rodeados por una caterva de salteadores. El susto aturdió al sobrino, quien, sin aguardar petitorias ni amenazas gritó desaforadamente: «Señor ladrón, señor ladrón, tome usted mi reloj». Pero habiéndose enterado los ladrones que el asaltado era el Brigadier Rávago, se apresuraron a devolverle las prendas robadas, menos el reloj, porque, como explicó el Jefe de la partida, le había sido regalado, pues el niño había dicho, *señor ladrón, señor ladrón tome Ud. mi reloj.....*

En los ya lejanos días de motines cotidianos, los ladrones se aventuraban a penetrar a la ciudad, cometiendo fechorías ante el espanto de los pobladores. En cierta ocasión, el negro León Escobar, bandolero celebérrimo, aprovechó de un motín, se apoderó del Palacio de Gobierno y por algunos instantes se sentó en el famoso sillón presidencial. Naturalmente al cabo de muy pocas horas el facineroso fué arrojado de Palacio. Según creemos fué La Fuente quien lo desalojó del solio. Otros dicen que fué Bujanda, lugarteniente de Gamarra. Sea como fuere, la anécdota da idea de lo que eran los bandoleros en Lima y de su audacia.

LUGARES PELIGROSOS
BATIDAS.—BANDIDOS CELEBRES

Entre los lugares más peligrosos, se contaban las portadas de Guía y Maravillas, el camino de San Borja, el de Chorrillos y, sobre todo, la Tablada de Lurín, que hasta ahora poco tuvo fama aterrorizante. Otro camino famoso fué el antiguo que conducía a la Magdalena. En el recuerdo de todos los que llegan o pasan de los treinta años vive aquella leyenda de la Magdalena con sus guaridas, sus ladrones que detenían el carrito del tráfico, sus mujeres encubridoras, *apañadoras* como las llamaban y notable fué el asalto a

un tren nocturno de Chorrillos que en Balconcillo fué detenido por una partida que desvalijó a los pasajeros, hará poco más o menos unos treinta años.....

Entre los bandidos más famosos se contaron, además de Rueda y de Pulido, del negro León Escobar y de Juan Simón, Chacallaza, aquel bandolero condenado a quince años de Penitenciaría y que para escaparse se rebanó los talones, Roso Arce que gozó épocas de gran auge y que tuvo tan terrible fama y muchísimos otros que desmerecían en celebridad y no se hicieron dignos de igual recuerdo.

Pero contra los siete vicios hay siempre siete virtudes, y no faltaron en Lima autoridades como aquel celebrado Intendente Carrión que se hizo famoso por sus batidas à los ladrones de los caminos. Según contaban las gentes de su tiempo, limpió los valles. Para él, encontrarse con un tipo sospechoso y deducir de sus averiguaciones que era bandolero, bastaba para que le encargara que se encomendase a Dios. Y decían a media voz sus contemporaneos que no había llegado el bandido en el Credo al Poncio Pilatos, cuando ya le habían dado el pasaporte para la otra vida. Fueron también famosos por sus batidas, Suárez y muy posteriormente Muñiz. Tales eran la inquietud y la alarma

que pusieron en la ciudad estos criminales, que la gente vivía en perpetuos sobresaltos, sobre todo en épocas de revuelta, ante la amenaza de que entraran en la ciudad. De allí que se aplaudiera, aunque con cierta hipocresía, las medidas extremas que muchos dictaron para acabar con el bandolerismo. Sin embargo, duró mucho tiempo y tuvo cierto raro prestigio.

A muchas personas de aquellos días no podía decírsele que los facinerosos eran gente de medio pelo. La frecuencia con que operaban con máscara estos caballeritos y según cuentan hasta en calesa o balancín o muy bien montados en magníficos potros criollos, influía poderosamente para que se creyera que no pocos de ellos pertenecían a veces a la clase superior. Hasta épocas relativamente cercanas, cuando se realizaba algún asalto sensacional, no faltaba quien sostuviera que los bandidos habían sido gente de buen ver. De buen un ver nada bueno. No hace muchos años, los de la Magdalena operaban con máscaras, pero en las varias batidas que se les dió, pudo descubrirse que seguían tal costumbre por manía, o por que temían ser reconocidos, ya que muchos vivían en el pueblo, trabajaban, o hacían como que trabajaban en él y sólo salían en las noches a sus siniestras correrías. Hace quince años contábase

medio en secreto que naturalmente conocía todo el pueblo, que dos o tres morenos y hasta una negra muy lista y muy conocida, que allí vivían, habían pertenecido a una de las tántas pandillas de los que detenían el carrito, ponían de cabeza a los pasajeros, les vaciaban los bolsillos y les arrebataban las alhajas.

Las antiguas canciones populares están llenas de recuerdos de los bandidos de caminos. Para la impresionable imaginación popular el salteador era una especie de caballero andante desfacedor de entuertos, vengador de agravios, individuales y sociales, nivleador justiciero, como el Catalán del Quijote o el Carlos Moor de Schiller. Anda por ahí una canción famosa,

"Luis Pardo fué un bandolero...."

En dicha canción Luis Pardo es un tipo de leyenda, a quien los crimenes que la sociedad cometiera contra él, lo han lanzado en aquel peligroso y lamentable camino. Los alrededores de Lima estaban llenos de Luises Pardos que, como el del tristísimo romance criollo, se dedicaron al vandalaje. Pueden maliciar los lectores cuál sería la heroica vida de los hacendados y aun de los propios pobladores de la ciudad, que tenían constantemente ante si la amenaza de estos románti-

cos *guapos*, de los que se referían bravezas hidalgas y tremendas crueldades.

La tendencia igualitaria, que siempre ha vivido como dormitando en el alma colectiva en sus amargas horas de despecho, hacía fuerza para que estos criminales fueran considerados como vengadores de los pobres, ya que naturalmente robaban y maltrataban a los ricos.

EL BANDIDO DE LA CIUDAD

Pero, paralelamente al bandolero de los caminos, inspirador de la musa popular, de nombre consagrado en las canciones, en las *mozamalas* y en los yaravíes costeños, había otro tipo de facineroso, tan dañino como el descrito y que era verdaderamente el terror de las mujeres de Lima. Era el ladrón de las casas, el que aparecia solapadamente por los techos, rompía puertas y ventanas, amarraba con sólidas ligaduras a los miembros de toda la familia, cortaba los grandes y estampados baúles de cuero y se llevaba fortunas, porque en aquellos tiempos no se conocía la institución bancaria y no había sino uno que otro banquero que era capaz, como el famoso Juan de la Coba (que dió nombre a una calle) de desaparecer un mal día, alzando con el santo y la limosna. El bandido de la ciudad aprovechaba las grandes extensiones sin ur-

banizar, la falta de alumbrado y la ausencia casi absoluta de policía. Procedía con astucia y a veces por la fuerza y, como su congénere de los despoblados, era de armas tomar y capaz de estrangular al que chistara.

Una serie de anécdotas se cuentan de estos bandidos. Entre los robos más célebres, se recuerda el que una partida de enmascarados ejecutó, casi a mediados del siglo XIX, en la casa de los antiguos condes de la Vega del Ren, junto al río. Allí se apoderaron de las mejores y más renombradas alhajas de la antigua Lima. Ahora medio siglo, cuando en una casa se oían pasos en el techo, ya podían todos encomendarse a la Virgen del Carmen (que era por extraña anomalía, patrona de los ladrones), porque era seguro que caía en el domicilio una partida de forajidos, que no tenían reparo en apalear o apuñalear al que resistiera al latrocinio. Las casas, por eso estaban llenas de cerraduras, barras de hierro y enormes trancas. Los ladrones, conociéndolo así, eran tan audaces que no era extraño que alguno se introdujera durante la prima noche y permaneciera bajo una cama o tras un armario para luego abrir las puertas y hacer entrar a los compañeros. Por eso, sin duda, nuestros abuelos acostumbraron siempre antes de acostarse revisar minuciosamente todos los rincones de la casa y asegu-

rar bien las cerraduras, mientras las abuelas, como divina precaución, ponían santas imágenes tras los portones.

Desde aquel entonces usábanse los forados. Nació así la leyenda del *matasiete*, que dió nombre a una calle. Cuentan que los ladrones abrieron en cierta casa un forado y por él fueron introduciéndose al interior, mientras un honrado y valiente vecino fué degollándolos uno a uno, con tan certero arte y tan pasmoso silencio que pasaron siete bandidos y los siete cayeron bajo su descomunal y bien afilado cuchillo. Recuerda ésto a Alí Babá y sus cuarenta compañeros, el *sésamo ábrete* y la criada Morgiana.....

Entre estas leyendas es típica la de la vieja que por un espejo descubrió un ladrón bajo su cama y en vez de amedrentarse, comenzó a gritar con aguda y plañidera voz: «Estoy hecha una piltrafa, piltrafa, piltrafaaa». Y en cada repetición de la palabra, subía el tono. Los vecinos creyendo que le daba un ataque, acudieron prestos, el ladrón imaginó que la vieja había enloquecido de improviso, y, como alma que lleva el Diablo, salió a escape. En otra ocasión, los ladrones entraron en una casa de la calle del Corazón de Jesús, en el momento en que los dueños y varios invitados jugaban al tresillo y pusieron de cabeza a los asistentes, robaron todo lo que ha-

llaron a mano, maltrataron a los desvalijados y tal escándalo hicieron que hubo un *cierrapuertas* general.

Otra leyenda original es la del *fraile ladrón*. Vivían en una vieja casona una señora muy rica con su hijo y con su hija; el hijo salió una noche a incorporarse en uno de los tantos movimientos revolucionarios que han sacudido al país. Ya entrada la noche, pidió hospitalidad en la casa un fraile, dando como razón que le habían cerrado el Convento. Piadosas y hospitalarias, la anciana y su hija no tuvieron reparo en acoger al fraile, quien bendijo la mesa, comió con sobriedad de ermitaño y luego se recogió a dormir. La niña, nerviosa sin saber porqué, se levantó de la cama y vió que en la habitación del huésped había luz. La curiosidad pudo más que la discreción y puso el ojo en la enorme cerradura. Retrocedió espantada. El fraile no era tal, sino un bandido de mala catadura, que ya sin el hábito sacerdotal, ordenaba sobre la mesa del cuarto, con infernal deleite, una serie de herramientas, puñales y pistolas. La niña, amedrentada, no se atrevió a dar un grito. Minutos después, el fraile salió; la niña, hipnotizada, lo siguió, atravesó, detrás de él, el patio inmenso y el zaguán, oscuros como bocas de lobo. El bandido entreabrió el portón y desde allí lanzó agudísimo silbido

muy lejano, como un eco le respondió otro semejante. La niña sentía que sobre sus carnes acobardadas corrían culebritas y que se le erizaban los vellos de la piel. El hombre no se movía de la puerta; pero, de pronto, en un instante de impaciencia salió y dió unos cuantos pasos. Entonces, con el valor de la desesperación, la pobre niña avanzó, confundiéndose con la espantable sombra y cerró la puerta del postigo, echando con presteza los cerrojos. Cuentan que amaneció desmayada en el zaguán y que, repuesta de la larga enfermedad que padeció, contó la historia. Los vecinos afirmaban que había estado embrujada.....

LEYENDA RECIENTE.—¡PASOS EN EL TECHO! LAS HISTORIAS DE LADRONES

Hace unos siete lustros, una noche fué asaltada cierta casa en Lima por un grupo de enmascarados. La casa era del señor Souza Ferreira y el hecho produjo gran sensación, porque el dueño tuvo que sostener un verdadero combate con los asaltantes. Dicen las crónicas de aquellos días que algunos de los enmascarados fueron personas conocidas. Hasta ahora viven testigos de aquel escándalo, en que reaparecieron días ya tan distantes.

Todos estos hechos fueron creando en Lima una idea singularísima de los ladrones. Se les temía y se les creía capaces de crueldades y de generosas actitudes. En todos los hogares, una vez sonadas las once, cuando más tarde, se revisaban las puertas con solícito cuidado. Cada puerta tenía llave—¡y qué llaves!—picaportes, dos o tres cerrojos, barras de hierro y trancas de todo tamaño y condición.

Mediada la noche, si se escuchaban pasos en los techos, se apoderaba de todos el pánico. Las niñas llamaban quedamente a sus hermanos. Alguna valerosa hacía la graciosa estratagema de llamar en alta voz a todo el santoral: Juan, Pedro, Miguel, Francisco, etc., con la misma ingenuidad con que los chicos hacen *miau*, cuando sienten el típico gritito de los ratones. Familia y servidumbre se levantaban. Los hombres sacaban a relucir los revólveres. Armados todos, buscaban con alarma bajo los techos, en los rincones y alacenas, hasta que el alba disipaba el espanto.

Pasaron los tiempos en que los ladrones acostumbraban hacer esta clase de visitas y, sin embargo, en los hogares, una andancia amorosa de los gatos techeros, bastaba para que se repitieran los cuadros fantásticos de antiguas épocas.

Hubo siempre en Lima la mala costumbre de hacer la tertulia a costa del miedo de las mujeres y de los niños. Las *amas*, especialmente, no gustaban sino de contar consejas de aparecidos y terribles historias de bandoleros en que perecían familias enteras y los recien nacidos eran estrangulados sin misericordia en sus cunas y los graves jefes de familia amanecían traspasados *como con quince puñaladas*, en sus lechos. Tal era la pintoresca verosimilitud que para la imaginación infantil tuvieron estos cuentos, que a la hora de dormir, los niños querían que la madre amorosa, efectivo ángel de la guarda, les diera la mano, para entrar así, dulce y seguramente, en el maravilloso reino de los sueños. Y muchos soñaban sin embargo, con bandidos, calaveras y escenas terroríficas.

Los verdaderos bandidos pertenecen a la historia antigua; hoy apenas quedan rateros, muchas veces ridículos y hasta afeminados. El bandolero de antaño tuvo colorido y fuerza. Era audaz y astuto. No rehusaba un combate, robaba en grande, era capaz de asaltar una casa y de salvar una vida y muchas veces moría, con la cara frente a la muerte, de un balazo en el corazón, convencido de que había cumplido una vida hermosa y fieramente masculina. El ladrón degeneró al ínfimo género de robar gallinas. Apareció

entonces la nube de rateros, entre ellos algunos ingeniosos, como el famoso *Encomiendita*, pintoresco tipo del Lima que es ya antiguo. Los grandes ladrones desaparecieron con el aumento de la policía y el progreso general. La inmigración y el Cinema concluyeron por dar otro aspecto, novísimo en sus elementos y en sus medios, al arte siempre viejo y siempre nuevo de arrebatar a cada cual lo que es suyo.

El cronista debe a las leyendas de bandidos muy buenas gimnasias de imaginación y, aunque por ellas padeció terrores, no puede olvidar que a causa de aquel ingenuo miedo, durmió muchas veces con la mano entre las manos de su madre.....!

EL VIATICO

(A Carlos Solari)

LIMA, la ciudad sensual y religiosa, como la llamara no sé quién ni en qué parte, tiene entre sus costumbres de ritualidad pintoresca, algunas, como el viático y las romerías y procesiones, en que brilla el colorido de cuadro antiguo de pintor español. La vieja hoguera castellana, ardorosa y fanática, abrasó el ambiente colonial con la llama quemante, calcinadora, de su ardor supersticioso, y Lima fué una ciudad hondamente católica, con sus innumerables templos, sus autos de fé, sus arzobispos, brillantes y poderosos rivales de virreyes y sus largas y suntuosas procesiones.

Entre las costumbres que hasta hoy perduran, aunque debilitadas en su colorido, la del viático es tal vez una de las que más carácter y movimiento conserva. Un gran pin-

tor hubiera hecho seguramente una obra maestra, a inspirarse en aquella ritualidad sombría, que espera aún al artista ignorado, novelista o pintor, que la fije para siempre, trasladándola al lienzo o al libro, como una ronda nocturna, mezcla de luz y sombra, o que la describa como un rosario de terrores, de místicos calofríos, bajo el fatídico tintinear de la campanilla, entre el murmullo entrecortado de los fieles y el sollozar contenido de los deudos.

UNA REMEMBRANZA DE LA PERRICHOLI

El fanático espíritu limeño alcanzó hasta las pecadoras. Magdalena siempre será un tipo maravilloso en la cristiandad, y el cielo está lleno de arrepentidos. No queremos ni necesitamos describir a nuestros lectores a aquella Perricholi, encanto de la Colonia, menuda flor del jardín limeño, para quien un Virrey de madrigal quisiera un día reproducir el elegante y airoso arte de Versalles, bajo el encaje de luz y sombra de aquel Palacio, hoy tan descuidado y entre el rumor cantarino de aquel Paseo, que es hoy un muladar y una vergüenza. Cuentan las crónicas y don Ricardo Palma lo relata con su donairoso decir, que en cierta ocasión iba en su rica calesa la Perricholi, cuando se encontró con el Párroco que llevaba el Santísimo a un mo-

ribundo. Movida a piedad y emocionada ante el contraste de su vida pecadora y suntuosa, con el aspecto del humilde cortejo, en que pobremente, sobre las desiguales piedras, iba el representante del Señor, llevando la consagrada forma, sintió que algo tierno, recóndito y bueno ascendía como una blanca nube de bondad y de pureza en su alma y bajó avergonzada y compungida de su riquisíma calesa, la ofreció al sacerdote y con religiosa unción, formó a pie parte del dolorido cortejo. La calesa se conservó en la Parroquia de San Lázaro muchos años y en el recuerdo de las viejas del barrio quedó estereotipada la visión elegante de aquella Dama bella y majestuosa, que había obsequiado a Nuestro Amo su carroza.

EL VIATICO EN LAS CALLES

El viático clásico es aquel en que todo el cortejo marcha a pie, devoto y cabizbajo por las calles. Bajo el palio, recamado de oro, el Cura lleva unciosamente el copón; un monaguillo por delante anuncia al vecindario, con el repique de una campanilla el paso del Santísimo; cuatro cófrades sostienen el palio, y tras el párroco, como un extraño rosario, se desenvuelve la lenta procesión, en que las velas tienden al viento las llamas temblorosas como un símbolo de acabamiento y de

fervor. De cuando en cuando, alguna de la cofradía entona un cántico religioso que las demás corean, y de intervalo en intervalo resuena, murmurador y sordo, el Ave María....

Desde minutos antes se llama a la vecindad; un muchacho, inconsciente de la significación dolorosa y trágica del llamado, mueve con gozosa desesperación la campanilla y como sombras van apareciendo en la calle y llegando a la parroquia todas las beatitas del barrio. Si acaso el moribundo pertenece a alguna asociación piadosa, acuden los cófrades con sus atributos rituales, el acompañamiento es largo, la profusión de velas es inmensa y asoman también aquellos grandes faroles revestidos de tules y de papel dorado. En las puertas de los callejones y casas de vecindad, las mujeres cuchichean con aires de brujas, los chiquillos alborotan el barrio con su divina ignorancia de la tragedia humana y eterna que sufrirán también ellos, y el soplo frío de la muerte pasa sobre los cirios, agita las llamas, tiembla sobre la campana quejumbrosa y pone en el ambiente la nota fatídica de un temeroso presentimiento.

Ya por las calles el cortejo se ordena mansa y compungidamente. Los coches se detienen, mientras el auriga, respetuoso sólo con Nuestro Amo, se descubre en silencio. Los hombres se quitan con meditativa y temerosa ac-

titud, el sombrero, los chiquillos miran con embobada curiosidad el cortejo luminoso y a la vez sombrío, poniendo a su paso la nota ingenua de su alegría. En los solares las mujeres se arrodillan y rezan una salve, mientras la oración murmuradora del acompañamiento se eleva rumorosa entre la nube del incienso, y

"tiembla la campana como un escalofrio...."

EL VIATICO EN LA CASA Y LA VISION DEL MORIBUNDO

Por la puerta del hogar señalado por la desgracia, entra el cortejo, y como una plegaria que avisa al moribundo su irremediable acabamiento, se eleva más alto aún el cántico agudo y quejumbroso de las mujeres; un monaguillo rocía con agua bendita el zaguán y el patio. Vestidas de negro, pálidas y temblorosas, las mujeres de la casa reciben rezando el Santísimo y hasta el cuarto del enfermo llega todo este confuso y aterrorizante rumor. En la habitación entran todos los que pueden, se hace un silencio trágico y un soplo siniestro acelera el ritmo de los corazones. El tic-tac de un reloj recobra su imperio, marcando el inacabable dominio del tiempo, aliado de la vida y de la muerte.

En el cuarto, oliente a drogas, el moribundo mira con ojos extraviados aquella visión de pesadilla, que lúcidamente comprende. Sus

manos descarnadas, instintivamente sujetan los cobertores, como defendiéndose de *algo;* el párroco dice las consagradas frases latinas, de vez en vez un sollozo interrumpe la mecánica monotonía del latinajo; y cada vez más aterrado, el moribundo cumple la ritualidad religiosa, sintiendo, tal vez en ocasiones, renacer en su pecho una sobrenatural esperanza.

Concluído el ceremonial, todos recitan la fervorosa plegaria, se ordena nuevamente el cortejo, las voces se elevan como confiadas en la salvación de una alma y por los corredores se desenvuelve el rosario luciente y tembloroso del acompañamiento. Todos salen lentamente, concluída la piadosa misión. En la casa se difunde un vago aroma de sahumerio y algunos cirios quedan como olvidados consumiéndose. De la puerta de la calle viene el rumor confuso de la multitud que sale ya tranquilizada, y entonces, en torno del moribundo, en las habitaciones desoladas resuena lúgubres gritos de dolor y de desesperanza. De cuando en cuando, vienen de fuera el plañer de la campanilla y la voz aguda de las cantadoras; y en el interior, abandonado y sombrío, se condensa una desesperación sorda que de pronto estalla en sollozos.....Alguna paz endulza el espíritu del moribundo. Cierra los ojos, tal vez convencido de que ya no hay remedio, recibe como una notificación defini-

tiva la llegada del Viático y se resigna vencido, ya sin fuerzas para luchar, con una vaga ilusión en el alma, aquietada después del pánico terror con que la visión del párroco la agitara.

En la calle continúa la procesión. Las comadres del barrio comentan, y entre santiguada y santiguada, no dejan de hacer sus chismes, mientras el Diablo sonríe en la sombra... El cortejo sigue desenvolviéndose. Ya más tranquilos, y como habituados, los vecinos charlan y se santiguan. Al cabo de un rato la calle queda envuelta en sombras y en silencio. Los muchachos desaparecen por encanto como aparecieron. Las mujeres, con un gran suspiro, como si se quitaran un peso, se internan en el dédalo sombrío de los callejones, cada vez más lejana se siente la campanilla y sólo queda, como un recuerdo perfumado, el aroma del sahumerio que vaga en el ambiente. En la casa el portón se cierra chillonamente. La pesada media noche se tiende como una enlutada, las que van a velar guardan todavía en la retina la visión tristemente luminosa del cortejo y en el oído el rumor confuso de cánticos, de murmullos y de oraciones. El enfermo siente la definitiva paralización que va aherrojando sus huesos, mientras se disipa la sombra y entra la fría y lívida

luz de la aurora que lo envuelve en su blancura, triste como un sudario.....

Reinan dueños y señores, el silencio, la soledad, la sombra.

IRRESPETUOSIDADES

Pero—ironia inevitable de la vida—dentro de este solemne cuadro del viático hay escenas cómicas y divertidas que contrastan dolorosamente con la angustia trágica del momento. Cuando sale el viático, además de la perdonable irrespetuosidad de los niños, que en todo ven objeto de diversión y de novelería, quedan aún muchos irrespetuosos, mayores de edad, que hacen gala de su torpe indiferencia. Entre los acompañantes, hay muchas viejas que fingiendo piedad, se introducen a las casas a curiosear, para tener después tela que cortar con las grandes tijeras de bruja que afila Lucifer. Pasan por una sala, se fijan en un mueble, miran, como para no olvidar jamás, alguna rotura, un espejo quemado, las hilachas descoloridas de un sofá, las palanganas de hierro enlozado, la pobreza, el abandono, y sin poder contenerse, cuchichean, haeen alarde de su murmuración, critican si hay llanto y si no lo hay y logran llevarse a sus casas un acervo de cuentos, de chismes y de enredos.

Otros irrespetuosos, que incurren en la más espantosa furia de las beatas, son los que pasan insolentemente ante la procesión sin descubrirse. La beatita siente unas ganas irresistibles de quitarles el sombrero, de pegarles, de decirles, para que todos oigan: *¡So malcriados!* Y muchas veces sucede que es algún extranjero protestante que no se da cuenta clara del espectáculo y lo mira como una costumbre típica, sin honda significación para él.

HOGAÑO
REFLEXIONES TRISTES

Ya el Viático no tiene el vivo colorido de otrora. Sólo muy de cuando en cuando se tropieza con aquellos cortejos suntuosos, largos, con muchas velas, faroles y mujeres con cintas al cuello. Es raro oír en la noche el cántico gangoso de las acompañantes, la sorda vibración de las voces enronquecidas que dicen la letanía y, en cambio, es frecuente encontrar al volver una esquina un coche de plaza que pasa rápidamente, dejando apenas ver al Cura que lleva el Santísimo. Sólo los cófrades, los mayordomos de instituciones piadosas y la gente del pueblo, que es la que más conserva los viejos hábitos, saben resucitar el antiguo Viático limeño en todo su esplendor característico, con todo su colorido

colonial y religioso. Y es que cada día tiene menos importancia la parroquia. Ya los barrios no guardan el aldeano color que antes tuvieran y a que con el aumento de la población no es fácil conocer a toda la vecindad. La gente se muda de casa con más frecuencia, no hay la patriarcal familiaridad de antaño y naturalmente todas aquellas costumbres que significaban solidaridad y espíritu compasivo naufragan en la indiferencia cosmopolita del pululamiento humano, egoísta por cantidad y por calidad.

Sólo en los solares se conserva, casi en su aspecto clásico, la costumbre, en ciertos barrios donde aún el viático sale con el viejo atavío. Cuando uno encuentra uno de estos acompañamientos, siente una doble tristeza; melancolía del cuadro, triste del suyo, melancolía de algo que se va, para no volver.

Al recordar estas costumbres, siempre tenemos tendencia a entristecernos. Cada vieja cosa que comparamos con el presente, resuena en nuestro corazón como una campana de agonía. Sentimos que con nuestra infancia se han ido muchas cosas, que hemos nacido en una época de transición dolorosa, pero interesante por lo renovadora, por la creatriz y vivimos viendo asombrados el desmoronamiento de tánto y tánto. Dirán algunos que siempre ocurre lo mismo. Tal vez no. Hay

épocas decisivas, hay épocas de transición, hay momentos de calma, hay largos paréntesis en que todo se conserva. Cuando se viene al mundo, para asistir, como un espectador fiel, al dolor de nuevas creaciones con todo el inevitable cortejo de los padecimientos del nacimiento y el dolor de las agonías, se siente más la marcha del tiempo, el espíritu solicitado bruscamente por lo que se va y por lo que llega envejece más pronto, la infancia se mira tan distante que ya no parece propia, siente uno dentro de su espíritu agitado y dolorido, la lamentable conciencia de los cambios sufridos, de las ilusiones que no retoñarán jamás, comprende fríamente que al vibrar de las mismas canciones el corazón no palpitará como la vez primera, que ya se cree de otro modo, que se ríe de manera diferente, y, que aunque parezca mentira, hasta se llora diversamente de lo que se lloraba antaño.....

Y en estas reflexiones nacidas al ver pasar, hace unos días, el acompañamiento de un Viático, la asociación de ideas nos ha llevado junto al lecho del moribundo y hemos meditado, con cierto temor supersticioso, en el secreto que se llevará a la tumba aquel pobre enfermo. ¿Habrá sentido una dulce y divina paz en su espíritu al escuchar la oración del sacerdote y cumplir con el ritual de su credo religioso? ¿Débil y cobarde, pegado

a la vida, no habrá sentido una ola de espanto recorrer sus nervios y no habrá tenido ansias de arrojar de su lecho aquella visión, tal vez entrevista en un instante de locura, como la Muerte revestida de sagrados ornamentos? ¡Quién lo sabe!.....Y aunque para el colorido, para el recuerdo y para la leyenda, el antiguo cortejo revestía caracteres imponentes, tal vez para el espíritu del enfermo es más saludable recibir el Santísimo sin este aparato rumoroso y solemne, anunciador definitivo de la muerte.

UN RECUERDO HISTORICO

Algunos liberales, entre los que se contaba, nos han relatado, el doctor Bambarén, creyeron conveniente abrir campaña para que el Viático fuese en coche, evitándose el acompañamiento, el bullicio, la inútil sonoridad del cortejo. Pero las señoras se arremolinaron, hicieron ruidosas protestas, se lanzaron al Congreso llevando grandes bandas cruzadas al pecho con la inscripción "morir por la religión", llenaron de alfalfa los estrados, se adelantaron al tiempo practicando excesos contra los diputados, que tánto usaron luego las sufragistas, y lograron que en Lima continuara el viejo y característico sis-

tema. Para los efectos del arte se grabó el colorido y sin embargo hasta ahora no ha habido un pintor que descubra este Mediterráneo, sin duda, para que una vez desaparecido haya una razón más para quejarse de la miseria del ambiente.

LAS BEATITAS

(A Luis Alberto Sánchez)

HAY un tipo limeño, rezago de préteritas épocas, el de la beata o el de la beatita, que ya es matiz diverso y que constituye faz importante aún de nuestra vida. Entre las beatas, las hay de distintas categorías, beatas siemples, beatas caritativas, beatas moralizadoras, beatas silenciosas, beatas parlanchinas; todas con un fondo místico y maniático a la vez, en las que, junto a ejemplares simpáticos de admirable efusión y abnegación, hay individualidades sombrías, adustas y crueles. Algunas conservan un recuerdo atormentador en el alma, que pretenden ahogar en el rezo: beatas por desengaño, merecen nuestro respeto y nuestra piadosa comprensión.

LAS BEATITAS CLASICAS

La beatita genuina, es la que usa manta, está siempre vestida de negro, camina sin

garbo, como distraída, cruza las calles muy temprano, mirando sin ver, eludiendo las ojeadas pecadoras de los hombres. La beatita genuina madruga, lleva en la memoria todas las distribuciones piadosas, tiene preferencias por determinada iglesia y por tal o cual padre, no se desayuna sino a la vuelta de la santa misa, porque es de comunión diaria; sólo se ocupa en cosas de religión, tomando la palabra en su sentido estrictamente ritual. Por lo común, es silenciosa y apenas se exalta e ilumina cuando habla de *su padrecito.* Vive agobiada por los escrúpulos, siente revolverse en su alma angustias inenarrables cuando alguien sonríe en puntos de devoción. Va ensimismada, sin saber nada del mundo, pensando en el trisagio, en la novena, en el triduo y en la Adoración Perpetua. No bien regresa en la mañana de misa, vuelve a salir de la casa, va al Cristo Pobre o al Jubileo; después de almuerzo va de nuevo a San Pedro o a San Agustín, a la visita de la Virgen; acude luego a algunos talleres religiosos en los que tiene amigas, frecuenta los Conventos, en los que la conocen de seguro y cose en los locales destinados a la costura sagrada, nó para los pobres, sino para los padres misioneros, para los que hace casullas, capas de coro, albas y roquetes. Rendida por la monótona peregrinación, vuelve a su casa ya tarde, di-

rige el rosario de la servidumbre, se persigna antes de comer y tras de repetir las largas oraciones de la noche, se acuesta y sueña atormentada con la visión pavorosa del Demonio..... Vive siempre formulando a sus confesores intrincadas consultas espirituales. Es la clásica beata atribulada y supersticiosa que tiene particulares afectos por determinados objetos piadosos, que cree en la superior eficacia de unos templos respecto a otros, de unas advocaciones e imágenes milagrosas sobre las no acreditadas, que guarda aún vagas reminiscencias de fetichismo o a lo menos de religión meramente formulista. Para ella no hay agenos dolores que consolar; le basta a su anjustia con su propio afán. No ha tenido hijos, ni ha amado a los de otras; es egoísta, severa, rígida por temperamente y por costumbre.

LAS SUNTUOSAS Y LAS MISTICAS

Otro matiz de la beata lo forman las suntuosas, la que no desdeñan la personal elegancia, ni el regalón bienestar. Son las que dan dinero para las iglesias, las que creen comprar la generosidad celestial con opulentas dádivas y atienden de preferencia las solemnes y sonadas fiestas religiosas, las que pertenecen a las instituciones de piedad que guardan visos de aristocracia y suelen hacer

alardes de una religiosidad distinguida, *chic*. De ordinario son presidentas de asociaciones, a las que dan prestigio y en las que hacen gala de su autoridad. En las distribuciones religiosas hacen circular invitaciones «a lo mejor de Lima», van en coche a sus devociones y tienen también predilección por determinadas iglesias, a las que pomposamente protegen. Se confiesan y comulgan de cuando en cuando, pero rodean estos actos de imponente publicidad. Reciben en sus salones a frailes de reputación intelectual o que están de moda. Son en el fondo ingenuas que llevan su carácter de grandiosidad a todo lo que hacen. Son pródigas y, más que caritativas, protectoras. Dan limosnas a las recomendadas de sus capellanes. Van a la Iglesia, pero tienen oratorio particular, que reúne tres características de elegancia castiza, pues tiene casi por igual de templo, de blasón y de museo.

Hay otro género muy superior, desde los puntos de vista filosófico y humano, pero no frecuente en Lima (aunque sea patria de Santa Rosa): el místico, el de la beata por vocación irresistible, que siente impulsos de elevación misteriosa, que padece irremediable sed de vida ultraterrena y que se embelesa en una perpetua misión de amor y de dolor, de fatiga, de fervor y de tormento. Son las de este matiz, almas teresianas que ponen sincera-

mente los ojos en la altura, que no saben nada del mundo y nada quieren saber de él, ingenuas y complicadas a la vez. Por lo común son delgadas, pálidas, casi transparentes; miran con afiebrados ojos, que cercan violáceas ojeras, se visten al desgaire, caminan deslizándose con rapidez, como creyendo que pueden perder el camino del cielo. Lloran fácilmente y oran sin cesar. Están más cerca de lo sobrenatural que el resto de los mortales. Van descalzas a las procesiones, leen el *Año Cristiano*, la *Vida Devota* y amenudo el *Kempis* que les deja en el alma la suave ceniza de su melancolía, en que hay ocultas purpúreas rosas. Niñas descoloridas, con un sello de dulce e inquieta tristeza en la mirada soñadora y en cuyos rostros, muchas veces hermosos y de líneas puras, se advierte, como a través de una tela diáfana, el ardor de un anhelo infinito.

CARITATIVAS, MORALIZADORAS E INSTITUCIONALES

Son altamente simpáticas las beatas caritativas. Van por las calles apresuradas a toda hora, con los menudos pies deslizadores y activos. Reparten su tiempo entre las devociones rituales y las obligaciones evangélicas de socorrer a los enfermos y consolar a los tristes. Son admirables en su actitud de pedir para sus pobres. Van de casa en casa, cono-

ciendo miserias, procurando remediarlas, atendiendo a los dolientes, llenando trámites para huérfanos, corriendo a la Beneficencia, a los hospitales, a las casas de misrricordia, siempre diligentes, mirando por todos, haciendo rifas, pidiendo para recetas, gastando muchas veces la propia salud.

Son estas mismas las que normalizan las uniones irregulares, las que sostienen grandes campañas moralizadoras y procurando arrebatar de las tentaciones de la pobreza a las niñas *en estado de merecer*, que el hambre agobia, tienen algo de leguleyas, conocen muchos trámites judiciales y administrativos, hablan con soltura, redactan memoriales con facilidad y de haber nacido varones, habrían sido agentes viajeros impagables o cautos y sutiles abogados..... Almas que sirven a Dios en la tierra y que practican a maravilla las obras de misericordia.

Las beatas de alto copete, que aun van de cuerpo gentil por las calles, que no olvidan la moda, sonríen con cierta coquetería, no se amedrentan de hablar con los hombres y se levantan tarde del lecho, son las institucionales y decorativas, las que sirven para los primeros puestos en las Juntas directivas de las instituciones piadosas, las que se pintan para organizar fiestas y distribuciones dignas de la *Nota social*. Tienen vivezas especiales

para entender a los chicos y enseñarles el catecismo *al revés y al derecho*, son las admirables repartidoras de dulces y de juguetes en los bulliciosos festejos de Pascua. No creen que sea pecado reírse a carcajadas, cosen divinamente, bordan y traen a la imaginación de niños pobres, las figuras mágicas de las Hadas Hilanderas..... Beatas que saben de la vida mundana, concurren de cuando en cuando al teatro y a las tertulias, hacen una vida mixta, sin exageraciones y durezas.

LAS CHISMOSAS.—LAS INTERESADAS LA TERAPEUTICA MILAGRERA

Pero al lado de estas especies amables y benéméritas, hay un tipo de beata infernal e inaguantable. Lo forman aquellas que se agrupan a la salida de los templos y forman circulitos para despellejar al prójimo, las que llevan a las procesiones grandes agujas para pinchar a los irrespetuosos..... a los irrespetuosos con otras, las que insultan al que pasa por una iglesia y no se descubre, las que corren tras los frailes, descubriendo bajo las faldas rumorosas y mugrientas, unos enormes zapatones, las que cuchichean a la mitad de una plegaria, amonestan y hasta pellizcan a la que se atreve a rozarlas, las que están pendientes con la viesa mirada de las elegantes, les sueltan *cuatro frescas* a las que van

a la casa de Dios con desahogo en el vestir, acosan a los sacerdotes a preguntas, a problemas canónicos, a indiscreciones, se confiesan por puro gusto de hablar con *sus padrecitos* y grandes reservorios de pulgas y de malignidades, llevan a sus casas, cuando vuelven del templo, un semillero de malévolos chismes y un humor endemoniado que la beatitud y la oración no lograron sacarles del cnerpo.

La esperanza de que todos los bienes bajen del cielo y la certeza de que en el cielo está el dispensador de todos ellos, inspiran a algunas beatitas el sórdido interés que ponen en sus oraciones. Rezan por sacarse una suerte, porque no se muera el gato, porque le den un destino a Fulanito, porque Menganita salga con bien del parto; y tan a lo serio toman su carácter de beatas rezadoras que tienen un santo para cada cosa y cuando no las escuchan, los castigan poniendo las efigies de cabeza, metiéndolas dentro de un zapato o cosa peor, volviéndolas contra la pared, *resintiéndose* y hasta diciéndoles *cosas reas*. Llenas de primitiva ingenuidad hacen la lista interminable de las especialidades del Santoral: «A Santa Rita le pedí que me concediera una suerte; no me la saqué y entonces por castigo puse su imagen vuelta a la pared. A la semana, me concedió dos soles, como para que

viese que podía hacer el milagro, pero que no me convenía tener más plata...» Esto es sabroso y pintoresco en su infantil paganismo.

Hay un tipo verdaderamente extraordinario entre las beatas. Tiene cierta relación con la hechicera; se siente como iluminada o poseída por sagradas potencias. Es la curandera. Conoce todos los remedios devotos para las enfermedades: un credo para las muelas, un poco de agua bendita para el hígado; santos y santas para todo. Santa Lucía para los ojos, Santa Apolonia para las muelas, San Roque para las epidemias, Santa Ana para los partos, San Andrés para la demencia. En cuanto una de estas curanderas místicas va a una casa, se declara enemiga personal de los médicos: «¡Qué barbaridad! Como si Dios no fuera quien dispone todo. ¡Habráse visto! Un *matasanos* que explota la infinita misericordia de Dios, cuando lo que sana al enfermo son sus buenas acciones que Nuestro Señor quiere que se repitan. Déjate de candideces, Mariquita, que si Dios no lo dispone, tu marido no se muere. Yo te voy a traer una reliquia milagrosa de veras; le rezamos dos padrenuestros, mientras tú le pones la reliquia y ya verás». Tienen una fe ciega. Si el enfermo salva, ha sido no obstante el médico. Si muere, fué la torpeza del doc-

tor la que no dió tiempo a que se realizara el suspirado milagro.

Las beatas forman en todos sus matices, aspectos históricos, que son supervivencias de la antigua vida limeña. Tienen el alma colonial con sus simplezas, sus supersticiones, sus efusiones compasivas. Son de las pocas que aún escuchan la voz de los bronces místicos de la ciudad y saben interpretar su lenguaje. En muchas de sus costumbres perdura la imagen de esa Lima que se va y que en estos artículos nos empeñamos en describir. Ellas aún conocen el secreto encanto de la alhucema y del incienso, que tántas veces hemos loado, y todavía para sus recogidos ojos, el bordado de los *detentes*, la puerilidad de los briscados, el multicolor encanto de las lamparillas tienen un significativo simbolismo. En ellos perdura la vida colonial con su agitada pereza, con su chismografía y sus habilidades manuales, con sus horizontes estrechos para el mundo e ilimitados para las inefables cosas de Dios. En días de cuaresma ha querido el cronista volver a sus visiones de antaño y ha escogido a las beatitas limeñas, que ya de manta, ya de cuerpo gentil, todas en sus diversos matices, son hijas de nuestra ciudad, genuinos productos de nuestro medio y forman un género típico, de los que más fielmente se ha mantenido, tal vez

porque es la religión virtual y esencialmente conservadora. Aquí donde casi todo se va, sin nada pintoresco que lo sostituya, ¿no es nn consuelo que siquiera queden, casi en todo semejantes, a las buenas abuelas, las beatitas?

LOS MATAPERROS

(A Carlos Raygada)

LIMA ha sido una ciudad de *mataperros*. Pero el *mataperro* antiguo tuvo diversa significación del actual, del *palomilloso* de baja estofa, ruín generalmente, triste y abandonado desperdicio del arroyo, que nada en turbias aguas como un guiñapo, sin fe, sin ley, destinado quizá al presidio, probable carne de calabozo o de hospital.

El *mataperro* de Lima, era el *niño engreído*, contestador y pendenciero, capaz de grandes acciones, que tenía satisfechos sus gustos y caprichos, pero que retozaba y abusaba de su vida y de su fuerza con insolente desenvoltura, gastando el ingenio y los músculos en juegos, picardihuelas y batallas campales de barrio a barrio o de colegio a colegio.

EL MATAPERRO ANTIGUO

El *mataperro* de antaño era, antes que otra cosa, *mocito decente*. El hijo del pueblo no se permitía por aquel entonces, alborotar el cotarro. Pegados a las casas de sus patrones, los mulatillos y mestizos eran como ayudantes de campo en las mataperradas de los niños. Vivos y graciosos, prestaban el contingente de su zandunga y de su ingeniosidad para idear las diabluras más espantosas. Pero el verdadero *pie de Judas*, tormento de padres y de abuelos, era el hijo de su casa, ricachón y dicharachero, que, acostumbrado a hacer lo que le venía en gana, se tornó altanero y atrevido. Su principal cualidad consistió en la altivez que supo guardar y en la tendencia gloriosa que conservó luego desde la guerra de la Independencia. Dispuesto a temerarias travesuras, también lo estaba a verdaderas hazañas, y no fueron otra cosa que *mataperros*, los primeros imberbes que se alistaron en las filas de los patriotas.

En la desenvuelta insolencia de aquellos chiquillos precoces, se escondía muchas veces el instinto dominante de un destino superior, y muchos generales fueron, en la turbulenta adolescencia, el terror y el tormento del barbero del barrio, del cura y, sobre todo, del

sacristán. La vida de Lima antaño, se prestaba a que desarrollara en toda su fuerza y su ingenio el verdadero *mataperro* que ya tenía nociones de estrategia y que, amante de la libertad, realizó la primera proeza el día en que, heroicamente, con toda la fuerza real de este adverbio, se escapó de la casa paterna y fué a alistarse, soldado voluntario, bajo las banderas de San Martín.

Tal fué, poco más o menos, el antiguo *mataperro*. Un vigor en marcha, una viveza desbordada e ingeniosa, un desmedido afán de movimiento y de libertad, y tales cualidades se reclutaban en la llamada *gente decente*, ya que todavía había esclavos y el indio siempre fué sumiso y de nula iniciativa para las diabluras.

El *mataperro* comenzaba a incubarse en el propio hogar. Aburría a las amas, hacía rabiar a los padres, les daba duro a los chiquillos del barrio, imitaba a los pregoneros, tiraba piedras a los gallinazos vecinos, hacía guerrillas con los gallos, organizaba feroces y emocionantes luchas de arañas, en la calle trompeaba a cualquiera, en la escuela desesperaba a la *mestrita*, y, ya más crecido, fugaba de la casa, repitiendo la eterna parábola del hijo pródigo.....

LAS EVOLUCIONES DEL MATAPERRO

El *mataperro* limeño, pasó por variadísimas vicisitudes. Ya hacía una travesura en el barrio, como defendía a un chiquillo, como sublevaba un colegio. Muchas de las revoluciones que ha habido en el Perú, tuvieron una proporción enorme de muchachos decentes que se escapaban de los hogares y se alistaban en las filas reformadoras. Vivanco y Castilla tuvieron el dón especialísimo de atraer a la juventud, y en la revolución del 55 sobre todo, fueron muchísimos los mocitos de Lima, algunos de los cuales no contaban aún catorce años, que se presentaron con masculino desenfado en los campamentos revolucionarios, dando prueba de animosidad y de valor incomparables; era el recio atavismo de las épocas de la Independencia, que daba a los muchachos de entonces el empuje y la alegría en las escaramuzas y combates: tomaban la lucha como un deporte, iban a la revolución con ejemplar serenidad, sintiendo, más que razonando, la conveniencia del levantamiento. Daban curso así, muchas veces, a una vocación dormida, que luego les llevaba a las más altas situaciones militares.

Si se recorre las biografías de nuestros Grandes Mariscales y Generales, se verá que

casi siempre sentaron plaza de soldados en su adolescencia. Casi todos fueron insignes *mataperros*. Pero las *mataperradas* de aquel tiempo eran diversas: con frecuencia tenían altos fines por realizar. Quizá entonces no existía el tipo del *mataperro puro*, con su cuadrilla organizada, sus planes, preocupaciones, especialidades en el género. Esta clase de *mataperros* vino después.

EL MATAPERRO ESCOLAR.—EN LA ESCUELA NAVAL

La Escuela Militar y Naval que estuvo, hace ya muchos años, en la calle del Espíritu Santo, en el local que sirve hoy a la Escuela de Ingenieros, fué un establecimiento educativo en el que, como en casi todos los Institutos de la época, hubo una tendencia, que fué tal vez poco distinguida, pero que tuvo manifiesta utilidad. El propósito de todos, maestros y discípulos, era formar *hombres*, en el sentido simplemente valeroso del vocablo. De allí que esa famosísima Escuela Naval, de la que salieron verdaderos héroes, fuera una guarida de *mataperros* y de *endiantrados*, como decían las viejecitas del buen tiempo.

Cuando la revolución contra Pezet el año 1865, la Escuela Naval hervía de entusiasmo por la guerra con España. Había un rumor

de protesta por los actos del Gobierno, y fomentaba la tendencia revolucionaria por ingénito impulso que da la edad, la pujanza primaveral. Los alumnos encabezados por aquel Gálvez, que fiş uró después en la guerra del 79, y que apenas tendría entonces quince años, como casi todos sus compañeros, se sublevaron contra el Gobierno, alarmaron la población y obligaron a las autoridades a clausurar el Instituto. Rasgo gravísimo de indisciplina pero también rasgo bellísimo de valor, de audacia, de espíritu patriótico. Al cabo de pocos días, casi todos los que tomaron parte en esta sublevación de unas cuantas horas, se escapaban de sus hogares, burlaban la vigilancia de las avanzadas gobiernistas, se presentaban al cuartel general de los rebeldes, entraban triunfadores a Lima y combatían gloriosamente en el combate del 2 de Mayo. Grandes *mataperros* fueron los Palacios, los Cansecos, los Mariáteguis, los Arróspides, los Heros, los Raygadas.

EN EL CONVICTORIO DE SAN CARLOS Y EN EL COLEGIO DE GUADALUPE

En San Carlos, donde se educaron, casi sin excepción, los más notables peruanos y por cuyas aulas pasó la mayor parte de la generación que sin duda valtó más en los primeros años de la República, vivía también el

espíritu rebelde, inquieto y atrevido de la juventud. Allá por el año cuarentaitantos, hubo graves movimientas encabezados por algunos que no temieron desafiar las iras del Poder, y el año cincuentaicinco ocurrió otro tanto cuando el Rectorado del doctor Gómez Sánchez. Allí se formaron talentos verdaderos y pasaron por los corredores y los coloniales claustros, tipos viriles y audaces que supieron aventurar y luego en la vida convirtieron las *mataperradas* en abnegación y en heroísmo.

La genuina tradición guadalupana es más reciente, y en un discurso que pronuncié en ese Colegio el año 1914, está casi su historia. Instituto fundado por iniciativa particular de los Elías y los Rodrígos, hacia los años del cuarentaitantos, sólo se convirtió en Colegio Nacional después de 1855, cuando triunfante la revolución liberal, los esfuerzos de sus maestros, especialmente de don José Gálvez, lograron que el Gobierno de Castilla oficializase el plantel, que con el tiempo iba a reemplazar al Convictorio de San Carlos.

Guadalupe, que ha sido, ante todo, un fresco manantial de patriotismo, ha creado a los más ilustres *mataperros* de Lima. La leyenda del Colegio es en este punto admirable. Hubo en su derredor tal ambiente de hombría y de audacia que ser guadalupano

constituía la más alta honra para un adolescente y una especie de calificación de virilidad. Desaparecido el Convictorio, quedó el Colegio de Guadalupe como el único plantel de verdadera importancia en la República, y siempre tuvo (hasta que vinieron los dos peregrinas ocurrencias de los Directores extranjeros y la reducción del tiempo en la enseñanza secundaria) el mérito de ser eminentemente nacionalista. El espíritu colectivo de la numerosa juventud que allí se educaba pudo ser indisciplinado y levantisco, pero fué siempre en todos los momentos, de varonil peruanismo. Las tradiciones patrióticas, los recuerdos de gloria, todo el acervo que forma el alma nacional, adquirieron aliento en ese Colegio, que si generó muchísimos defectos, tuvo en cambio virtudes supremas, insustituíbles cualidades esenciales.

En Guadalupe había que ser altivo y *mataperro*, porque se corría el riesgo, al no ser así, de cobrar fama de afeminado y de marica. El guadalupano era trompeador, y pleitista, pero jamás delataba ni vendía al compañero. En otros Colegios, con un torpe concepto de la disciplina, se creaba en el espíritu del alumno una tímida predisposición a las adulaciones y al menudo servicio de las pesquisas. En el Colegio de Guadalupe, el

mataperro era, con fiera injusticia enemigo natural del Director, del Regente y de todo el cuerpo disciplinario. No transigía cuando se le exigía delatase a un compañero y ésto le dió cierta bizarra independencia, que con el correr del tiempo le servía, ya que el tiempo también, por obra propia, pulía las asperazas entre profesor y antiguo discípulo, quien reconocía en su intimidad sus pasados errores y recordaba con cariñosa veneración al maestro, aunque hubiera sido pésimo pedagogo.

Fué el Colegio de Guadalupe gran incubador de *mataperros*, y esta misión al margen de Reglamentos y Programas, la cumplió a conciencia, realizando beneficios indudables, que teme mucho el cronista se estén perdiendo en estos días paradójicos de raspadillas, brebajes exquisitos, y vicios orientales.....

LA EPOCA DE LA GUERRA CON CHILE

Justo es dejar aquí un recuerdo al anónimo grupo de muchachos *mataperros* que fueron a la guerra del 79 y murieron en ella por la Patria. Muchos *Gavroches* hubo en aquellas rudas campañas, y más de un niño que aún jujaba al bolero, sintió el dolor sublime de que le partiera el corazón una bala enemiga. El *mataperro* de aquella época triste,

fué soldado distinguido, batalló en el Sur, cayó herido en los campos de Miraflores, reapareció esperanzado en la Breña, hizo la revolución contra Iglesias y pasó su adolescencia y su juventud entre las balas, con la misma sonriente frescura que hubiera podido revelar en un tiroteo de bolitas de migajó.....

Tal vez si no hubiera habido *mataperradas*, muchos no se hubieran atrevido a abandonar sus hogares en tan tierna edad, para hundirse en el azar tempestuoso de la guerra. La *mataperrada* al hacerlos ir más allá del deber y adelantarles la hora tremenda del sacrificio, les consagró como hèroes.

EL AÑO 1895

Hasta el año 1895 duró la vieja costumbre de los *mataperros* cimarrones, que llenos de entusiasmo, escapaban a los campamentos revolucionarios. Aquel año 1895, como lo digo en el artículo que publicó «*Mercurio Peruano*», fija una era originalísima en nuestra vida. La guerra con Chile pareció haber detenido nuestra evolución. El año 1895 reinvindica nuestros derechos al progreso. Cambiamos en todo, pero más especialmente en las costumbres y en los usos. Todo, hasta el hogar, toma otra fisonomía. Pero volvamos a nuestros *mataperros*. Tal vez ellos decidían el éxito en las campañas revolucio-

narias. La victoria parecía atraída por sus miradas ávidas. Los *mataperros* ungían las causas de la rebeldía con tan noble entusiasmo, tan caballerezco desinterés, tan sonriente valor, que su sola presencia era, donde quiera, augurio de laureles. Pero después del año 1895 murió la costumbre. Por Cocharcas entraron los últimos revolucionarios *mataperros* y muchos—¡oh cosa típica! volvieron después de haberse familiarizado con la pólvora y de haber conquistado galones, a los Colegios de Instrucción Media. Fuerza es confesar que tuvieron un colosal prestigio y que retornaron tan *mataperros* como antes.

EL MATAPERRO DEL BARRIO

El *mataperro* de barrio, era la prolongación del *mataperro* de Colegio. Necesitaba el concurso de sus vecinos. Y procuraba superarse así mismo tanto en las creaciones ideales de la *mataperrada*, cuanto en el hecho práctico de su ejecución. El *mataperro* de barrio carecía de piadosas consideraciones; igualmente burlaba a un viejo que a un muchacho y con el mismo desenfado con que asustaba a un chino, amedrentaba a una anciana. Por ello alguna vez dije:

"Y una pena muy honda, muy amarga sentimos
al ver al encorvado viejo de quien reímos".

El *mataperro* de barrio gozaba caminando en pandilla, tenía señas características para llamar a los compañeros, era la desesperación del pulpero, al que engañaba continuamente, inquietaba a las madres de familia con el típico silbido que anunciaba la escapada del hijo preferido, compañero de aventuras del truhancillo, y era siempre tan mimado que se creía que nunca perdía a otro, sino que a él lo perdían los amigos. Sus goces más picantes eran: amarrar a la cola de un perro una sarta de cohetecillos y soltarlo, así crepitante y aterrado en alguna casa de vecindad, tirar piedras a los chinos, poner a determinada altura y en la noche, hilos resistentes e invisibles para arrebatar los sombreros a los transeuntes, andar a caza de medidores de gas para dejar a oscuras los hogares en la hora de la comida y organizar cuadrillas que desesperaban al barrio entero, hasta poner en movimiento a la policía que padecía indeciblemente con tales niños, a la verdad intolerables.

Hábil en el silbar de todas las maneras y en todos los tonos, desde el sencillo que está al alcance de las niñas, hasta el más complicado metiéndose dos dedos en la boca para aflautar los sones; genial en liar un cigarrillo con una sola mano, en la clásica forma del cartucho; soberano en arrojar una trampa a

la cometa, señora del espacio, o en cortarla con la suya; colosal para trepar un tejado, para saltar una acequia, para disparar la piedra de una honda; sabía de la davídica apostura y, malicioso y sarcástico para poner un mote, sentía también la poesía melancólica de la canción popular que su silbido alargaba y decoraba en arabescos agudos cuando en el reposo bien ganado de la travesura, metía las manos en los bolsillos y echaba al viento la tonadilla ingenua en que se escapaba algo del azul de su alma.....!

VACAS, DESAFIOS, JUEGOS

Una de las más grandes *mataperradas* era *hacerse la vaca*—novillos dicen en España,...es decir, darse por sí mismo asueto. La *vaca* era una *mataperrada* casi siempre colectiva. El *vaquero* seguido por varios de sus amigos se marchaba al campo. Allá torcaban becerretes, malograban sembrios, robaban fresas, recibían de cuando en cuando un *azufrazo* de algún italiano de malas pulgas, que no tenía reparo en quemar los *fundillos* al primero que se ponía a tiro de su escopeta. Pero el problema serio después, era conseguir excusa de la falta ante el Colegio. Y entonces ocurrían dos hechos lamentables: o a la continuación indefinida de la *vaca*, o la falsificación de la cartita disculpadora.

Gravísimos aspectos de una mala forma de travesura. Los lugares preferidos eran las polvorosas, antiguas alamedas, el viejo camino a la Magdalena, con su sombría leyenda de bandoleros. Quien quiera divertirse puede en la antigua estación del pueblecito de la Magdalena Vieja, lugar hoy tan quieto y muerto, leer inscripciones graciosísimas, groseras algunas, reveladoras de la bulliciosa vida antañona, hechas pacientemente por algún *vaquero* con su cortaplumas, arma y estilo que nunca faltó al *mataperro* de buena cepa.

El *mataperro* era por naturaleza pendenciero. En eso imitaba al *faite*, y *mataperros* hubo que tuvieron excelsa fama de trompeadores. Pero lo sabroso era el desafío de Colegio a Colegio o de barrio a barrio, en que se escojían cuidadosamente para la pelea los mejores *gallos*. Había muchachos capaces de pelear, dando *uno mano sin patadas*, mocitos de bandera que llevaban el nombre de un Colegio o de un barrio. Las trompeaduras colectivas se hacían ordenadamente. Una gran cantidad de muchachos iba por una vereda de la calle y la enemiga muchedumbre por la opuesta. Todos caminaban cuadras y más cuadras, como en decorativa procesión hasta llegar a un despoblado: la Alameda Grau, la Avenida Alfonso Ugarte, por

el lado de la Fábrica del Gas, el Camal, la pampita del Medio Mundo, la Piedra Liza. Allí los *gallos*, se despojaban de sus americanas, se decían bastantes *lisuras* y *se agarraban*. Era el gran momento. El coro, como en la tragedia griega, tenía un papel decisivo. Y la gritería levantaba los ánimos: «Dale, cabecéalo, recógelo, quiébralo, mátalo apánalo», hasta el *carga montón* final, en' que ambos grupos se daban fuerte, sin que en realidad se supiese cual bando resultaba triunfador. Sin embargo, el Colegío de Guadalupe mantuvo siempre el cetro y le seguía en prestigios varoniles el de Labarthe. Los de los Jesuitas, el Colegio Francés, posteriormente de la Recoleta, eran considerados como de muchachos modositos y afeminados, aunque muchas veces tuvieron también sus buenos *gallos*.

Pero lo que parece mentira por lo brutal, y lo negaríamos siuo lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos y más de una vez no lo hubiéramos sentido en forma contundente, es que hubo *mataperros* que acostumbraban desafiarse a *pedrada limpia* y con honda. Andan por ahí más de un grave abogado, un hábil ingeniero y un talentoso médico, a quienes pudo verse en sus días de travesuras llevando la honda peruana, con la que, según el clásico mandato se sujetaban

los calzones los muchachos de pelo en pecho.

El mataperro para ser legítimo, necesitaba ante todo ser trompeadorazo saber dar *seguidillas rápidas* de golpes, *chopazos* a la chalaca, *combos* a la limeña, tocar la cara con el pie al más alto, poder ofrecer una sola mano y además ser agilísimo jugador de saltos y de barra, volador y cortador de cometas, jugar bolero a la contra, romper trompos de naranjo de un sólo quiñazo, tener buena pata, ser maestro en quites a los *cachacos*, hablar al revés de corrido, *tirar* una *monstra* en la barra, abrirse en quinta, aunque fuese con maña, en las argollas, subir y bajar de los tranvías, a la contra también, saber acomodarse en la trasera de un coche y poder descubrir a un chino en Nochebuena, para hacerlo blanco de un número infinito de cañazos; ser, en suma, una mezcla originalísima de ingenuidad y de malicia, de hidalguía y de crueldad. El *mataperro* como el bíblico árbol, tenía en sí el bien y el mal, se entretenía con igual entusiasmo en saltar a un compañero desde el *octavo paso* con *plomo, patada y palmada*, como en desesperar a un pobre biscochero o dejar sin burro a un repartidor de pan. Malévolo y generoso a la vez, como un gran Señor antiguo, era tal vez más puro y sencillo que el adolescente de hoy. Jugar al *Mundo, demo-*

nio y carne, a los *ñocos*, era para él un encanto tan fuerte, como *arrimarle* una pateadura al primero que se atrevía a *meterle codo*, o quitarle la vereda.

Hubo muchachos en Lima que a las diez de la noche, en aquellos días en que cerraban las pulperías dejando abierta sólo la típica ventanilla, llamó al *bachiche*, quien al asomar el rostro, recibió la más formidable sacudida en ambas orejas, sin poder defenderse. Epoca también hubo en que no se podia pasar por una plazuela sino a riesgo de ganarse el pacífico traseunte un golpe, un letrero que decía "se alquila" o "soy una bestia", o que apareciera ante sus ojos indignados, un muchachito ágil y travieso, cerrándole el paso, americana en mano. Si el paseante era de malas pulgas la *mataperrada* estaba hecha: mientras arremetía contra el muchacho, que sabiamente le hacía un quite, otro le ponía banderillas, el de más allá le pasaba de muleta y sinó concluía pidiendo socorro por el desborde taurómaco, seguramente sufría hasta el arrastre.

Otro encanto de los muchachos *mataperros*, era seguir los batallones. Al pie de las bandas militares, en actitud bizarra, marciales y fieros, sentía latir en el corazón una ansia viril. Marcaban el paso a grandes zancadas, como en una gran parada, y se-

guían a los soldados, hasta los cuarteles, silbando las marchas guerreras y acordando sus espíritus a un ritmo bélico. ¡Oh dulce añoranza de las plazoletas sombrosas en las noches lunares, que asoman a mi memoria plenas de blancor romántico, de rumor y de aroma, de canción y de libérrimo juego! ¡Oh evocación de las retretas de antaño, en que se esperaba la hora del desfile marcial para ir a la vera de las tropas, hasta los cuarteles distantes!.....

SEMANA SANTA. IGLESIAS Y PROCESIONES

El *mataperro* deliraba por las procesiones, campos de acción abiertos al ingenio y al empuje de la adolescencia. En aquellas largas, ondulantes y coloreadas procesiones, se podía pelliscar a las muchachas, apagar los cirios, burlarse de las viejas, aburrir a los beatones, dar a los calvos con el famoso *pan de boda*, terrible juguete que consistía en una bola de cera endurecida sujeta por un cordel y que al caer sobre cualquiera inadvertida humanidad, resultaba más dolorosa que una pedrada. El *mataperro* soltaba en medio de la más augusta de las procesiones un gato con varias latas vacías a la cola, le *metía cabe* a las beatas y desordenaba el más piadoso desfile.

En los días de la Santa Semana, el *mataperro* estaba en grandes. Cosía las mantas de una fila de beatitas, echaba en los templos polvos para hacer estornudar, gritaba "¡temblor!", estupidez inexplicable pero que no era rara, y así llegó a burlarse de todo con irrespetuosidad sin igual y extraña porque la mayor parte de las veces era creyente sincero. Por eso ya se sabía que las iglesias en la Semana Santa eran un semillero de diablillos insoportables, capaces de amarrar las trenzas de dos muchachas, de poner alfileres (los célebres torpedos) en los asientos de los caballeros. Otro tanto hacían en los matrimonios, y llegaba su insolencia a extremos que las autoridades eclesiásticas pensaron en tomar serias medidas.

EL MATAPERRO DE BALNEARIOS

El *mataperro* de balnearios, en aquellos tiempos del tren de cinco y cuarto y del tren de seis y veinte tenía dos campos de acción: uno era el mismo convoy que lo conducía al balneario y en el que hacía toda clase de diabluras, desde arrojar frijoles con maligno y certero vigor al tren que esperaba en el cruce de Miraflores, con la intención de mortificar al que asomara por las ventanillas, hasta

arrojar flechas preparadas con papel y saliva al pasajero que ingenuamente se quedaba dormido. Ya en el campo, el *mataperro* caminaba sin etiquetas ni elegancias, tiraba *zapatazos* y hacía *camarones* en el agua; cuando nadaba bien, se lanzaba a hacer el recorrido de Barranco a Chorrillos y en su afán de travesura, repartía *cabe como cancha* en las retretas, se *guindaba* desde el romántico Puente de los Suspiros del Barranco los faroles de la bajada, agitaba las campanillas de todos los ranchos, apedreaba a los chinos, toreaba becerros en el Camal, asaltaba las huertas, improvisaba excursiones a San Juan y Villa, y en los baños, bulliciosos y alegres, se entretenían en *hacer galletas* en las ropas de los bañistas formando con agua y arena nudos indesatables en las medias, camisetas y calzoncillos, agenos. Gozaba de la vida al aire y al sol corriendo las olas, saltando las tapias y organizando carreras en las noches de luna. Vivía, pleno de la naturaleza, en una sana y libérrima jocundidad primaveral.

ELOGIOS Y ELEGIA DEL MATAPERRO

Nadie se atreverá a negar que a pesar de todos sus defectos, el *mataperro* es un tipo sustancialmente simpático. Se puede afir-

mar que para serlo, en el buen sentido de la palabra, se necesitaba ser atrayente. Los *mataperros* cultivaban una cualidad esencial en los varones: el valor. Debían ser audaces y además ingeniosos Como Cyrano, como Quevedo, sabían de la ironía y marchaban serenos al singular combate. Amorosos de la libertad, celosos del prestigio de su grupo, fueron viriles y sencillos: sus crueldades y sus torpezas carecieron de enrevesadas y subterráneas malicias; eran claros y simples en el pensar; sintieron las voluptuosidades casi angelicales del aire, del sol y del abierto campo, y los rozamientos con el vicio, en los genuinos *mataperros*, fueron poco frecuentes y a veces por entero desconocidos. Tuvieron intuiciones pasionales, indudablemente patrióticas y benéficas como la del odio irreductible al elemento chino, hoy pacífico señor de nuestras calles, por donde otrora transitó cohibido ante la amenaza viril y la protesta racial del *mataperro*.

Cuando comenzaron a introducirse los deportes sajones, el *mataperro* se incorporó ardientemente a la evolución; formó Clubs pintorescos, marchose a pleno sol a buscar hasta en la más lejanas pampas terrenos propicios para jugar *foot-ball* y aún en las noches, muchas veces, desafiando el peligro amenazador de los perros de las haciendas de los

alrededores, aprovechó los plenilunios para formar sus reñidísimos partidos. ¡Oh qué admirable era el retorno, a la hora de los crepúsculos, de los *mataperros* que venían de Santa Beatriz, del nuevo camino de la Magdalena, de la Avenida Alfonso Ugarte pateando una bola, en medio de alegres voces y de buenas canciones! En aquellos campos se hicieron las más grandes camaraderías y se crearon nuevas reputaciones.

Pero ya este ejemplar de mataperro ha desaparecido casi por entero. Tanto el *mataperro* de colegio como el de barrio han ido extinguiéndose sin bullicio, suavemente, como cumpliendo una evolución irremediable. La policía no tiene ya que preocuparse de aquel aspecto de la vida limeña, que era tal vez el que más trabajo le daba. Por lo menos el *mataperro* decente del estilo descrito es hoy *ávis rarísima*. Diversas causas, muchas de ellas ya apuntadas, han producido esta transformación, benéfica en ciertos sentidos, perjudicial en otros. Ya no se ve en las plazuelas aquellas pandillas de muchachos insolentes y atrevidos, que estaban ideando alguna diablura. Hoy el niño *decente* está poco tiempo en el Colegio y desde muy temprano se preocupa del traje, del sombrero, de los guantes y del bastoncito. No gusta de placeres fuertes y varoniles; no se trompea!

Los colegios ahora son tranquilos. casi tristes. En sus interiores parece, por lo general, que no hubiera muchachos. El novísimo *scuotismo* les da sierto color, pero entre nosotros, va adquiriendo ciertos caracteres *bomberiles* y decorativos. La disciplina debe haber ganado, no podríamos afirmarlo, pero más hombrecitos, más sinceramente patriotas, sin cursilerías ni interesadas conveniencias escenográficas, eran los antiguos *mataperros*. Entre los que hoy tienen treinta a cuarenta años, hay hombres ecuánimes, bondadosos, íntegros, competentes en sus ramos profesionales, y hasta alocados artistas, que fueron en su adolescencia mataperros insoportables. Vivieron su edad, gozaron su infancia, no se marchitaron antes de tiempo, no se dejaron poner cadenas ficticias, ni se esclavizaron en ridículas formas. Hoy—seamos francos—el escolar amanece demasiado temprano y, aunque en apariencia es más tranquilo, tiene inquietudes que desconocieron los escolares de ayer, que irrespetuosos en muchos aspectos, fueron incapaces, por ejemplo, de codearse en un bebedero con los hombres maduros o de buscar en la sombra nocturna el vergonzante asilo de burdeles y garitos.....

La *mataperrada* limeña ha descendido, como hemos dicho, casi por entero al *palo-*

milla, al pobre *palomilla*, que se hace *mataperro*, por obligación dolorosa, por falta de educación, y tal vez como un escalón disimulado hacia la ratería, y, sin embargo, es también tan pintoresco, tan audaz a su modo, tan lleno de color a su frase, y de vida en sus arranques. Y aunque la luz eléctrica, que se robó el romanticismo de las noches lunares, la mejor policía, las nuevas costumbres, los modernos sistemas de instrucción y el profesorado extranjero nos han propiciado algunas ventajas pedagógicas y culturales, es un hecho que al arrebatarnos el *mataperro*, han suprimido un gran factor para el espíritu nacionalista y han empequeñecido virtudes varoniles, toscas y burdas es cierto, pero virtudes al fin, que fueron viviente decoro de los *mataperros*.

El cronista siempre recordará con melancólica emoción aquellos tiempos maravillosos de sol de campo, de canción suelta al viento, un libre ingenio, de altivez y de abnegación por los demás, de su época de *mataperro*. No olvidará tampoco aquellos colegios en que los alumnos no se dejaban tratar despectivamente, se trompeaban por una injuria, respondían a una frase descompuesta con señorial orgullo, aunque fuera al maestro mismo; se sentían ya hom-

bres en dignidad y en valor y vivían libres, ágiles, sonrientes, con una limpia alegria que no tienen hoy, de seguro, muchos de aquellos jovencitos pálidos, que posan decorativamente, desde los catorce años ya, en las puertas de los Cinemas.....

BAUTIZOS Y MATRIMONIOS

(A Luis Varela y Orbegoso)

Los bautizos, matrimonios, primeras misas y tomas de hábitos, fueron en Lima acontecimientos que se celebraron por todas las clases sociales con verdadera pompa. Tales festejos tenían colorido especial, que luego las complicaciones de la vida moderna han ido desvaneciendo.

Un bautizo era antaño un suceso trascendental en todo hogar; por pobre que fuera. Desde que el niño nacía armábanse controversias por los nombres que se le pondrían, partiendo, por supuesto, de la base esencial de que el primero de ellos sería el del santo del día. Todos en el hogar se preocupaban en los detalles y escogían con cautela para padrinos a personas de condición social elevada, pues a orgullo teníanse contar por padrino a un Virrey y más tarde a un Presidente de

la República. Las familias linajudas ponían su mayor cuidado en estos pormenores, y en las medallas conmemorativas quedaban para asombro de las venideras generaciones, grabados en oro y plata, las circunstancias del bateo y la incansable letanía de los nombres del niño y los títulos de quienes lo apadrinaban. Con el correr del tiempo, el bautizo ha quedado reducido a una sencilla ceremonia de carácter íntimo y familiar, sin ninguna de las características ostentosas de antaño.

UN BAUTIZO EN GRANDE.—SUS FORMALIDADES EL BAUTIZO POPULAR

Los grandes bautizos, en que se llevaba a la pila bautismal a algún niño principal de nuestra sociedad, eran todo un acontecimiento. A haber tenido en aquella época crónica social las gacetas, habríanse llenado seguramente con relaciones de bautizos, descripciones de ajuares, detalles sobre la batita del *nene*, sobre el lujo de las amas, que aparecían en aquella época con la insolente prosepopeya de los pavos reales.

La familia entera asistía a aquellas ceremonias, la casa se llenaba de invitados y las pastas de convento, los vinos generosos, los biscochuelos en azafates adornados con papeles artísticamente recortados, circulaban profusos y sabrosos entre los concurrentes.

El padrino hacía magníficos regalos al ahijado, a sus compadres y a la madrina; el ama recibía muchas veces una onza de oro y el monaguillo se ganaba un peso fuerte. Para la chiquillería quedaban reservados los menudos cuartillos de plata y todo el barrio resonaba con la bulliciosa alegría que culminaba en las afueras de la iglesia parroquial, cuando salía el cortejo.

El cura en aquel entonces no se limitaba a las simples ritualidades de echar el agua, poner el óleo y decir las sacramentales frases, sino que generalmente hacía a los padrinos y concurrentes el obsequio de una homilía sobre los deberes de padres y padrinos. Sentábase la partida en los grandes libros parroquiales con particularidades que hoy no se estila; así, por ejemplo, se hacía constar los nombres, títulos y dignidades de los abuelos del néofito.

Desde la más remota época, usáronse medallas conmemorativas en los bautizos, mellas que con mucha frecuencia fueron de oro y plata. Generalmente eran obsequio de un padrino rumboso. Con los años, las medallas fueron haciéndose menos frecuentes y entonces nacieron los *capillos*, que comenzaron siendo del tamaño de una peseta y disminuyeron luego hasta el medio real y que más tarde se transformaron y se hicieron de briscado, de

goma, de linón y, por último, de vil cartón impreso.

Donde se conserva en todo su intenso colorido el bautizo clásico es en la clase popular, la cual conservadora por instinto, sirve de reserva a las viejas costumbres que se apoyan en ella para no desaparecer. Un bautizo popular es una de las cosas más pintorescas que pueda imaginarse. Tiene una serie de circunstancias simpáticas que lo hacen criollo característico.

Como sucediera antaño con el bautizo de los ricos, desde mucho tiempo atrás se piensa en los padrinos, escojiéndolos cuidadosamente. El padrino correrá con los capillos, derechos parroquiales, gratificaciones y el famoso *sebo* para la chiquillería; la madrina pone el ajuar y los dueños de casa se encargan del *remanente*, así lo llaman, para la jarana. El día del bautizo, el numeroso acompañamiento se dirije a la parroquia. Desde que asoma en la calle, aparecen como brotados de la tierra, infinidad de *palomillas* que entonan la consabida cantaleta:

Padrino, sebo; padrino sebo;
padrino, sebo, pata *e candau*,
no tiene plata y quiere
tener *ahijau*.

El padrino, muy circunspecto, no hace caso a la indirecta, entra el cortejo en la iglesia

pasan todos al bautisterio, el Cura o el Inter, cansado y soñoliento sale del trance con *prontitud y esmero*, el padrino rumbosamente le da un *rúcano* al monaguillo, ofrece el brazo a la madrina, hace sentar la correspondiente partida y luego sale a la calle, encabezando el desfile. Apenas aparecen el ama con el niño, se alza en la calle un agudo vocerío que se eleva persistente y amenazador pidiendo el *sebo*. El padrino calcula la distancia, saca del bolsillo dos rollos de centavos y lo más lejos que puede los arroja con gesto de gran señor. La muchachada se disputa con encarnizamiento los cobres, mientras fugan en coches, como alma que el Diablo sigue, padrinos y acompañantes..... Llegan a la casa. Recíbenlos allí los nuevos invitados y los padres del pequeñuelo llaman ya compadrito y comadrita a los padrinos: comienza el reparto de los capillos. Aparecen azafates con galletitas, los grandes vasos de chicha y las copitas del buen pisco para los brindis.

Lo que se llama el compadrazgo da a padres y padrinos obligaciones recíprocas de la más exquisita consideración. Concluída la ceremonia, padrino y madrina son dos seres superiores a quienes todos deben rendir homenaje. La importancia del ajuar, la bata con blondas y tiras bordadas, los capillos de *tan buen gusto*, dan un caracter imponente al

padrinazgo. Algún invitado anuncia un brindis, otro le contesta y, cuando menos se piensa, aparecen los cantadores o se cuela en la casa el pianista ambulante con su campanillesco aparato de manubrio, con resolución de pasar una mala noche, a costa, naturalmente, del padrino.

Comienza entonces la jarana del bautizo, que está lejos de ser un festejo trivial. Tiene toda la importancia solemne del hecho que se celebra. Las guitarras, el pianito ambulante, la chicha, el pisco, las criollas viandas, todo es de lo mejor que se puede conseguir en el barrio. Si acaso se han quedado en la casa, y no son de muy alto copete, padrino y madrina dan comienzo al baile, con alguna de esas mazurcas, hoy olvidadas, de punta y talón, que necesitan todo el garbo criollo para que resulten bien. Los vasos de *salud* y *pesetas*, circulan con profusión y las frases *con Ud. mi amor se va y allá voy que para ese ande* hacen el gasto. Cuando llega la media noche hay un bullicio ensordecedor, en que el tintineo del pianito por un lado, la voz de los cantadores por otro, el repiqueteo de los sabios cajeadores en las cajas de madera y el *chischás* de los bailarines, guapeados por los espectadores, forman el más completo cuadro criollo que pueda imaginarse. Cuando llega el alba, después de tomar un caldo restaura-

dor, se despiden entre dormidos y cansados los contertulios, mientras el chiquillo inconsciente ante la extraña vida que en su torno bulle, desvelado y adolorido, llora..... En la jarana del bautizo hay una particularidad. El caldo que se invita, se pone a hervir desde muy temprano en una gran olla de barro, en la que se echan huesos, con bastante tuétano, como ordenan los cánones culinarios, un pollito tierno, íntegro, con tripas y todo, perejil, yerbabuena y la *empeya* del carnero para *entutanarlo*, como dicen los entendidos en el arte de nuestra cocina popular, palabrita que viene a significar algo así como robustecer o tonificar.

DECADENCIA DEL BAUTIZO

La palabra decadencia, siempre que de estos cuadritos limeños se trata, se nos viene a la pluma con significativa fijeza y es que, aparte ventajas indiscutibles del progreso, hay decadencia en cuanto al color peculiar que antaño diera a Lima fisonomía propia, inconfundible. Ya el bautizo de casa grande no es sino una ceremonia que se realiza por necesidad en la íntima familiaridad del hogar. Con indudable y discreto buen gusto, se escojen como padrinos a los deudos cercanos o a los mejores y más queridos amigos. Proscrito el uso de los capillos, madrina, padrino y

ama vánse a la parroquia, presencian la sacramental ceremonia, hacen sentar la partida, y sin ruido, procurando que nadie se entere, vuelven al hogar, como si nada especial hubiéra acaecido.

Sólo entre la gente de mediana condición el bautizo conserva su solemne importancia y el compadrazgo es una institución típica de parentesco que se mira con singular respeto. Compadreros por naturaleza, sobre todo nuestros negros y mulatos, gustan de estas ceremonias, y cuando no tiene hijos, esperan el famoso jueves, llamado de comadres y *sacan de comadre* con una décima, un platito de mixtura y una manta o una tira bordada, a cualquiera mulatita zandunguera del barrio, la cual el jueves inmediato retorna el compadrazgo con otra décima, la consabida mixtura y un pañuelo de seda u otro obsequio. Esta misma costumbre de los compadrazgos artificiales va disminuyendo bastante y ya no se frecuenta, como ocurría hace cincuenta años, el hábito que no desdeñaron encumbrados personajes.

LOS MATRIMONIOS

Los matrimonios, como los bautizos, continúan siendo acontecimientos de gran importancia en los hogares, pero su fisonomía ha cambiado totalmente, tanto en las altas

capas sociales, como entre los elementos de la clase media y el pueblo. Antes, los matrimonios fueron ceremonias realmente suntuosas, que contaban para su esplendor con la noche propicia a la brillantez, al juego de las luces artificiales sobre las joyas, al baile, al espectáculo decorativo y pomposo en una palabra. Las pecheras albas, los fraques impecables, los lucientes trajes de sarao de las damas, las enjoyadas gargantes, la iluminación artística de los salones, daban al matrimonio un aspecto grandioso, que ha perdido en gran parte con la costumbre de celebrarse al mediodía, en que, aunque parezca paradójico, el sol le ha robado su más vivo colorido.

En un matrimonio rico, antaño (y al decir antaño nos referimos aquí a épocas relativamente cercanas que retuvieron mucho del rancio colorido español en las ceremonias sociales), en un matrimonio rico, ántaño, decimos, todas las invitadas iban de mantilla a la iglesia, que resplandecía de luces. Los novios y sus padrinos llegaban en suntuosos carruajes y se agolpaba a las puertas de la Iglesia una multitud de curiosos y curiosas *tapadas* que atisbaban a la pareja y a los invitados. La ceremonia era larga, porque el prelado acostumbraba siempre dirigir a los novios una alocución en veces no muy sobria ni discreta, y concluído el acto religioso, pa-

saban todos a la casa, para la cena y el baile que eran entonces de rigor.

En tiempos ya muy remotos, acostumbróse por la gente linajuda hacer preceder algunos días la ceremonia religiosa con la fiesta de los *dichos* o capitulaciones matrimoniales y celebrar luego el matrimonio; igualmente en el propio hogar, donde nunca faltó el pequeño y tallado oratorio, en el que algún obispo o canónigo amigo imponía el sagrado vínculo a los desposados.

Entre las *curiosas* que iban a ver un matrimonio, había no sólo gente de medio pelo. Muchas damas que no podían asistir por estar de duelo, o de pleito con la familia de los novios, o por cualquiera otra razón, lo más limeña posible, se cubrían con una mantita y no tenían reparo en confundirse con la masa anónima, para, aprovechando de las sombras nocturnas, verlo todo y tener luego material de crítica y chisme.

El elemento popular miraba como abobado el desfile de las parejas enjoyadas, el coro de las viejas cuchicheaba maldiciente y la chiquillería palmoteaba. Arremolinánse todos cuando aparecía, como una mágica aparición, toda vestida de blanco, pálida y cubierta de albísimos azahares, la novia. Se hubiera reputado incorrectísimo que el novio vistiera como hoy chaquet y era para la ri-

tualidad inviolable al frac, tal como la conservan aún ciertas clases sociales de Europa. En esta solemnidad, los *mataperros* no perdían ocasión de hacer algunas de las suyas, y cuando el alumbrado por gas, ocurrió con frecuencia que a la mitad del festejo, algún malcriado malévolo, cerrara la llave del medidor de la luz, dejando a oscuras y en cómica confusión a los asistentes.

EL MATRIMONIO POPULAR

El matrimonio popular reviste hasta el día interesantes aspectos. La novia se arreglaba antaño casi siempre con un vestido de raso negro adornado con azahares; no era frecuente en las clases bajas el vestido blanco. Los padrinos se encargaban de los gastos; el novio, generalmente, vestía de negro y llevaba también, sin apreciar la ironía del símbolo, una ramita de azahar en el ojal de la americana. En el hogar de la contrayente se preparaba una gran cena criolla y se armaba siempre una resonante jarana. Los padrinos eran por lo común los amos o patrones de los contrayentes y a menudo sabían portarse con rumbo en los obsequios que hacían a la pareja.

En algunas ocasiones realizaronse en Lima sonados matrimonios de zambitas engreídas de casas grandes que llevaron al matrimonio

alhajas y ricos vestidos que asombraban a todo el barrio y despertaban el coro siempre alerta de la envidia, cuando aparecía la obscura novia dando el brazo enguantado hasta el codo, a algún caballerote encumbrado, mientras el novio llevaba a su brazo a alguna señorona de aquellas antiguas de cascabeles y campanillas.

La ceremonia de los matrimonios populares estaba adornada por innumerables supersticiones. Se estudiaba cuidadosamente la manera de salir y la manera de entrar en la iglesia y en la casa. Tenía mucha importancia si era el pie izquierdo o el derecho el primero que se asentaba en el atrio del templo. La gente plebe tenía y tiene hasta hoy una serie de prejuicios originales en estos actos simbólicos, envueltos en misterioso prestigio. A la sencilla credulidad aparecen las particularidades de ellos, henchidos de toda especie de esotéricas significaciones, en que cifran los secretos del porvenir. Siempre tales acontecimientos revelan, a quien consiente en mirarlos un poco desde lo alto, la angustia poética y humanísima que va invívita en lo que es incierto y anhelante.

Apesar del progreso social, y quizás por lo mismo, aquellas ceremonias representativas del bautizo y del matrimonio, ya no las rodeamos con la solemne y supersticiosa au-

reola que antes se ponía en ellas como un augurio, como un deseo ante la vida frágil que va a signarse con un nombre distintivo, o ante la pareja venturosa e ilusionada, que va a crear sobre el amor o sobre el interés, una suprema palpitación vital, nuevos eslabones de la especie humana. Y, juzgando con el criterio del colorido artístico (aunque para quien se casa la fórmula parece lo de menos), estamos, como la vieja del cuento, por el sistema antiguo.....

Pensionistas del Estado

(A Alejandro U. Ureta)

ASPECTO original también de la vida limeña es el que ofrecen las viudas e indefinidos pensionistas del Estado. Forman una legión devoradora y dolorida; viven del ayer, que con fuerza irremediable los sujeta al recuerdo, los inmoviliza en la visión del pasado y los torna tristes y despechados. Desde la viuda parlanchina y leguleya, que habla, habla y habla, y la pobre mujer silenciosa y sufrida que espera con ansia dolorosa el fin del mes para recibir del Estado una miseria, hasta el pomposo militar retirado, que guarda siempre la ilusión de volver a los días festivos de *montar a caballo y fusilar a cuatro pícaros*, resumen sintético de su decisión y de sus ansias, todos, todos son tristes que aprisionó el pasado y arrastran lamentablemente una vida de angustias y de mezquinas necesidades.

VIUDAS DE ALTO COPETE
APACIBLES Y PELEADORAS, SEDUCTORAS Y GHISMOSAS

Hay una clase, no muy numerosa, que ha cambiado algo su sicología altiva y dominadora con el tiempo y la pobreza reinante en el País, desde la última guerra nacional. Es la viuda de alto copete, señora de campanillas que, antaño especialmente, no iba a Palacio, pues tenía persona de confianza para que le cobrara la pensión y que cuando la ocasión se presentaba entraba *sólo en comisiones* para hablar con el Jefe del Estado, a qnien se dirigía en términos, soberbios muchas veces. Se cuentan mil anécdotas de las viudas de los Grandes Mariscales y de los Generales de la Independencia, que sabían soltar *cuatro frescas* a quienes dificultaban o demoraban el pago de las pensiones. Naturalmente, el tipo ha decaído y ahora las pensionistas de copete, han disminuído; se reducen a encargar a alguna persona que les cobre la pensión. Todo su orgullo se limita a no pisar Palacio ni entenderse directamente con los encargados del pago. En último caso, preferían entenderse con los usureros.

Hay otro tipo característico: las apacibles, aquellas que sin protesta hacen cola a la ventanilla de la Caja Fiscal y esperan pacientemente que les toque su turno, sin una

queja, sin un reproche, tímidas, como avergonzadas, dispuestas a dejarse maltratar por todas las que van como leonas a disputar, aunque sea el tiempo, ya que el dinero no les sería permitido. Son generalmente viudas necesitadas y doloridas, que sufren la inevitable ley de la lucha por la vida y que no saben quejarse, sino en su interior sangrante y herido por la injusticia, por el abandono y la miseria.

Frente a este género, se alza amenazador y bullicioso, el de la peleadora, que grita desde el fondo de la habitación con voz chillona: «Señor Lozano, señor Lozano, aquí hay una vieja que no me deja pasar». «Vieja, será usted, so pelona». «Malcriada, cómo se conoce que ha nacido Ud. en una cueva»..... Y *zis zás*, comienza el capítulo naturalista de los arañazos y de los tirones de pelo. Espectáculo no muy frecuente el de las vías de hecho tal vez, pero cotidiano e inevitable el de las caricias verbales. Pensionistas hay que se presentan sudorosas, apresuradas, jadeantes, dispuestas a meter el codo, el hombro, a pisar por mala fe y solapadamente a la que tienen delante, a dar empellones, hasta situarse en lugar visible, para hablar con el señor Lozano. De pronto, surge una voz angustiada y temblorosa: «Señor Lozano, me apachurran, me maran». El señor Lozano sonríe

imperturbable, y continúa haciendo llamar por orden alfabético, divagando en alguna escultura, quizá un originalísimo y formidablemente expresivo grupo en mármol negro y en mármol blanco que se llamará *Las Viudas*. Hay escorzos y actitudes inverosímiles. Señoras gordas, que muestran ciencia y arte estupendos en aquello de deslizarse, escurrirse, acomodarse en cualquier sitio con blanca adaptabilidad de líquido untoso y pesado. El género de las bravas es el temible. Desde antes que se abra la Caja discurren por los corredores, charlan bulliciosamente, rajan de los hombres públicos, se acuerdan del pariente que les dejara el montepío sólo cuando se acerca la hora de cobrar y entonces, ya lo creo, no hubo en el País hombres como *ese*, que era talentoso, valiente y leal, *como el que más*. En los corredores, saludan y detienen a todo el mundo, hablan de lo que no entienden, amenazar con los parientes gobiernistas, son enemigas terribles de los empleados subalternos, del portero, del porta-pliegos, del amanuense que encuentran en su camino, a los que amonestan por cualquier nimio motivo y en toda circunstancia.

Hay otro género de pensionistas, que cuidan su vestir aunque un tanto antiguo, se retocan la cara, se ponen bucles y crespos postizos, fruncen la boca y hablan con artifi-

cial y parsimoniosa delicadeza. Ahuecan la voz, ponen los ojos al cielo, miran con mecánica ternura a los que pasan, se contienen sin gracia, pero con intención, y, seductoras de interés, no lo hacen pensando en la caída, sino en la hora auspiciosa que inducirá al empleado a servirlas preferentemente. Cuando cobran, dicen con los ojos un agradecidecimiento prometedor, que se repite todos los meses, y salen a la calle satisfechas, convencidas de que deben el favor a su belleza, a su gracia, a sus encantos otoñales, casi siempre ya del todo marchitos por el tiempo y por la melancolía, hermana inseparable de las vidas oscuras. Tienen estudiados a los funcionarios conforme a su incendiabilidad. Los hay, para ellas impertubables y fríos, los hay melosos y galantes, serenos y duros, feos, hermosísimos, hábiles, torpes, finos y groseros. Las clasificaciones varían al infinito. Nadie comprende cómo las de este género llegan a averiguar tan a fondo la vida de Gil y Mil. Y entre estas y las otras, participando muchas veces de sus matices diferenciales, se alzan las chismosas, las que todo lo saben y lo comentan todo y llevan y traen las fábulas del día, especialmente las de sabor picante y encendido color.

Los diálogos son interesantes:—«Me dicen que la viuda de Fulano está *media tra-*

bajosa. Ya no viene a cobrar; *tiene encargado*.....El otro día la ví en la calle que parecía el coche del Santísimo, tan *engallada* iba. La muy tonta se hizo la que no me veía, pero yo que no aguanto candideces, le dije fuerte para que me oyeran todos: ¿Cuando cayó la avenida que hizo desbordar la acequia, doña Mariquita? Se puso como un tomate y me respondió: ¡Ay, doña Manuelita, le digo a usted que estoy lo más mal de la vista! Quiso disimular, pero no pudo y la dejé *chantada*. Y ¿qué me dice Ud. de la gorda esa de los abalorios, que venía como una pava cantora, y que dicen que se va casar con el italiano que tuvo la pulpería de *Matasiete?* ¡Ay, hija, si se ven cosas que parece que se va a acabar el mundo!

Y así, atentas a la vida y flaquezas del prójimo, esgrimen las grandes tijeras, lamentándose de tener que hacerlo, pero haciendolo concienzudamente.

LOS INDEFINIDOS FRACASADOS Y NOSTALGICOS

Entre el tipo de los *indefinidos*, hay dos grandes clases: el definitivamente derrotado que no sueña en la reconquista de la pasada grandeza y el nostálgico, que siempre confía en la resurrección. A la vera del Palacio, luciendo sus grandes bigotes, su marcial aspec-

to, echado hacía atrás, el indefinido típico acaricia una pera imponente y camina con aires de mando llevando un gran *layo* o un *lloque* amenazante. Tipo de *aguardiente con pólvora*, de esos que ganaban los combates sólo con sus riñones, es de los que se ríen de las tácticas y las estrategias y se burlan del progreso militar de las *mariconadas*, *mariconadas*, *sí*, de los nuevos militarcitos, de estrecha cintura, llenos de curvas y de *andariveles*. Pero este tipo del indefinido valiente va desapareciendo. La reacción del año 1895, comenzó a abatirlos y fué muriéndose la clásica especie de aquellos que esperaban siempre la reacción, que no podían dejar de *cortar la mañana*, tomando el buen puro de Ica; hablaban con voz ronca y subterránea, no perdían el compás guerrero y caminaban aún como si sufrieran la gloriosa incomodidad del peso del gran sable sujeto a la cintura por varios dorados cordones.....

El indefinido actual no tiene el intenso colorido de otros tiempos y por mor del progreso y de la cultura cívica, es menos temible. Ya no es el propicio fermento de rebeldías en escucha del llamamiento sanguinario de los continuas revoluciones; ya no es el tipo del mandón que soñaba con dar rienda suelta en las Prefecturas a sus ímpetus dictatoriales. Los genuinos, los que nuestra generación ha

alcanzado, los últimos representantes de la legítima especie, inconfundibles en el vestir, en el andar, en el hablar, fueron sabrosos rezagos de la edad heroica. El indefinido de hoy es lamentable y descolorido, comparado con esos antiguos indefinidos fanfarrones y majestuosos, de que no quedan ya sino escasísimos ejemplares.

El que existe es el indefinido nostálgico, desgraciado militar o funcionario venido a menos; toda su vida es un rosario de añoranzas. Vive pobremente, pero no deja de felicitar a los nuevos Ministros. Va a Palacio con el más nimio motivo, anda a caza de recomendaciones, hace sacrificios por presentarse bien, si acaso hay algún acontecimiento público de importancia, cuida como oro en polvo las condecoraciones de los combates a que asistiera y suspira cotidianamente por la vuelta de los buenos tiempos. Pertenece a todas las instituciones de orden militar, se afana por pronunciar discursos en estilo de proclamas y pasa su existencia soñando en el despacho que llegara algún día trayéndole el esperado ascenso. Es de los que sabe exactamente cuánto le costarán el nuevo uniforme, los cordones, las charreteras; hace presupuestos, forja planes y se pasa las horas saludando, saludando, inútil ingenuo, esperanzado siempre.

Junto a aquéllos coexisten con su aire de amargura negligente los que se sienten ya fracasados, que nada hacen y nada operan. Son los melancólicos, que se olvidaron de aspirar y de pedir; abonados a los bancos de las plazuelas, ven pasar el tiempo que los mina sorda, implacable. Van, de tarde, en tarde a Palacio, cobran en silencio, apenas se reconocen en el ayer; son de aquellos tristísimos ejemplares de humanidad que podrían preguntarse desolados: «¿Pero yo fuí aquel?» Unos se embriagan a diario, ahogando su infecunda tristeza en el engaño del alcohol; otros, abandonados por completo a su degradación, se dedican al arte del sableo, pidiendo, agradeciendo con habitual humildad, una peseta, una copa, un cigarrillo. Lastimosamente raídos no hablan de sus glorias, parecen haberlas olvidado, y cuando alguien, caritativa o burlonamente, se las rememora, levantan los ojos, miran vagamente al espacio, a alguna visión remota que se esfuma, la aprisionan un instante y dicen con fatalista indiferencia: «Es cierto, es cierto». Suspiran de nuevo, piden un cigarrillo, y absortos ante las perezosas volutas del humo, vuelven a su modorra dolorida.....

USUREROS Y USURERAS

Además del usurero, del agiotista profesional, a menudo con oficina establecida, due-

ño de su impunidad insolente y de su crueldad acatada, hay entre las mismas pensionistas algunas que explotan, ya como agentes de aquellos usureros, ya como capitalistas, la necesidad dolorosa de las propias compañeras. Espectáculo triste y equívoco es el que ofrece la atracción pulposa de estas mujeres, que persuaden a las menesterosas de la necesidad de la venta de sus pensiones por seis meses, por un año, con intereses leoninos. Parlanchinas, argumentadoras, hacen temblar la voz, aseguran que sólo las mueve la miseria ajena y viven a caza de noticias de desgracias familiares, para ofrecerse con avariciosa oportunidad a quienes necesitan y se hallan en condiciones de entregarse en cuerpo y alma. Aunque parezca exagerado, lo cierto es que los propios usureros tienen que sostener serias competencias con la usurera por vocación, cordero convertido en lobo en su propia manada, que aprovecha su ciencia del terreno, su perspicacia y su privilegiada situación para conocer la agobiadora escasez de las compañeras. Hablan en voz baja, con la esencia de la discreción, dan palmaditas y son afectuosas, pura miel para todas sin excepción, porque confían instintivamente en el azar inesperado de la Desgracia y ven en cada pensionista una víctima posible.

Y así van, indefinidos, cesantes y huérfanos y viudas, cumino de dolores sin término, de pobrezas infinitas, de cruel abandono, monótonamente lamentable, atentas a una fecha, pendientes de una ventanilla, sombras mezquinas del tiempo y del espacio, en que se resume y simboliza la estrechez de sus vidas oscuras.....

Mis amigos de la Plazuela de San Juan de Dios

(A Victor y Alejandro Ugarte)

DESDE el año 1894, poco más o menos, comencé a frecuentar la linda plazuela de San Juan de Dios, lugar entonces recogido y lleno de encanto.

En el Colegio de los Jesuítas trabé íntima amistad con Alejandro Ugarte y esta admirable amistad, que ha perdurado a través del tiempo y de todas las vicisitudes, me llevó a aquellos barrios, pues la familia de mi amigo vivía en aquel rincón tan limeño, evocativo y pintoresco. Poco a poco, al correr de los años, frecuenté más asíduamente aquel lugar, donde un grupo de mataperros de primera magnitud solían hacer sus diabluras. Allí los Ugarte, los Larrabure, los Del Río, Caravedo, un muchacho Salas y qué sé yo cuántos otros nos reuníamos con frecuencia y proyectába-

mos las excursiones a las huertas en busca de fresas y de moras y las expediciones a «Matute», la hacienda de los Ugaz, donde toreábamos, cazábamos pájaros con liga y lanzábamos al azar, vertiginosas y zumbadoras, las piedras de nuestras hondas.

LA PLAZUELA DE SAN JUAN DE DIOS
LA VISION DEL BARRIO

Era la plazuela de San Juan de Dios de genuino aspecto colonial. La estación del ferrocarril conservaba mucho del rancio aire claustral del extinguido convento de los Juandedianos, el amplio salón de la Bomba Lima con sus arcadas solemnes tenía de viejo templo y de solar sonoro, y la placita con su verja labrada, sus asientos de piedra y sus faroles clásicos era como un refugio castizo. Vivían en el barrio las familias Araníbar, Ugarte, Del Río, Elmore, Watson, Larrabure. Había un salón famoso, el *Marcherita*, una pulpería típica que daba a la calle de Quilca, con un fresco en la fachada que representaba un tren, tan graciosamente pintado que el humo contrariando las leyes de la física, disminuía, se adelgazaba, se hacía agudo, como un final de trenza criolla, en vez de dilatarse. Recuerdo que antes había allí una botica de las más vetustas, que ostentaba en sus escaparates, junto a inmensos frascos de colores, culebras

en pomos, fetos en actitudes extravagantes y monos disecos; daba una impresión un tanto sombría, llena de misterioso, inquietante atractivo.

Una bodega en la esquina de Boza, representaba el afán progresista y ya tenía sus pretensiones. En ella dos *pichines*, amigos nuestros naturalmente, solían despacharnos, mejor que a las otras *caserías*, el pan con jamón del país con bastante *zarza* o las incomparables *acuñas*. A pesar de ser tan inmediata a la estación de un ferrocarril, era plácida la vida de la plazuela, pues el tráfico no era muy grande y en el silencio aquietador solo resonaban agudamente los silbatos de la locomotora, el alternativo vibrar de las campanas y el llamamiento melancólico del buen *cachaco*, borrado por más señas, que, enamoradizo y perezoso, entretenía sus muertas horas, alargando el *fiulí* de su silbato de carrizo, en el que tal vez ponía el alma de una añoranza andina.

Cada hora, pasaban los trenes bullangueros y humeantes, y todo el barrio se estremecía, tembloroso y vibraba también, cuando el rechinante tranvía del señor Borda pasaba por el entrecuzamiento de rieles de la plaza de la Micheo, sacndiendo a los pasajeros. Típico barrio aquel con sus cargadores vigorosos parlanchines y palanganas, sus bomberos de

la Lima, y el hombre del gran círculo rojo que detenía el paso de coches, tranvías y carretas, cuando algún tren ocupaba la vía. Todo tenía color especial, peculiarísimo, inconfundible.

En las noches, sobretodo las de verano, charlaban a las puertas del local de la Bomba, el buen don José Ezeta, y sus amigos veteranos en su mayor parte del combate del 2 de Mayo, mientras en el interior, don José Benigno Ugarte, batuta en mano, dirigía los desacompasados ensayos de los bomberos amantes de la música, que se afinaban por hacer creer al vecindario que tocaban *Gente Alegre* o *Sobre las Olas*. Un día a la semana, se daba retreta por los bomberos uniformados de gran parada y la plazuela ostentaba un improvisado quiosco hecho con materiales de salvamento, escalas, mangas y otros adornos del más puro estilo bomberil. Allí, se estrenó, ante un público numerosísimo y asombrado de antemano, una sinfonía titulada *El incendio*, que comenzaba con un angustioso piteo de alarma, seguía con un desaforado batir de campanas y acababa en medio de un jadeante resoplar de cornetines, clarinetes y saxofones, con una fogata de pajas, lo que, como se comprende, daba la ilusión perfecta, onomatopéyica y abracadabrante de un incendio; todo en medio de la algazara de la

chiquillería y de los ladridos de todos los perros de la vecindad, que solían hacer coro, siempre que el llamamiento de incendio se producía y la típica campanita que obsequió don Enrique Meiggs, anunciaba a la ciudad que alguna quincha más o menos histórica se hacía pavesas en un apartado barrio de la ciudad. Hay que recordar que eran los días de nobles competencias entre los bomberos, y en que se citaba en la crónica de *El Comercio* y de *La Opinión Nacional*, cuál Bomba había llegado primero, lo que se obtenía con el concurso desinteresado, heroico y bullicioso de todos los mataperros, que sentían un orgullo único y grande, en tirar de las sogas de los célebres gallos, al grito guerrero de *yújale, muchachos*.....

MIS AMIGOS EN CASA DE LOS UGARTE Y EN LA PLAZUELA

En vísperas de exámenes iba yo diariamente a casa de Héctor Ugarte, mi compañero de estudios en Guadalupe, y en su cuarto de la casa solariega de sus padres, con él, con Carlos Enrique Paz Soldán y a veces con Ismael Muñoz de Vivanco, nuestro maestro de baile y colega guadalupano, nos enredábamos con las ecuaciones bicuadradas o declamábamos pomposamente los episodios resonantes de la Guerra del Peloponeso. Antes de

estudiar salíamos a la esquina, donde charlábamos, aplazando la hora del repaso, con Javier Conroy, Manuel Alvarez, Alfredo Coloma y Baltazar Caravedo, de todas las cosas que llenaban en aquel entonces tan alegre, nuestra vida, llena de primaveral ingenuidad. También iban con frecuencia un joven Aguirre, que estudiaba ya para Ingeniero, conversador interesantísimo, y Samuel Toledo Ocampo siempre bullicioso y pierolista.

Discutíamos sobre la Patria, sobre Piérola, sobre Cáceres, sobre el civilismo, sobre los bomberos, sobre las bandas militares, sobre molleros, argollas, palanquetas, futbol, toros, gallos. Caravedo, siempre ocurrente y pintoresco, solía desenvolver de cuando en cuando el hilo romántico de su musicalidad silbando maravillosamente la *Siciliana* de Cavallería o la *deshecha nieve* de Melgar. De pronto, se encendía la discusión, porque siempre fué Héctor Ugarte discutidor y afirmativo, y en el acaloramiento picante, no exento de aderezos, los gritos atronaban el aire, por lo que más de una vez, asomó su rostro benévolo don Teodoro Elmore para pedirnos que bajáramos el tono. A veces, en medio de nuestras charlas, suspendíamos el charloteo, para mirar tras las abiertas ventanas de la casa del señor Watson, el desfile de las parejas elegantes de esos días, llenándonos de una vaga an-

siedad de adolescentes cuando en la baranda asomaban los engomados jóvenes de entonces en la compañía romántica de señoritas de peinado alto, amplio busto y avispada cintura.....

En la plazuela forjábamos los proyectos, los desafíos estimulantes de futbol, las partidas de campo, las francas camaraderías. Los Ugarte, civilistas acérrimos, discutían con Caravedo y conmigo la figura de Piérola, que acabó por imponerse. Manuelito Alvarez, lacónico y ágil, ensayaba golpes maestros para posibles trompeaduras y explicaba, a lo vivo lo que debían hacer los buenos delanteros en una partida *futbolística*. Los enamorados del barrio, en esos días de romanticismo, en que se apagaban las luces del alumbrado público en las noches de luna, nos miraban con desconfianza, y nosotros, ajenos aún al afán tenoriesco, mirábamos a las muchachas, con inconsciente picardía, rindiéndoles un homenaje vago, fácilmente distraído por un pregón de bizcochero o por el escándalo de dos mozos peruanos que se *agarraban* por mención familiar más o mención familiar menos. Y ya lo creo que había lindas muchachas, y en nuestro recuerdo la poesía del pasado pone en las dulces miradas de antaño, un encanto remoto desconocido, inaprehensible casi.

Y así, vienen a visitarnos, en el recuerdo, los melcocheros y los cargadores; el cachaco de la esquina, el mismo Pacheco, si mal no recuerdo, que nos enseñó todos los toques, desde el de incendio, hasta el de llamada de compañero; el perrito *Jazmín*, caso de perrito chusco y sabio, que sabía golpear el aldabón de la puerta de la Bomba, cuando le cerraban, que recibía dos centavos—¡un gordo!—y con ellos iba donde el bizcochero, soltaba la moneda sobre la tabla, alzándose con las patitas delanteras y recogía él mismo su manjar preferido, el encanelado *pompo de la Reina*, nombrado entonces de otro modo, que no sería atildado repetir; y vienen también las apuestas, las carreras, las *pegas*, las *barras* y la figurita dulce de la sampedrana de grandes ojos, a la que tímidamente seguía el estudiante, esperando como un regalo la mirada acogedora.

Otras veces, en el aposento de los Ugarte, diez o doce muchachos, fumando sus cigarrillos de cartncho, gastaban las escobillas, los peines y el betún que el buen señor don Manuel Ugarte, tan patriarcal y sencillo, hacía comprar, cada dos días seguramente, para sus hijos. Volvíamos de una partida de campo, empolvados, sudorosos, y mientras uno cepillaba su americana, otro, a punta de saliva y de maloliente betún, sobaba el cuero de

nonato de sus botines, el de más allá se jabonaba la cara y el más desenfadado y sediento, cogía como un porrón, la jarra del lavado y se echaba al coleto un litro de agua, ante la protesta de los que esperaban turno para lavarse. No pocas veces, ante el infernal escándalo, el buen señor Ugarte, llamaba agudamente a su hijo Héctor, y bajábamos el tono, pero olvidadizos y agitados elevábamos después una y otra vez nuestra libérrima gritería.

El cuarto aquel refugio de vaqueros, seno de Abraham de ociosos, lugar de ensayo hasta de tiro al blanco, como que una vez tuvimos la audacia de disparar contra un blanco colocado en la puerta del cuarto que daba a la calle, sobre el que tiramos bala *como cancha*, encontrándonos, ante la pregunta inquietante de Caravedo, *¿dónde están las balas?*, con que todas habían atravesado la puerta y habían ido a incrustarse en la pared de la estación.

Vinieron después otros amigos, el gordito Villarán, Arriz, Bedoya, Gallagher, pero ya comenzaba a abrirse paso la Avenida Piérola y los Ugarte se mudaron al Paseo Colón, a donde trasladamos la tertulia, que subió de importancia porque los años nos habían llevado a unos a la Universidad, a otros a las empresas comerciales e industriales; San Juan de Dios, fué cayendo bajo la azada demoledo-

ra, las inquietudes nos fueron envejeciendo, muchos se fueron, no sabemos dónde, otras personas queridas y respetadas ya no son en este mundo, se hace difícil hasta reconstruír con la memoria el aspecto exacto de aquel rincón de colonial belleza, pero con el recuerdo difuso y brumoso, lleno de poesía, las figuras se rehacen, viven en nuestro espíritu y nosotros mismos, nos vemos, desdoblándonos a la distancia, con las mismas lejanas actitudes, mientras la memoria del corazón se llena de voces distantes, de músicas que parecían olvidadas y de perdidas visiones.....

Y yo, que estoy ante una máquina de escribir y soportando un gárrulo charlar de literatos comentadores y escandalosos, me veo vestidito a la marinera silbando a la puerta de los Ugartes que tardan mucho en salir, sorprendiéndome, cuando el señor Ugarte que viene de la Bolsa me pellizca la mejilla y me dice con su voz franca de hombre de bien:

No te desgañites, ya salen, ya salen.

Nuestros Balnearios

(A Manuel Beltroy)

Es muy antigua la costumbre de salir al campo en el verano. Nuestros antepasados, durante la estación de los calores, habitaban en las afueras de la ciudad funditos y quintas, como los Pacayares del Barranco, historiados por don Ricardo Palma. En otros tiempos fué moda salir a los barrios del Cercado, que, como se sabe, era pueblo distinto, separado por murallas de la ciudad de los Virreyes. Hasta hoy mismo puede apreciarse el sinnúmero de jardines que hubo en aquel lugar, así como en otros barrios apartados donde las gentes adineradas poseyeron rincones floridos en los que repesaban de los diarios afanes. Mayor sensación campestre que las propias *chacras* dieron estos arrabales contiguos a la ciudad, donde engalanadas con palacetes, miradores, estanques, cenado-

res y merenderos, blanqueadas de cal como viejecitas o coquetas empolvadas del siglo galante, se alineaban las huertas fragancio-sas y tranquilas, sembradas de naranjos, olivos, albahacas, alhelíes y rosas. Famosas fueron las quintas del Virrey Amat en el Prado y Abajo del Puente. Castell-dos-Ríus convocaba en una casa de campo su Academia Poética. Los otros virreyes veranearon sucesivamente en Surco, La Magdalena, Limatambo y Bellavista. El Conde de Salvatierra prefería la aldea de Surco; el Libertador Bolívar, La Magdalena. Del severo Conde de Lemos cuentan que no se holgaba sino en las haciendas inmediatas de los Jesuítas o del Arzobispo. El Presidente Castilla, en su primer período, convalecía en el Callao. Después fué asíduo protector de Chorrillos.

En los primeros años de la República y mucho antes de que hubiera ferrocarril, ya la villa de pescadores de San Pedro de los Chorrillos, albergaba en ciertas épocas del año buen número de familias distinguidas y ricas que pasaban allí los meses caniculares. Desde los tiempos coloniales era esa playa de los Chorrillos, de tan suave y elegante curva, el paseo preferido de los limeños. En ella se dió el año de 1670 un famoso banquete al Virrey Conde de Lemos, ya rememorado. En la *Flor de Academias,* los poetas amigos de

Castell-dos-Rius hablan de las cabalgatas y meriendas que allí había. Pero era lugar de excursión y jolgorio, a la manera de Lurín, nó de residencia en temporadas, como después. Su promoción a la calidad de balneario vino con la boga de los baños de mar, a principios del siglo XIX. Santa Cruz, Presidente interino del Perú, veraneaba en Chorrillos cuando lo depuso el golpe de estado de Enero de 1827.

Quien visita hoy Chorrillos, recibe seguramente una decepción; y, sin embargo, ningún balneario sudamericano alcanzó la fama de éste. Una racha de grandeza pasó un tiempo sobre la aldea de pescadores humilde y silenciosa, y se elevaron magníficos ranchos en la ribera y jardines italianos en su quebrada inmediata. El antiguo caserío, con su cruz de los caminos, sus callejones de hacienda, su embarcadero con botes y caballitos de totora de los indios y sus chacaritas con cabañas de carrizo y quincha enlucida, se convirtió con el tiempo en el lugar predilecto de la sociedad de Lima. Una sensación de elegante bienestar y de fortuna emanaba de las construcciones que se multiplicaban. Edificaron los ricos caprichosos chalets, y vino a ser Chorrillos poblado refugio de fresca y sedante tranquilidad para los habitantes de Lima. Fué esa la época brillante que se ini-

cia hacia 1840, cuyos comienzos viven en la comedia de Felipe Pardo y que acaba con la destrucción por la guerra.

Durante el apogeo, la temporada comenzaba a fines de Diciembre y concluía en Abril. En esos meses, todos los ranchos tenían tertulia, la verdadera tertulia que hiciera tan simpáticas las casas de Lima; los enamorados vivían *en grandes*, pues se daban antaño fiestas suntuosas. Allí se dieron bailes magníficos, se recibieron máscaras lujosas en los carnavales y se improvisaron paseos a Villa, San Juan y al Salto del Fraile. En las fiestas religiosas, como la Semana Santa y San Pedro, patrón del pueblo, se cuadruplica la población y de las vecinas haciendas, de los pueblecitos cercanos y de la propia capital, sobre todo, afluía enorme cantidad de curiosos y de fieles que hacían gala de su aparatosa piedad en aquellas célebres procesiones de San Pedro y del Viernes Santo, verdadera aguafuerte, sombrío cuadro de carácter, netamente español. Chorrillos era entonces una villa encantadora.

LA LEYENDA TRAGICA

Fué sencillamente encantadora, que hasta el clarín de la guerra llegó vibrando con su

cortejo de malos augurios. Las familias cerraron sus ranchos, los desastres se sucedieron, cada vez más decisivos y próximos, y un día el cañón anunció que estaban tras del Morro los enemigos. La polvareda, los gritos, el rítmico paso de los soldados sobre las desiertas y silenciosas calles de la villa, anunciaron la inminente ruina: la derrota entregó a la rapiña del vencedor los aristocráticos tesoros de aquel rincón delicioso, y, desde Lima, los azorados ojos de los antiguos pobladores, siguieron en la lobreguez del cielo el purpúreo horror de las llamas ondulantes. La soldadesca ebria y enfurecida no se dió cuenta del estólido salvajismo que cometía.....

Se disiparon, como envueltos en sombras fúnebres, los recuerdos de opulencia, los bailes suntuosos, los rocambores de ruinosas apuestas, en que los hacendados jugaban sus chinos con el mismo desenfado de un antiguo príncipe ruso al disponer de *almas de mujics*. El viento que barría las cenizas fué el único rumor de la ciudad muerta, trágica y espectral como la Pompeya clásica, cuya imagen evocan sus calles estrechas, sus construcciones bajas y truncas, sus mármoles calcinados. Y con el purificador incendio de esta villa de placer, el Perú liquidó, en símbolo amargo y viviente, toda una época de prodigalidad, imprevisión y molicie.

RESURREXIT

Pasaron años, y aunque no se reprodujeron los desvanecidos esplendores, sobre los destrozos se levantaron algunos edificios. Voluntades animosas regresaron entristecidas por el sendero, blanqueado con las osamentas de los combates; tornaron a abrirse los poquísimos ranchos salvados o reconstruídos y continuó la predilección de las familias antiguas por el devastado balneario. Quedó, sí, como marcado por una huella siniestra; y hasta la luz del sol se posa en sus callejuelas, cegadora y hostil, con impresión de tristeza, esa acerba tristeza del sol que es agobiadora en su radiante congoja. Los ranchos evocan recuerdos de jaulas y de prisiones. Los corredores y traspatios, sin flores, sufrieron una urbana decadencia; pero el éxodo acostumbrado siguió llevando anualmente la peregrinación soñolienta de los veraneantes. De trecho en trecho, quedan señales de la ruina: paredones ennegrecidos; rejas abolladas, ventanas tapiadas, marmóreos zócalos rajados y empotrados en casas mezquinas. Son los despojos del naufragio, los duraderos testimonios del escarmiento.

Pero, sin embargo, nuevas generaciones quisieron sacudir el siniestro manto. Se reanudó, atenuada discretamente, la era de los

paseos, de los bailes y de las tertulias. Resonaron de nuevo las músicas en las retretas; sobre el malecón, ante la benéfica caricia de la brisa salobre que venía del mar y bajo la comba luminosa del firmamento estrellado, discurrieron las parejas románticas, se enlazaron muchas veces las manos en promesas ingenuas de felicidad, que luego la vida destruye, y una como piadosa resignación fluyó en las miradas, quietas por el dolor y por el tiempo.....

En las tardes se extrema su aspecto melancólico. En las calles estrechas, el sol cae a plomo; alargadas por el silencio, estas callejuelas salen sólo de su cálida modorra con el vibrar agresivo que en notas agudas ponen los pregoneros. Los ranchos, con los toldos caídos, sugieren hálitos de encierro sofocante, y de sus interiores viene un desordenado bullicio de chiquillos malcriados y de muchachas perezosas, que gritan desde la hamaca en que se tienden a devorar nevelones cursis; a lo lejos, los chillones manoteos en un piano; arriba, el graznar de una banda de gaviotas que surcan la quietud azulada del cielo; y, como un compás eterno, el rumor del mar mansísimo, que se tiende, albo y brillante, en la bahía resplandeciente, sonora y curva como una gran lira.

Uno que otro bote, perdido en la lejanía espejeante, deja llegar a intervalos hasta el malecón desierto alguna voz de mando; tres indios pescadores echan la *tarraya*, con actitudes de terracotas académicas, y en la playa, algunos bañistas se refrescan en el agua tranquila y aquí algo turbia.

Así, sobre el marasmo actual se insinúan pálidas imitaciones que son como continuación debilitada de aquel esplendor lejano. El Chorrillos de los abuelos, de las onzas de oro de los ranchos con laureles y estatuítas, de las juveniles cabalgatas y las cacerías en las lagunas de Villa, de los baños concurridísimos; el Chorrillos de las regatas en que participaban todos los muchachos distinguidos, de las estaciones henchidas a las horas de los trenes de cinco y seis de la tarde, y de las retretas pasmosas, parece muerto. Y ha acabado de robarse la possía con su vértigo y su *tan-tan* chinesco el tranvía eléctrico, que deshizo el encanto de los trenes sociables, los cuales a su vez habían desalojado a los *balancines* solemnes y sin rieles.

MAGDALENA VIEJA Y MAGDALENA NUEVA

Cuentan que en épocas pretéritas, antes que los Españoles vinieran, muchísimo antes, existió entre el Callao, Maranga y la Magdalena, una población secular y riquísima. Aún

puede observarse el plano de la ciudad; y las huacas numerosas diseminadas por todos los senderos lo atestiguan. Sobre aquellos escombros los Españoles crearon una villa recogida y plácida, en la que plantaron los primeros olivares y las primeras vides.....

Con el tiempo, la aldea risueña y durmiente fué refugió de enfermos y de empobrecidos. El radio pequeño no se ensanchó; pasaron los años sin que perdiese su vetusto aspecto característico la aldea llena de árboles y de rumores. Quedaron las avenidas antiguas, la quinta virreynal y las huertas ubérrimas y perfumadas.

San Martín y Bolívar escogieron este apacible rincón para descansar de las fatigas del gobierno; cuando la guerra con Chile, García Calderón instaló allí su régimen provisorio, y desde San Martín hasta nuestros días poco ha cambiado seguramente aquel rústico pueblecito.

Con sus leyendas de bandoleros, su gente pobre y sencilla, sus tísicas románticas que iban tras la salud y la felicidad, creóse un ambiente como para la cura de almas, acariciador y sedante. Vieja, empolvada, patriarcal y agreste, la Magdalena tiene el encanto de sus olivares centenarios, de sus fundos de casas ruinosas, de su iglesia churrigueresca y pródiga en oros y tallados, de sus avenidas

sombrosas que no dejan pasar el sol, y que tejen en las noches de luna albos poemas de encaje, cuando la brisa les presta, como en una danza antigua, la música y el movimiento. Allí está, rebelde a la civilización, algo desmejorada para los enfermos de sueño y necesitados de reposo, con sus anatópicos focos de luz eléctrica; allí está, con su ancha plaza, rodeada de añosos árboles, su acequia rumorosa, sus callejones floridos, sus alamedas de ficos y de sauces, sus recuerdos históricos y su ingenuidad de anciana y buena hospitalaria. Allí está la laguna de Oyague, plata líquida bajo el plenilunio. Pueblo de calma y suavidad, hechizo vago de aldea en ruina.....

La Avenida moderna da siempre una sensación de égloga, con los cantares campesinos que vienen de lejos, con el incesante ladrido de los perros y la visión resignada de los bueyes que mugen de rato en rato y se vuelven al lado del crepúsculo como para saciarse de sol.....

Más allá de la Avenida se desperdigan los ranchos, las casuchas y las quintas de la Magdalena Nueva. Cada cual ha hecho su casa donde ha querido, sin tener en cuenta para nada la estructura de la población, y así, frente a una casita con pretensiones, se extiende un potrero, en cuyo extremo se yerguen las torrecillas de alguna otra finca más

o menos lujosa. La población es reciente y casi no tiene tradición. Un ogro murmurador, eternamente descontento, muge a sus pies, el mar furioso, el único fantasma del pueblecito. La braveza de su playa es su leyenda; los ahogados han sido muchos, las pérdidas de los que intentaron detener el mar para construír baños son incontables.

BARRANCO

Antaño menos importante que San José de Surco, aldehuela que es la viva poesía de la desolación, el Barranco en nuestro medio es un ejemplo alentador de progreso, En 30 años ha crecido más que cualquiera ciudad del Perú y hace 50 no era sino una pobre ermita rodeada de humilde ranchería. Si viera el Padre Abregú el actual florecimiento de su antiguo retiro, bendeciría aquel suelo de tan fértil vitalidad.

El Barranco, más que un balneario de veraneo, es la residencia predilecta de la burguesía. Entre los balnearios que rodean Lima es el menos aristocrático y el menos típico; pero ha tenido y tiene aún sus encantos' como una linda bajada a los baños y el camino a Surco. Lo que deslumbra a la gente cursi es lo que menos vale del Barranco. Para el cronista, tiene esta villa el singular encanto de haber sido el lugar de temporada de

los genuinos *mataperros* de Lima y el verdadero centro de las retretas en su estación de ferrocarril, con su desfile de innumerables muchachas y sus trenes llenos de pasajeros ansiosos de llegar al rincón preferido.

Ningún balneario ha tenido mayores características de sencillez; hoy las ha perdido, sin ganar en gravedad ni distinción. El Barranco era encantador, porque era sobrio y barato, primitivo, campesino de veras, porque la fruta se obtenía regalada o a bajísimo precio o por una buena carrera, porque se toreaban legítimos novillos, porque en las noches de luna se hacían paseos improvisados, porque raro era el Domingo en que no había una excursión a burro a San Juan, porque en los Baños se corrían las olas y se jugaba juegos infantiles, el encanto de los diez años en que no hay mayores bienes que el retozo, la risa y el sueño.

El tranvía eléctrico, a la vez que algún pintoresco rincón limeño, destruyó el encanto de la vida sencilla de los balnearios, la perfecta unión de estos pequeños pueblos, la ilusión de que eran lugares de distracción, de reposo y de campo. Cada vez que el cronista pasa por alguna abandonada estación del antiguo ferrocarril inglés, siente que le sube desde lo más recóndito de su memoria de adolescente y de niño, una ola de recuerdos

de insuperable frescura. Así como la Magdalena le da una impresión romántica de primer amor y de primera tragedia, el Barranco le trae sensaciones de inocencia, de lunas claras bajo cuya lumbre se corretea como un cabrito suelto, de baños nocturnos en que se entablaban las peligrosas apuestas de natación y de pisar pulpos en el agua marina, aquietada y embrujada por el encanto del plenilunio.....

Todo aquello ha pasado también, y no es que ya el testigo haya cambiado, sino que los tiempos huyen y con ellos las almas se transforman, empujadas por los progresos, devastadores de lo poético.....

LA PUNTA

Sensación de barraca de feria. Plaza destartalada, ranchos con pretensiones desmedidas de ambiciosa cursilería. Improvisación endeble, pero fresca, como un vestido de lona o un sombrero de paja. ¿Poesía? La que dan la luna y el mar. Pedregales inmensos, hoteles del peor gusto genovés, olor de barco y peligro inminente de ruina próxima...

Sólo tiene un encanto: el de los baños de la temporada y el famoso Miércoles de Ceniza en que se realiza el entierro de *Ño Carnavalón*. Después, nada; y para vivir, como si viviera en el Puente, ni más ni menos. Un

sólo beneficio: la soledad de las noches. Un encanto cierto: el muelle de la luna nueva. Y basta.

ANCON

Si no fuera por la travesía tan larga y la visión monótona de los arenales, Ancón sería el balneario ideal. Ninguno tiene mayores atractivos, no obstante su aridez y la calva extensión de sus médanos. Hay tal sensación de frescura, de playa tendida y abierta, es tan suave el rumor del mar, el brillo de la arena atrae, tánto la lechosa claridad de la luna, y se siente quien vive allí tan distante de Lima, de los ajetreos urbanos y de las cotidianas miserias, que no hay sedación más propicia que la de este seco y luminoso y despejado rincón salino.

Allí queda aún el sello característico que dan los trenes de itinerario fijo. Hay todavía la comunidad encantadora de las familias que se reúnen todas cotidianamente a ciertas horas. Los intrusos son raros; el ambiente de balneario es genuino. Allí sí que había la sensación de que se descansa si netamente no se le hubiera dado un carácter llamativo y alocado en que parece sintieran toda una imperiosa urgencia de aturdirse. Y hay delicia incomparable al trepar aquellos cálidos cerros de arena, al perder la vista en las dora-

das lejanías de las móviles dunas, luego sobre el horizonte marítimo tan espacioso, al detenerse en el verdor más atractivo por el contraste de los campos de Huaral y, tras de darse un baño de sol y de arena, entrar en el agua, pisando el fondo mullido, mientras en la lejanía marina aparecen las triangulares velas de las barcas pescadoras. El silencio en las noches es inefable; y sobre el arenal estéril parpadean tan lucientes las estrellas y su fulgor parece tan concertado y rítmico, que acude a la memoria la antigua concepción de la música de las esferas.

MIRAFLORES

Alguna vez lo dijo ya el cronista: Miraflores es la hermana menor de un cuento de hadas, la más pequeña y la más bonita de las tres. Si Chorrillos es aristocrático, tradicional, rancio y el Barranco es burgués e improvisado, Miraflores es sencillo, juvenil y fresco. Con sus alamedas, su silencio, la vida para sí que cada cual hace, su aspecto de veras rústico, Miraflores es el pueblecito preferido por los extranjeros, por las gentes que saben del *home* y del reposo. Sin notas de chabacanería ni mal gusto, poético, apacible y rumoroso, Miraflores tiene dichosa sobriedad que auspicia la idealidad de un idilio y acoge blandamente la realidad amorosa de un ho-

gar recién fundado.....Balneario en que se ven cabezas de abuelos venerables, delantales blanquísimos, sonrosados semblantes sajones y aporcelanadas caritas de niños, Miraflores es el lugar que por excelencia aman los que no viven para afuera, sino para su deliciosa o atormentada intimidad. A pesar del progreso, de la muerte de su gótica estación que delineó un alemán sacerdote jesuíta y del tranvía eléctrico vulgar, ha conservado su apacibilidad, su mansísimo encanto de árbol que da sombra y frescor.

En su bajada a los baños, florecida y llena de sorpresas, en sus plazuelas calladas o con vocinglerías infantiles, junto a sus casas con huertas, cerca de sus quintas extranjeras, se respira un ambiente de salud y de tranquilidad aldeana, antítesis de todo artificio.

Por eso, sin duda, los que saben de la vida, se refugían allí. Chorrillos es demasiado urbano y anticuado y Barranco es demasiado progresista y burgués. Miraflores tiene algo de de propio, de característico; hay humanidad a la vez poética y realista en su fisonomía, y por eso, como la Cenicienta del cuento, se ha hecho para que la descubran los príncipes que saben escuchar a las hadas.....

LA TERTULIA

(A Raymundo Morales de la Torre)

"Hoy ya nadie visita. Todos son unos *chunchos*. No es como antes, que había tánta sociabilidad, cuando los jóvenes de Lima eran tan amigos de visitar y de hacer tertulia". Tal es el párrafo que las señoras sesentonas y algunas jovencitas conservadoras dicen a roso y velloso, cuando se presenta la ocasión y se reúnen en una sala más o menos modesta, formando rueda y en plena tertulia. Y en verdad que la visita, tal como se hacía antaño, era diferente de la visita, de cumplido de hoy, en la que se sale del compromiso con una venia correctísima, dos frases hechas, un discreto apretón de manos a la señora de la casa, cuatro genuflexiones, una sonrisa enigmática y dos o tres *patatín, patatán*, que son como la suprema síntesis coronadora de la tertulia hogaño.

Lima amó la charla como una necesidad imprescindible, y de allí nació la costumbre de visitar. La sociedad medio aldeana y cucufata de antaño, gustaba de curiosear y gozaba con el chismecillo barato; iba, pues, a las visitas a satisfacer un íntimo deseo de husmear, de saberlo todo, con cierta inocencia, exenta de malignidad tal vez, pero muy en caja con la burla ligera y alada, que fué característica de nuestras abuelas. Las tijeras enormes sonaban en todas las tertulias, cortando incansables con suavidad y eficacia.

Nuestros antepasados gustaban de visitar, y en todo caso después de la comida, que a principios del siglo pasado se tomaba a las tres de la tarde; y era costumbre, patriarcal y hospitalaria, obsequiar con algo a los visitantes, ya unas pastas, ya unas pastillas muy adornadas con briscados, doradas inscripciones y figuritas, ya un puñadito de mixtura, y nunca faltaba, por supuesto, la invitación galana y cordial del bizcochuelito, del buen chocolate y del vino dulce, todo lo que con el progreso se trocó un día, gracias a Field, a los ingleses y a los tiempos en el famoso *té con hojitas limeñas*, lo que hoy ha evolucionado tambien a las recargadas mesas, profusamente llenas de toda clase de dulces y en torno de las cuales, de pie y en gó-

rrulas charlas, circulan hombres y mujeres sin la atildada distinción de antaño.

Los jóvenes de otrora fueron muy visitadores, pero lo más clásico era la visita de la señora con las niñas. Se hacía generalmente en la noche, y apenas entraban y se sentaban, parecía qne en la casa visitada había una malévola intención de desesperar a la visitante, pues la de la familia iba saliendo una por una. Primero la señora, muy compuesta y emperifollada, toda ella venias y genuflexiones. Por supuesto, era interminable el rosario de las preguntas, después de los abrazos y besos reglamentarios. No bien se habían sentado y estaban en la consabida pregunta por la familia, aparecía la hija mayor. Nuevas incorporaciones, zalemas y cariñitos.....Al minuto ¡zas! otra de las niñas. Y otra. Y otra, hasta que terminaba el familiar desfile. Los jóvenes aparecían los últimos. Poco a poco llegaban los visitantes y algunas otras familias. Entonces se formaba la rueda y más antiguamcnte se subía al estrado. Todos se sentaban, en fila. Las niñas a un lado, los jóvenes al otro. Y se daba comienzo a la tertulia. Risas discretas, gran compostura, de tarde en tarde una gracia. Se hablaba de todo, es decir del tiempo, de la comedia, del último paseo en los Descalzos. A hora determinada aparecían los

azafates con pastas y en ciertas casas de copete, se servía un excelente soconuzco con bizcochuelitos.

Ya no se hace tertulia de este modo. Todo evoluciona en esta vida, hasta la tertulia, profundísima frase que sólo comprenden en su vasto y hondísimo alcance unas cuantas personas.

LAS GRANDES TERTULIAS
LOS SARAOS DE LOS BUENOS TIEMPOS

Famosas fueron en el Virreinato las cultísimas reuniones literarias del Marqués de Montosclaros, del Príncipe de Esquilache, del Marqués de Castell-dos Ríus y en sus últimos decenios las del Oidor Orrantia y el Mariscal Villalta. En las épocas de la abundancia colonial y republicana, cuando eran verdad las doradas leyendas del primitivo Cerro de Pasco y del guano, y cuando solía decirse sin rubor la frase «resonante como una medalla colonial» *vale un Perú*, hubo casas grandes que tenían tertulia todos los días, en que las niñas vivían encorsetadas y con las amplias y sofocantes crinolinas esperando a los del círculo. Además de la cuadra profusamente iluminada con grandes candelabros, se preparaban las famosas salitas de rocambor, en que según cuenta la tradición, llegó a jugarse a chino por ficha de apunte.

Era esto un rezago de las ruidosas moñas del siglo XVIII que Humboldt halló aquí tan arraigadas. Estas grandes tertulias que hicieron famosas las casas de Codecido, de don Manuel Zevallos, del Mariscal La Fuente y otras, dieron un aspecto suntuoso a la vida social limeña, que hoy languidece víctima de vulgar monotonía, o se confunde fuera de los hogares, en los lugares públicos, con el ambiente equívoco de los Casinos europeos. Casas hubo donde diariamente había mantel largo y a él quedaban invitados todos los visitantes.

Fué en estas épocas españolas e independientes de señoril opulencia cuando las tertulias y los saraos limeños adquirieron merecido renombre. Eran los tiempos de los bailes en Palacio y de aquel famoso de la Victoria, en que algunas damas llevaron real y positivamente, una fortuna en encajes y en alhajas, épocas que pasaron para no volver...

Cuentan las personas que alcanzaron a conocer a los actores de aquellos decorados escenarios, que los bailes de aquel tiempo eran colosalmente suntuosos. Joyas, entorchados, encajes legítimos, raras esmeraldas, brillantes como garbanzos, toda una escenografía de opereta del Segundo Imperio. La loca farándula de aquella grandeza pasó cascabeleando con inconsciente alegría, sin pre-

sentir el desastre y la derrota. Como eran tiempos de auge del militarismo y las gentes encumbradas contaban como orgullo los entorchados en su familia, estos grandes bailes ofrecían fantástico aspecto con el áureo y multicolor desfile de penachos lucientes y de galones brillantes, mezclados a los brocados femeniles, a las sedas impecables, al jiro cambiante de los finos rasos, de los aereos encajes, de las deslumbradoras joyas.....

En aquellos grandes saraos en que se ejecutaban el minué, la danza, la mazurka, el paspió, la gavota, se bailaba también la *mozamala*, cuando ya la aurora daba su tono lívido a los semblantes fatigados por el placer del baile. Constituían estas fiestas los mayores acontecimientos sociales, que comentaban animadísimamente en todas partes. Desde las vísperas se hacían preparativos en los hogares, y las que no podían asistir curioseaban de sayo y manto. Hubo casos en los bailes de Palacio, en que a los patios se entró también por especial invitación.....

Con alguna frecuencia, tanto en los bailes palaciegos, como en los saraos que diera algún encopetado personaje, se conspiró con el pretexto del baile, y mientras las mujeres pasaban danzando, anhelantes y satisfechas, en las salitas del rocambor los Mariscales y

los Doctores hacían mangas y capirotes de la Patria.

Poco a poco, las tertulias fueron disminuyendo en importancia, los bailes se alejaron un tanto, nacieron los *Clubs* (causa del aislamiento de los hombres), se acostumbró dar bailes en ellos, algo del espíritu extranjero se infiltró en las criollas costumbres y fueron desvaneciéndose las aficiones visitadoras de antaño. Pero mucho se conservó por largo período, aunque evolucionaron la tertulia y la visita a gigantescos pasos.

JUEGOS DE PRENDAS.—LOS JOVENES DE SOCIEDAD

En muchas casas se acostumbraba jugar a las prendas o a otros juegos sencillos con las personas de confianza, y los contertulios iban verdaderamente encantados a tomar parte en estas diversiones tan inocentes. Uno de dichos juegos que duró hasta hace unos veinte años, con cierto carácter de seriedad, fué el de la quina: se jugaba apostando cococos y nueces y cantando con maña y donaire los números de la lotería, pero el más socorrido, el que más entusiasmo en nuestros salones fué el de prendas. El *Gran Bonetón*, la *Berlina*, el *Soy, tengo y quiero*, el *Arbol, verso y refrán*, hasta ahora resucitan de cuando en cuando.....

Aunque todavía andan por allí algunos jovencitos con sus pretensiones sociables, ninguno puede compararse con el tipo genuino, tal como se mantuvo en Lima hasta hace unos cinco lustros el joven de sociedad. Lima tuvo siempre para cada época y en relación con el estado del país, sus muchachos a la moda, desde los remotísimos y arqueológicos pisaverdes, currutacos y lechuglnos coloniales, y de los primeros años de la República, hasta los caballeros contemporáneos de Castilla, que se afeitaban el bigote, conservaban unas patillitas españolas, usaban levita, pantalón blanco, corbatín y tarro plomo y los más próximos, de cabello con raya a un costado, alto pabellón, cuello descomunal, gran corbata plastrón y zapato de punta retorcida. Los jóvenes de sociedad fueron los indispensables en toda reunión, en todo el baile, en toda tertulia. Ellos ponían los cotillones con elegancia admirable, valsaban deslizándose con la suavidad aterciopelada, y, verdaderos profesionales de la vida social, tenían libretas con los días de santos, llegaban a adquirir confianza en las grandes mansiones, su mayor orgullo eran precisamente ser confidentes de las niñas, aunque por lo general ninguna se enamoraba de ellos. Siempre andaban muy paquetes, perfumados, impecables.

El mozo sociable sabía poner desde un cotillón hasta decorar una sala, hacer diseños para vestidos de baile, ensayar una comedia, y sabía cuál era la flor de moda, cuál perfume el elegante, cuál modo de dar la mano el más *chic*. Entre estos tipos había dos clases: el conquistador, desenvuelto y dominante, que enamoraba a varias, les decía galanterías a todas y hacía vida de Tenorio, un Tenorio respetuoso y discreto, sin fanfarronadas irreverentes como los de hoy, y el exclusivo joven de sociedad que tenía la sociabilidad en la sangre y que era en el fondo un ingenuo, festejado por todas las niñas, sin que ellas sintieran reparo en mimarlo verdaderamente. *No empavaba*, en nna palabra. Este tipo ha sido muy frecuente en Lima y en el fondo fué el verdadero dominador. Generalmente se quedaba soltero. No era peligroso. No pretendía aventuras. Era el solo y exclusivo *joven de sociedad*. Cuando entraba en una casa, ya se sabía, las muchachas lo rodeaban, le hacían mil preguntas, lo mareaban, le daban vueltas, le pedían que dijera discursos; él sacaba de apuros al amigo en los juegos de prendas, daba, si era preciso lecciones, de baile y cuando se iba a su casa sentía la íntima satisfacción de ser *tan sociable y tan distinguido*..

El joven de sociedad, más reciente, el de

hace muy poco, fué muy distinto. Bailaba poco y en las tertulias gustaba de mirar, desde las puertas, con suprema distinción, el paso vertiginoso y fantasmagórico de las parejas, en aquellos días en que el baile no tenía el carácter teatral y sensual que hoy tiene con exceso. No era un bailarín. De senvuelto y enamoradizo, tenía sus aventuras sentimentales y un hondo sentido de la corrección y de la caballerosidad; capaz de organizar un baile, no entraba en detalles, jugaba, *bridge* y *poker*, bebía con discreción, rara vez sin ella, era el perfecto *clubman*, sabía conversar sin recurrir a la bajeza del doble sentido y solía con exquisitez suprema, obsequiar flores y decir versos. Todo medido, fino, sin exageración ni alardes. Conservaba en algo las nobles virtudes antañonas del caballero hidalgo y bien puesto. Displicente en el fondo, su minuciosidad y su esmero eran más formales que sustantivos. Tenía—oh, dulce nota irónica, muchas veces—felices disposiciones para hablar de grandezas con aire despectivo, cuando iba en coche lo hacía con tal naturalidad que parecía parte integrante del vehículo, caminaba con armoniosa seguridad, tenía sus visos intelectuales, y de cuando en cuando podía citar dos o tres autores de novelas, *de los más correctos*. Sonreía un poco, con escéptica ele-

gancia de la literatura de moraleja, era algo dilettanti en materia de arte, vestía con sencillez cuidadosa y gustaba de escuchar, como quien vive despreocupado de todo, sin darle importancia a nada. Conocía a todas las *familias bien*—lo que hoy precisamente no significaría siempre las *familias de bien*—y tenía para todo una actitud tan correcta, tan fina, que él mismo se asombraba de su impresionante poder.....Eran los elegantes del tiempo de *Cabotin*, que ya unos se van haciendo viejos y abismándose en su triste soltería, que van evolucionando los otros hacia nuevos senderos, en los que no pisan con el aplomo de antes.

Pero últimamente Lima ha dado una verdadera vuelta de campana, que justo es decirlo, alarma con razón a las gentes de buena fe y que aman el recuerdo de esta ciudad de la cortesía y del buen tono. Una fiebre de placer y de novelería, ha abierto las puertas a pollitos escuchimizados y petímetres y a las modas peregrinas de países diversos, de los que se toma por lo general lo llamativo y pernicioso. La tertulia se muere en los hogares y reina una desorientación social que puede ser funesta, en los lugares públicos, donde un ambiente de suntuosidad cinemotográfica y de equívoca sensualidad, trastrueca los valores y parece que

va a dar en tierra con el dón de gentes, con la respetuosa hidalguía, con la verdadera vida de sociedad, que la aristocracia de la conducta única que acepta hoy el mundo debería siempre presidir y vigilar.....

LAS VISITAS DE DIA Y LAS VISITAS DE CONFIANZA

Poco a poco fué perdiéndose la costumbre de visitar en la noche. Las antiguas tertulias desaparecieron, poco a poco se abandonó también el hábito de la visita entre las familias del barrio. La creciente pobreza fué distanciando cada vez más los bailes y las reuniones en casas particulares y casi toda la vida social se refugió, en su aspecto de beato en el Club de la Unión. Fueron aquellos los tiempos en que este centro llamaba la atención por el lujo y por las brillantísisimas fiestas que ofreció a las familias de la capital. Lentamente, pues, quedó abandonada aquella pintoresca y hospitalaria costumbre de la tertulia. Los jóvenes se iban desde temprano a la calle; los atraían el teatro, el Club, los amigos.....

Sólo para los hombres muy atareados se conservó la costumbre de visitar los domingos. Pero a su vez las visitas de día se van haciendo cada vez más tarde, hasta a las ocho de la noche. Son de mero cumplido, especialmente el día de año nuevo; estiradas,

excesivamente correctas. Una venia con los pies juntos, un saludo ceremonioso a las damas, dos frases hechas, un aburrimiento insoportable, y.....hasta el año entrante. Las familias fijan desde hace unos veinte años, días de recibo: los primeros y los terceros miércoles, los sábados, los jueves.....Pero en realidad casi puede afirmarse que hoy sólo visitan los señores vocales. Los jóvenes encuentran a las muchachas en los Cines, en el *tennis*, en el *Palais*, en cualquiera parte.

Pero si las visitas y las tertulias ya no tienen el carácter de antaño, que dan aún las visitas de confianza, para los íntimos y que predominan en ciertos balnearios, aquellos que algo conservan del viejo espíritu, donde por un fenómeno en que la estación debe influír, se establece mayor familiaridad. Estas visitas de confianza pueden ser peligrosas, con un peligro muy relativo es cierto. Me refiero al funcionamiento expresivo de las tijeras. Los hombres echan leña a la hoguera y comienza la charla; recuerdos, apreciaciones sobre el último libro, el vestido de Fulana, el noviazgo de Mengana. Luego hay té y muchas cosas propicias, penumbra, idiscretísima ausencia de personas mayores, intimidad hospitalaria, pose distinguida, unas cuantas rosas en el comedor, sensación de elegante descuido en la sala, un estudio

de Schumau en el atril, unas cuantas muchachas sonrientes, despiertas, conversadoras, dos o tres jóvenes elegantes, un suave aroma de invernadero y una desesperada fuga de escalas en el piano del rancho vecino, y esos acordes que llegan a intervalos hacen adivinar a una colegiala vivarracha que con el cabello suelto, destroza el obligatorio ejercicio musical y se venga así de la maldita profesora.

Pero de las visitas de confianza, las verdaderamente encantadoras son aquellas que hacen las parientas viejitas, las amigas de otro tiempo, que cuentan cuentos a los chicos, hablan de *las cosas que pasan*, de la carestía de la vida, de la licencia de las costumbres, de las dolamas y de los remedios caseros. La tertulia ahora en las casas a duras penas se forma·a la hora de la sobremesa—tan, dulce, tan sana, tan educadora como fué antaño!—pero con frecuencia acontece que falta alguien y los hombres en estos días de clubs, de restaurantes con música y otras zarandajas se quedan casi siempre a comer en la calle.

TERTULIAS DE SANTOS Y TERTULIAS EN CASAS DE VECINDAD

Antaño las tertulias de santo constituían un acontecimiento sensacional en un hogar.

Desde temprano se ocupaban todos en festejar a la del día y comenzaban a llover materialmente los regalos. La tía Lola, la tía Socorro, la tía Manonguita, el *papabuelito*, los hermanos, los primos, los papás, las servidumbre, todos regalaban; llegaban después las visitas, se hacía provisión de pastas, de vinos generosos, de bizcochuelos, se alineaban sobre la cama de la festejada los obsequios, para que los vieran las íntimas, comenzaban luego la tertulia, pintoresca, animada, divertida. Todo esto va cambiando ahora. Las sorpresas, los bailes a la fuerza, no ya la confianza, sino la licencia, constituyen gran parte de las importaciones extranjeras; los días de santo se reducen a un monótono y como apresurado desfile en las casas por las que circulan amigos y amigas indiferentes y criticones. De cuando en cuando una *matinée*, una que otra vez una sorpresa, manera infalible de darle un colerón al señor de la casa.

Pero aún queda en las fincas de vecindad una inmensa reserva de anticuados tertuliadores. A la puerta de los departamentos y de los cuartos de los callejones, los vecinos charlan; las viejas fuman y los chiquillos alborotan con sus gritos, mientras como una salmodia triste, el caño del agua, perpetuamente abierto, dice una canción isócrona y

dolorida. Allí se ha refugiado la tertulia. Unos cuantos compadres traen sus sillas y los ya viejos hablan de las buenas épocas, recuerdan hazañas de la guerra, discuten revoluciones, mientras las comadres se hacen cruces con la carestía y lo mal que está el "*mercau*": "¡Jesús con esta vida! Sólo *pa* los blancos se ha hecho lo *güeno*. Las placeras están insoportables. Figúrese comadre, que me pidieron medio por una papa *morroñosa*".--"*Pior* es el chinito que ya ni *yapa* quiere dar; y que el *lavau* no da sino *pal*cuarto". Otras hablan de enfermedades y vibran en el ambiente las palabras rodaño, enjudiau, mal de ojos, sobreparto.....

A las once de la noche el portero cierra la puerta y aún algunas quedan sentadas en sus sillitas o en sus esteras, quejándose del mal tiempo, del reumatismo y de la plaza. "Nada alcanza, nada alcanza".....dicen, mientras se van trenqueando murmuradoras, arrastrando a algún chico condenado y estropajoso, de aquellos que ellas *quisieron que se estrellasen pa que vieran*.....

VISITAS HUACHAFAS Y TERTULIAS CON EL BACHICHE

El cinema, los teatros, los paseos pùblicos, han asesinado vilmente a la tertulia. Donde se mantiene mucho la costumbre de

las visitas es entre las *huachafas* y la verdad es que han retenido bastantes de las costumbres de antaño, como la de hacer rueda y jugar a las prendas. Los *huachaferos* gozan inmensamente con estas tertulias en las que hay un movimiento y colorido semejantes a los que hubo en las antiguas casas más encumbradas de Lima. La *huachafería* no es efectivamente en el fondo sino un atraso en las costumbres, un rezago y una dificultad de adaptación que engendra a mi ver imitaciones exageradas o deficientes.....Entre los visitantes no hay que olvidar junto al *huachafero*, o amante y especialista de la huachafería, al *huachafoso*, parte integrante de ella, que para visitar se pone el vestido dominguero, se perfuma, lleva flor al ojal y se imagina correctísimo e impecable, empeñado en imitar a los jóvenes de "nuestra mejor sociedad".

Apenas se inicia la tertulia, después de hablarse del calor o del frío, viene inevitablemente un capítalo de recriminaciones. Que si las de Perengánez son unas ingratas que no van nunca y hacen visita de médico, que si el señor está de lo más perdido, que si en los tiempos de un vieja, presente en la sala, los jóvenes no eran *montubios* y luego se eleva el coro de las disculpas: «¡Ay, hija, si no salimos; hacemos una vida de lo más recole-

ta». Y así hasta que algún atrevido propone un vals, un one step, o una cuadrilla, ceremonioso baile, de señoril prestanza que ha desertado de nuestras reuniones aristocráticas por cursi. Pero antes salen a la sala, malamente sostenidas por un cholito picado de viruelas, unas conchitas con helados y luego unos azafates con galletitas. Los jóvenes se apresuran a alcanzar las conchitas, hay agradecimientos infinitos, miradas de esquisita ternura y luego alguien se sienta al piano y toca un vals, *con mucho compás*, que todos bailan arrastrando los pies y haciendo *guaraguas* del más puro estilo nacional..... No falta algún huachafero, poco adicto a las niñas, como dice la señora, que se divierte enormemente conversando con el señor más o menos indefinido y francote, que dice galanterías marca año 70 y hace alardes de agilidad, porque para él no ha habido como el baile y las balas. Queda aún en las reuniones *huachafas*, algo influídas ya por el Cinema, algo de la vieja tertulia ya extinguida.

La pulpería ha sido y es todavía (aunque ahora mucho menos por el gran desarrollo de las instituciones populares), un centro de reunión y de tertulia de los mozos del barrio. Todas las pulperías tuvieron, y aún algunas conservan, un saloncito para despachar copas y allí los mocetones se juntaban

para comentar las cosas del taller, la fama de tal o cual como empapelador y sobre todo las *faitemanadas* de los más mentados. Sobre la tosca mesa de pino, con una libra de pisco al frente y entre trago y trago, salen por esas bocas las más despampanantes eventuras. «No hay como Bartolito para el *cabeceo*. ¿Te recuerdas cómo recogió al difunto Don Abel, que en paz descanse, y le dió un *contrasuelazo* y lo volvió a recojer, como si se tratara mayormente de una criatura? Si no hay como Bartolito».....Y por este jaez son las conversaciones. Otras veces jugaban, y tal vez juegan, al briscán con señas. Cuando no llegan los compadres, el pulpero es el que hace el gasto, averigua todos los chismes del barrio y entre un despacho de manteca y otro de caramelos, en mangas de camisa, contesta las preguntas del vecino y comenta con él la vida del vecindario. La pulpería también va perdiendo su color y ya aquellas tertulias con Don Giovanni, con Don Atilio y con don Giusepe tienden a desaparecer .. ..

EVOCACION

Por algunos rincones ha pasado el cronista y ha creído revivir pretéritas horas. A las puertas de las casuchas del Cercado las vecinas charlan en el claro silencio, de aque-

barrrio sin coches ni tranvías, apenas sonoro con el lejano rasguear de una guitarra sordamente rumorosa y con la aguda voz cantarina, que a intervalos trae la brisa envuelta en un capitoso aroma de madreselvas.....

En los corredores anchurosos y en los grandes traspatios de las quintas casi abandonadas, bajo los jazmines de las glorietas ruinosas, o entre las balaustres y el enrejado de arcaicas ventanas, platican suavemente muchachas de *color honesto* y abuelas octogenarias cuentan plácidos recuerdos, sentadas en sillas de cuero, ante el suave esplendor de la luna, que platea las callejuelas y los árboles de las huertas.

Y este escenario, por tradicional y vetusto ¡me pareció tan fantástico, tan distante, tan poético!

1895

A la memoria de don Nicolás de Piérola, varón insigne en nuestra historia política, y tipo representativo por excelencia, dedica el autor esta evocación que llena y prestigia la figura del caudillo legendario.

Entre mis más vivos, intensos recuerdos el de la célebre revolución coalicionista de 1895 se impone a mi espíritu con firmes y pintorescos caracteres. En 1895 era yo un chiquillo que no llegaba a los diez años. Estaba en esa edad en que comienzan a delinearse las cosas y las almas en nuestro espíritu y, por lo mismo, acontecimiento de tánta magnitud como el del sacudimiento revolucionario de aquel tiempo, el último de su género en nuestra Historia, siempre tentó mi pluma. Además, hay una diferencia tan radical entre el Perú anterior a la revolución y el que le sigue, especialmente en las modalidades de nuestra vida social, qae bien vale la

pena intentar rehacer el cuadro de aquellos días, siquiera como base para próximos y más graves estudios.

Aquel año marca, sin duda, una era decisiva, que es como el origen del Perú moderno. Hasta el año 1895, el Perú conserva hondamente viejas tradiciones y costumbres casi coloniales, incorporadas a su vida. La guerra del 79 y sus desastrosas consecuencias detuvieron, seguramente, nuestra evolución y por ello el movimiento renovador de 1895, significó un cambio completo en nuestras costumbres, aparte de la transformación política que operó. Los que vimos con ojos infantiles aquellos días un tanto sombríos del segundo gobierno de Cáceres. tenemos en el alma grabada la impresión de un país totalmente distinto al de hoy, y de la remembranza de ambos aspectos, deduzco que la revolución de 1895 representó en el Perú muchísimo más que una mera evolución política tal vez se cambió menos en los métodos políticos que en los demás órdenes de la vida social. Pero dejo aparte digresiones, ya que mi objeto es sencillamente presentar los cuadros de aquella época, tales como los conserva mi memoria.

DESPUES DEL DESASTRE: LO QUE VEIAMOS LOS NIÑOS LA VIDA ANTES DE 1895

Después de la salida de los chilenos de Lima, una leve esperanza y un vago programa de resurgimiento asomaron en el oscuro horizonte del país. El primer Gobierno del general Cáceres, pareció representar el ansia de renovación que el duro escarmiento de la guerra hizo nacer en todos los espíritus. Los jóvenes que sobrevivieron a la inmensa catástrofe, a la segur implacable de la guerra, concibieron la ilusión de que el Perú se renovaría espiritualmente, que se abandonarían las fangosas sendas desmoralizadoras y que se trabajaría por rehacer el patrimonio nacional, seriamente quebrantado. Cuando los que hoy tenemos poco más de treinta años balbuceábamos apenas el nombre de la Patria, se escuchaba doquiera, con el anatema al enemigo, la confianza en que se cambiaría de métodos. Cinco años tendríamos, cuando González Prada lanzó su enérgico verbo de reivindicación y de convocatoria a la austeridad y al patriotismo. En torno al ideólogo resonante, en plena actualidad, se alzaron voces juveniles y pareció que, con el sueño de la revancha, se afirmaba un sentido de la nacionalidad, fuerte y generosa. Pero, desgraciadamente, hubo un exceso de radica

lismo verbal, que si en algunos espíritus significó una sincera orientación del ánimo, en la mayoría no sirvió sino para un alarde de vacío y campanudo patrioterismo, lamentablemente desorientado y muy pronto decaído. El general Cáceres, que había luchado bravamente en la Breña, no era sin duda, no obstante sus méritos militares, el hombre a propósito para recojer el cuerpo macilento y malherido de la Patria, que pedía a gritos su verdadero organizador. Su obra se confundió, no obstante los buenos propósitos de los comienzos, con la vulgaridad de casi todos nuestros anteriores gobiernos. La dura lección del desastre, no encaminó las almas por senderos de rectitud, y pronto, con el desaliento, se sintieron las molestias del abuso del Poder y por ellas la necesidad de la indisciplina y de la rebeldía. Se vió lejano, muy lejano, el Perú que soñaron los abuelos, se sintió, con el bochorno de la derrota, la debilidad de las propias fuerzas, y la compasiva y tal vez satisfecha mirada de los extraños nos reveló claramente nuestro incontenible desmedro. Tornaron los métodos abominados, y el Perú continuó, con la agravante del convencimiento de su más espantoso desastre espiritual, siendo un país propicio a la desaorganización y a la revuelta.

En tal estado, la vida social sufrió las

horribles consecuencias de la guerra desgraciada. Adormecidos durante los primeros años de la República con vanas ilusiones, sumergidos en una onda de riqueza efímera y de concupiscencia real, no supimos ver el espantoso abismo que se abría a nuestros pies. Convencidos de que éramos el primer país de América, arrullados aún con el recuerdo de la supremacía colonial, manoteando torpemente entre el oro del guano y del salitre, enorgullecidos con nuestra actitud del año 1866—única victoria genuinamente nuestra, y nuestra para toda la América - no supimos guardarnos de las envidias que indolentemente despertábamos. De allí que danzáramos en una perpétua tertulia, en que nuestro proverbial dón de gentes daba sus más ingeniosas, floridas y estériles muestras. Nos creíamos ricos y privilegiados, gastábamos sin tasa, disfrutábamos de la vida..... Pero, vino la guerra y con la guerra la miseria. Por eso los niños de las épocas inmediatamente posteriores a ella, alimentamos nuestro espíritu con la paradoja del relato fantástico de pasadas opulencias, contrastando con la dolorosa y miserable realidad presente: La mentira convencional de la grandeza pretérita llenó nuestros oídos juntamente con las lamentaciones y los anatemas por la guerra. Nos educamos eu un ambiente mendicante. Nues-

tros deudos y nuestros maestros, hicieron el papel de aquellas viejas quejumbrosas venidas a menos, que pierden el tiempo, sin hacer nada, recordando idas suntuosidades y clamando al cielo por mágicos renuevos de riqueza y señorío.....

La Lima anterior a 1895 se convirtió en una ciudad triste. Mis recuerdos de ella en aquel tiempo, tienen un dejo romántico y dolorido. Lo que se contaba de aquellos días de grandes bailes, de suntuosas tertulias, de elegantes paseos, parecía tan lejano que casi nos era ausente. Nuestros ojos veían el contraste amargo de la pobreza reinante. En las calles polvorientas, mal empedradas, no había el movimiento humano que revela la vida de una ciudad grande. El mezquino vivir y el recuerdo persistente de la derrota, ponían en nuestros ojos, prematuramente entristecidos, un cuadro que era muy distinto del que nos pintaban nuestros madres. Todo era pobre..... Yo recuerdo que se podía señalar con los dedos de la mano a las personas que gastaban el lujo de un coche. Muchos médicos pasaban por las calles en jamelgos lamentables. Se daba como referencia para señalar donde vivían las gentes, las casas de unos cuantos potentados. *Cien misoles* de capital sonaban como una suma fabulosa. Se vivía mal y reinaban el decaí-

miento y la tristeza. Podía caminarse cuadras y cuadras en las noches silentes, sin que se escuchara la música de un piano. Las gentes se recojían al anochecer, y en las calles quedaban solamente los típicos celadores, entonando aires melancólicos en sus silbatos de carrizo. Las noches lunares, por economizar alumbrado, no se encendían los faroles del gas y la ciudad se romantizaba bajo la luz tenue de la luna. Los galanes rondaban las rejas, donde aguardaban avizorando las románticas novias y sus idilios tenían un dulce encanto aldeano. El pueblo, el bajo pueblo, se divertía cantando vacuas *marineras*, a la vez quejumbrosas y amenazadoras. Las familias se refugiaban en la tertulia modesta, añorando los ricos y distantes tiempos. La pobreza traía consigo cierta cursilería reflejada en la predilección por la música de los valses dulzones y de las cancioncillas frívolas. En los *Clubs* ya no se daban aquellos saraos rutilantes que fueran orgullo de otros días; imperaba el mal gusto en el vestir, un tanto militarizado en los hombres y chillón e insignificante en las mujeres; la policía era impotente para contener los desmanes de las *palizadas*; los señoritos tenían a ofensa el trabajo; la holganza era representativa de distinción; no se conocían los deportes ennoblecedores, la misma tradición de las regatas se

estaba perdiendo, aunque renació después; la jarana imperaba a todas horas en los callejones; el pueblo gozaba por igual ante una ronda de zapateadores, en el bautizo de una cometa o cabe la bamboleante anda de una procesión; se rociaba todo festejo con pisco; la cometa era casi una institución nacional; el ejército era una mezcla triste de militarotes vulgares y de indios levados; en los cuarteles una promiscuidad asquerosa juntaba el *anaco* de la india servil y sucia con el uniforme del soldado analfabeto y brutal; el hombre de alta sociedad holgaba; el niño era ante todo un mataperro; el joven de clase media aspiraba a *faite*, el obrero se embriagaba embrutecido. El pesimismo subía como una ola negra hasta los más altos espíritus, al punto que un hombre ilustre llegó a decir con amargo humorismo que sólo quedaban dos cosas dignas de tomarse en serio: el *rocambor* y las *tandas*. Imperaban el pianito ambulante, los desafíos a pedradas, las burlas a la policía, las abigarradas procesiones, el desgobierno y el abuso.

EL SEGUNDO GOBIERNO DE CACERES
LA SOPLONERIA.—EL AMBIENTE REVOLUCIONARIO
LOS CORONELAZOS CACERISTAS Y LOS JEFES MONTONEROS

Recuerdo haber oído tántas quejas sobre los métodos de gobierno entonces, que sería cosa de no acabar nunca relatar anécdotas. En el Colegio de los Jesuítas, donde imperaba un ambiente francamente periolista y donde recibí la educación primaria, los más grandecitos hablaban irrespetuosamente de Cáceres y de la soplonería y se divulgaban en todas partes, no sin bastante temor, las tenebrosas leyendas de las persecuciones a los conspiradores. Cáceres tenía para el vulgo un prestigio extraño que participaba de la valentía y de la crueldad. Se hablaba a media voz del régimen, y se propalaban rumores de fusilamientos y de torturas; la Pampa de Teves y los calabozos de la Intendencia tenían ante nuestros espíritus infantiles siniestros significados.

Piérola era el eterno rebelde, el conspirador infatigable, el audacísimo montonero. Aún en los hogares se hablaba con cuidado, porque se temía a la delación, y los soplones eran algo así como los *cocos* de las personas mayores. No podía hablarse ni de aquellos tostados bizcochitos llamados *revolución ca-*

liente, sin bajar la voz y mirar de soslayo, por sí algún indiscreto escuchaba y creía que se trataba de la revolución coalicionista. Se decía que había soplones entre los vendedores ambulantes, los mendigos y los criados. En los hogares caceristas—el mío casi lo era, por tener yo varios parientes en el bando de Cáceres—se hablaba de Piérola como de un hombre terrible y nefasto. En muchas sobremesas se discutía la posibilidad de hacerle fusilar, si se le aprisionaba. Mas, para el pueblo, Piérola era un Mesías. Su figura arrogante y legendaria, tocada del prestigio de su valer personal, de su orgullo y de su audacia, crecía en los corrillos de mestizos, y en los callejones el nombre del caudillo vibraba como una clarinada de esperanza. Se creía que con él vendrían el bienestar, la abundancia y una especie de socialismo, y en el alma ignorante e ingenua de las gentes se abría la ideal perspectiva de una aurora de reivindicación: suprimidos el *cachaco*, el *soplón*, creada la igualdad, vencida la miseria, tornadas al seno de la Patria las idolatradas provincias cautivas.

Por lo que se decía doquiera, no se podía vivir, tales eran la desazón y la angustia que reinaban en el orden social. Los periódicos de aquel entonces, tenían que ser muy parcos y discretos en sus noticias, porque estaban a

menazados si acaso asomaban ribetes revolucionarios en lo que decían. Las cárceles estaban llenos de presos; y se hablaba de fantásticas y complicadas conspiraciones. Don Amadeo de Piérola era para el vulgo una especie de duende revolucionario, audaz y maquiavélico, maestro en el sutil arte de los mensajes y las escapatorias. Las gentes aseguraban que en los carretones que recojen los cadáveres de los hospitales, se conducía armas para los rebeldes En ciertas casas se hacía acopio de fusiles viejos, pues desde el desbarajuste de la guerra, era rara la familia que no conservaba un *Peabody*, un *Gras*, un *Comblain*. Los muchachos talluditos *cimarroneaban* para alistarse bajo las banderas revolucionarias. Más de uno volvió, después de la toma de Lima, al Colegio a concluír su instrucción media. El ex-diputado Balbuena y el doctorcito Abel Toledo Ocampo que recuerdo entre otros, pueden atestiguar con sus propios hechos este aspecto característico de la época. Los cantores populares entonaban en las jaranas de la masonería revolucionaria canciones subversivas en que se exaltaba a Piérola y se denigraba a Cáceres. Bajo las puertas de las casas y en las rejillas de las ventanas, aparecían diariamente pasquines conteniendo amenazas al régimen y esperanzas en la revolución. Según se dijo, hasta ha-

bía señoras encopetadas que repartían aquellos papeles llenos de procaces injurias y resonantes proclamas. Las noticias de los triunfos revolucionarios se propagaban como el viento. Los indefinidos y las cuchicheadoras pensionistas, clamaban por la derrota del Gobierno.....

El célebre doctor Barriga libraba verdaderas batallas para sostener su periodiquito "La Tunda", virulento y panfletario en el que, mozos aún, colaboraban Chocano, Martínez Luján, López Albujar y Larrañaga como en un sabroso artículo de «Hogar» me lo recordó mi buen amigo Ricardo Vegas García.

Para la imaginación de los muchachos de entonces cada coronel de Cáceres, salvo contadas y muy honrosas excepciones, algunas realmente meritorias y simpáticas, era una especie de verdugo. Recuerdo claramente a muchos de ellos. Me parecían todos muy corpulentos y peludos. Tenían suntuosos uniformes y mandaban sus batallones con aire fiero y dominante. Las bandas militares de entonces tenían un prestigio colosal, que se afirmaba en las populares retretas. Cuando pasaba un batallón, las gentes sentían simpatía sólo por los músicos y muchos espíritus aviesos pensaban seguramente en los propicios blancos de los vistosos uniformes cuando

llegase la hora de la *toma de Lima*. Tenían fama los coronelazos de Cáceres de duros y de crueles y el pueblo les fue tomando odio cerril, muchas veces injusto, que se reveló en las cruentas horas de la lucha en las calles de la capital. El ejército de Cáceres era en su mayoría ignorante, pero muy vistoso; aquella profusión de coroneles, tenientes coroneles, sargentos mayores graduados y efectivos, con sus entorchados de oro y plata, sus múltiples cordones y sus grandes sables que pendían de los cinturones rutilantes por medio de muchas y áureas cordonaduras, tenían en verdad un aspecto imponente. Los negros tradicionales de la caballería presentaban marcialísima y bizarra actitud y los famosos músicos redoblantes, que según la tradición tenían las muñecas de las manos dislocadas, eran el encanto de la chiquillería, que se alocaba viéndoles hacer juegos malabares con los palillos. Quedaban aún ingenuos que creían que a los mejores músicos nuestros, se los robaban como a niñas bonitas, para llevárselos a Chile. Todavía resonaban como en los tiempos de los Grandes Mariscales los nombres de Zepita, Ayacucho, Lanceros de Torata, Húsares de Junín, como nombres gloriosos de los batallones. Lima daba entonces una impresión netamente militar; se vivía en constante amenaza de batalla. Día a día lle-

gaban noticias alarmantes sobre los montoneros y veíase con frecuencia desfilar por las calles centrales aquellos célebres batallones de quinientas plazas rumbo a los lugares donde se decía que, como un fantasma, había aparecido Piérola.

Los jefes montoneros, en cambio, tenían un prestigio popular de viveza juvenil y gallarda. Eran entonces los ídolos: Durand, lleno de celebridad, y que todos concebían en la napoleónica actitud en que lo sorprendió un fotógrafo ya desaparecido, don Manuel Moral; Isaías de Piérola, muy joven entonces y que ya tenía una resonante y larga fama de heroismos; Collazos; Parra, Bermúdez, Yéssupe, Amador del Solar, arrogante, oratorio y tenoriesco; los Seminarios, hermosos y vengativos como agarenos fanáticos. Para que al cuadro no le faltara la nota romántica, una mujer, Marta la cantinera, daba tema a la inspiración anónima del romancero y de la música popular. Los montoneros eran entonces para el vulgo los tipos de la astucia y de la valentía; los vivos y constantes *huaripampeadores*. El *cholo* Oré burlando a Muñiz, era un héroe casi mitológico, y sobre todos, *Don Nicolás*, como llamaba familiarmente el pueblo a Piérola, con su perita coquetona y su mechón romántico, era el símbolo hecho carne de la libertad y el hombre del porvenir.

Gritar entonces *viva Piérola*, era como consagrar un principio de reivindicación, y cuando un borrachito, olvidando la realidad de la tiranía, deseaba proclamar su culto por una Patria nueva, lanzaba el inolvidable y legendario grito, como si fuera una afirmación y un reto. Se conspiraba en todas partes; la chismografía, a la q' fué siempre aficionado el pueblo limeño, renovó en aquellos días arcaicas costumbres, y las viejecitas, resucitaron, haciéndose cruces, los coloniales corrillos murmuradores en los atrios de las Iglesias. Se decía que hasta en los confesonarios se hablaba de la revuelta, y la vivísima imaginación de nuestros criollos, abultaba los hechos con la suelta gracia y la exageración andaluza que nos caracterizan.

EL 17 DE MARZO.—LOS COMBATES EN LAS CALLES LA TREGUA.—EL TRIUNFO DE PIEROLA

Por fin una mañana dominguera de marzo, el vecindario de Lima despertó con el ruido atronador del combate. Muchos creyeron que se trataba de un albazo, de aquellos albazos famosos que solían darse á los coroneles de Cáceres, pero pronto se disipó el supuesto. «Los montoneros de Lima», se decía por todas partes con mal disimulado regocijo.

Por Cocharcas, bravamente, Piérola, a la cabeza de sus montoneros, entró en Lima y comenzó el cruento batallar en las calles. Muchos de los coronelazos de Cáceres se negaron a salir, y varios batallones caceristas se batieron sólo con sus oficiales. De algunos balcones y tejados se disparaba contra las fuerzas del Gobierno. Fueron asesinados así en pleno corazón de la ciudad, un tío carnal mío, don José Antonio Barrenechea y La Fuente, y don Octavio Diez Canseco, ambos ayudantes de campo de Cáceres. En Palacio reinó la desorientación desde el primer instante, y el General Cáceres sintió la inquietante angustia de las defecciones, que ataron con hilos de timidez su espíritu. Una leyenda seguramente mentirosa, dice que le sacaron de Palacio en una camilla. Piérola rodeado de un juvenil y brillantísimo Estado Mayor avanzó hasta la plaza del Teatro Principal, donde se atrincheró. El silbar de los *manlicher*, el tronar de los cañones y el repicar de los campanarios tomados por los rebeldes, llenaron de ruidos siniestros la apacible ciudad. En los hogares reinaban la piedad, el terror y la angustia. Las tropas de Cáceres, especialmente los odiados celadores, se batían bravamente, muchas veces sin jefes. El coronel Ugarte dejó entonces bien sentada la fama de su

coraje. Los montoneros, auxiliados por el pueblo, economizaban municiones, disparando sobre seguro, y Lima se llenó de heridos y de cadáveres. En muchísimas casas, las niñas deshilaban los blancos lienzos para enviar a las ambulancias las albas y caritativas hilas. El correo de las brujas anunciaba las plazas y las torres tomadas por los revolucionarios; la ciencia de las viejas señalaba, por el repicar típico de cada campanario, con infalible exactitud, las iglesias que estaban en poder de los coalicionistas. Cuando se hizo la tregua, las calles aparecieron llenas de cadáveres hinchados ya por la putrefacción. Recuerdo que escapé de casa y anduve algunas cuadras acompañado por un primo hermano mío. En los cementerios de las parroquias se agrupaban en informes montones cadáveres de oficiales, soldados y civiles en maloliente y macabra confusión. En las cerradas pulperías asomaban por las ventanillas sus rostros rubicundos los italianos que despachaban a prisa y con miedo a las criadas, los artículos más indispensables. En las casas el horror de la tragedia juntaba a todos los vecinos en los *principales* que ofrecian mayor seguridad. Todo aunciaba el inmediato triunfo de Piérola, que crecía en prestigio. Por fin Monseñor Macchi, Delegado de Su Santidad, intercedió para que

cesaran los combates y se formó la Junta de Gobierno que presidió don Manuel Candamo. Se retiraron las tropas de Cáceres y las de Piérola de la ciudad misma y en todas partes se respiró satisfactoriamente ante la evidencia de la victoria coalicionista.

Algunos horrores mancharon con su nota siniestra el triunfo. Se afirma que algunos espías, los famosos y detestados *soplones*, fueron quemados por el pueblo, que sintió siempre repugnancia por esos tipos dañinos e irresponsables en su equívoca misión. Los rebeldes incendiaron la casa de Muñiz y el aborrecido *puente de palo*, trasunto feudal, en el que se cobraba el derecho de pasaje, saquearon la casa del General Borgoño en la calle de Negreiros y amenazaron la casa en que vivíamos nosotros por haber vivido en ella también un tío político mío, el coronel Samuel Palacios Mendiburo, tipo arrogante y simpático, uno de los más caballerosos y distinguidos militares que hayamos tenido. Recuerdo vivamente la noche en que nos anunciaron que unos cuantos desalmados prendían fuego a las habitaciones interiores de la casa. Huímos con mi pobre madre y nos refugiamos breves momentos en la de los padres lazaristas que estaba al frente de nuestra mansión de la calle de la Chacarilla. La *Guardia urbana* detuvo el mal en su origen y pudi

mos volver al viejo hogar, temblorosos y con la visión angustiosa del incendio, felizmente dominado.

Constituída la Junta de Gobierno, Cáceres marchó al extranjero y Piérola fué a Arequipa mientras se hacían las elecciones populares que en tal ocasión fueron de verdad. Cuando volvió e hizo su entrada a Lima por la plaza del monumento al "2 de Mayo" un gentío frenético y enorme le recibió como a un verdadero Libertador. De los balcones se le arrojaron abundantes flores y de los rústicos arcos triunfales pendieron las clásicas *nubes* que, al paso del caudillo, se abrieron dejando caer rosas y echando al viento blancas palomas. Un vocerío ensordecedor encarnaba la esperanza de una Patria nueva, olvidada la angustia de la cercana tragedia. Piérola aureolado por la gloria popular, avanzó entre el clamor admirativo de millares de almas repartiendo saludos y sonrisas. Todo el comercio cerró sus puertas aquel día, que yo recuerdo nítidamente, y por las calles donde pasaba el triunfador cortejo, se apiñaba la rumoreante muchedumbre ansiosa de aclamar al ídolo.....

LA TRANSFORMACION SOCIAL POR LA REVOLUCION
NUEVAS ORIENTACIONES
CAMBIOS EN LOS ORDENES SOCIAL, ECONOMICO, INTELECTUAL Y POLITICO
TRADICIONES Y ESPERANZAS

Piérola trasformó radicalmente el país. No podría marcar ahora el que estas líneas escribe todas las benéficas modificaciones que en todo sentido le debe el país, en esta su mesiánica aparición. Rápidamente pudo observarse cómo todo cambiaba y cómo de nuestro desmedrado vivir nacían iniciativas y reales esperanzas de resurgimiento. No entro de lleno a ver el aspecto meramente político que marcó el triunfo de un civilismo positivo para recordar las diferencias esenciales que en la vida misma se notaron, casi inmediatamente. Lima empezó a ser ciudad en todo sentido. Hasta las costumbres se transformaron con rapidez, explicable sólo por la detención evolutiva que la guerra y los yerros administrativos propiciaron. Hubo un ambiente de seriedad y de confianza en todos los órdenes, especialmente el económico, que reflejaron en todos los matices de la vida. Cuando Piérola dejó el Poder en 1899, otro Perú se alzaba sobre las ruinas y miserias del que encontró al asumir el mando.

El período de Piérola fue de verdadera e

intensa creación, un punto de partida que tal vez no ha sido aún bien aprovechado por completo. De cuando en cuando, en verdad y por desgracia, han retoñado métodos que parecían olvidados, y aún cuando la fuerza inicial ha sido enorme,en veces la obra muerta de un pasado infecundo pesa sobre nuestra vida como un mandato fatal. De 1895 parte la total transformación de nuestra vida, al punto que admira que en tan poco tiempo hayamos cambiado tanto.

Si volvemos los ojos al ayer anterior a 1895, comprenderemos el cambio gigantesco que hay en las costumbres, especialmente en Lima. En materia militar, Piérola orientó la institución científicamente. Desaparecieron las *rabonas*, y con ellas se fué para siempre aquella vida de amontonamiento gregario,de confusión gitanesca, de sucia promiscuidad de aldeas en emigración, que caracterizaban la marcha de nuestros regimientos. La disciplina del palo y del látigo fué sustituída por otra más benévola y humana, se vistió más sobria y elegantemente al ejército,se dió gran importancia a la instrucción civil del soldado, se planteó el servicio militar obligatorio, se trajo la misión francesa que transformó por completo los viejos métodos *troperos*. Dejaron de tener importancia las mojigangas acrobáticas de los pintorescos *despejos*. El le-

ma grosero y vulgar de los tres olores característicos que debían trascender del soldado y que comenzaban con la letra P: *pisco, pólvora y pezuña*, desapareció casi por completo. La necesidad del aguardiente con pólvora para dar coraje al soldado, se desvaneció como una tontería, y se comenzó a trabajar seria y ordenadamente por hacer un ejército de lo que había sido hasta entonces, puede decirse, una tribu desorganizada y pintoresca.

Todo en una palabra, comenzó a transformarse. Los colegios dejaron, lentamente es cierto, los métodos de la palmeta, del calabozo y de la perpetua lucha de odios entre maestros y discípulos. El estudiante vislumbró campos de distracción más sanos y más nobles que los de las antiguas trompeaduras en masa, los brutales desafíos a honda, los insaciables duelos por las cometas. Se fueron abandonando los deformadores y acrobáticos sistemas de la barra, el trapecio, las argollas y las palanquetas y surgieron las armoniosas carreras a pie, los juegos del *football y del cricket*. Una juventud distinguida se congregó al aire libre, bajo los cielos amplios, a ensayar los deportes ingleses. Nació el *Club Unión Cricket* y dos espíritus juveniles y entusiastas dieron a esta sana orientación de nuestra juventud un impulso simpáti-

co y enorme: Don Pedro de Osma y Don Ricardo Ortiz de Zevallos y Vidaurre. Fueron desapareciendo aquellas célebres luchas de colegio a colegio, siendo sustituídas por las justas atléticas de sabor clásico. En Santa Sofía primero y en Santa Beatriz después, se dieron fiestas deportivas de índole social elevada, que creaban nobles emulaciones y compañerismos duraderos.

La vida intelectual pareció renacer. Se afirmó la gran figuración de Chocano. Una pléyade de entusiastas adoptó nuevas orientaciones y al marasmo de la vida mental que reinaba después de la guerra, hecha ya la obra y la celebridad de la bohemia romántica de Palma, sucedió una febril curiosidad que dió frutos renovadores y simpáticos en el grupo en que se distinguieron tanto Clemente Palma, Román, Arnao, Fiansón, Martínez, Luján, López Albújar, Esteves Chacaltana, Salomón y otros. Comenzaron los periódicos a pagar la colaboración de sus escritores y a orientarse más progresivamente en sus servicios. Aparecieron las especializadas informaciones, disminuyeron los viles *comunicados*, y la antigua y abigarrada crónica comenzó a perder su promiscuo carácter. Espinoza, Beingolea y Miota comenzaron a dar muestras de su ingenio, y en todos los órdenes espirituales se sintió como un renacimien

to. Una bohemia tan distinguida como culta, una especie de capilla de verdadero amor por el arte formaron López Aliaga, Bacaflor, Astete y Concha, Llona, que rodearon una com prensión para entonces desmesurada la figura nobilísima y fina del maestro Valle Riestra. En materia de espectáculos, se esbozó un renacimiento. La tradición de aquellas grandes compañías que nos visitaron hasta antes de la guerra, tuvo un retoño feliz en la llegada de Adalguisa Gabbi con Perelló de Segurola y Castellani. En los hogares mismos se abandonaron en mucho las socorridas pre ferencias por los acompasados valses, las saltarinas polkas y las sensibleras romanzas de confitería que primaban en las célebres tertu lias del tè con hojitas limeñas. Hasta el arreglo interior de los hogares fue modificándose y afinándose, aunque con ello fueron a manos de extranjeros y de anticuarios mercantilistas muchas consolas talladas y muchas maravillosas vejeces del gran tiempo. La juventud comenzó a orientarse más seriamente. Ya no era vergonzoso *destinarse*. El doctor Villarán, muy joven entonces, pudo decir cuatro latigueantes verdades sobre nuestras decorativas y decantadas profesiones liberales.

En materia educativa progresamos bastante, a pesar de la *media ciencia* de que habló Piérola. Surgieron o se afirmaron maes-

tros llenos de entusiasmo como Villarán, Manzanilla, Prado, Odriozola, Olaechea, Capelo, Cornejo, entre otros, que renovaron la enseñanza universitaria. El Doctor Deustua en sus lecciones de Estética, abrió nuevos horizontes a la curiosidad intelectual de la juventud y su palabra cálida arrastró un grupo selectísimo que se orientó mejor en los estudios artísticos y filosóficos, amando seriamente la vida del espíritu.

En el orden político mejoramos mucho. La revolución de 1895 ha sido, sin duda, la última de aquellas grandes revoluciones en masa, que conmovían al país entero, lo detenían para impulsarlo a veces, para retrogradarlo otras. Murieron muchos hábitos grotescos y dañinos. Desapareció el pintoresco y muchas veces grosero debate en las Cámaras entre los pretendientes a una misma curul y aunque no avanzamos mucho en cultura cívica—tal vez hay un desequilibrio entre el progreso social y el meramente político—desaparecieron también las salvajes luchas en torno a las mesas electorales y la vida política adquirió un carácter más serio y hasta más apacible indudablemente.

En el sector económico, la confianza creó muchas sociedades y compañías, asomaron algunas industrias, nacieron, puede decirse, las instituciones de seguros, los Bancos cre-

cieron, el ahorro aumentó en forma que las estadísticas pueden revelar enorme. Las gentes comprendieron que *cien mil soles* no eran para asombrar a nadie; dejaron los ociosos de mirar abobados el paso del coche del señor Barreda y de señalar con el dedo la casa de la señora Soria. Nos enteramos un tanto de que lo mejor de América no estaba entre nosotros; nos enorgullecimos un poco menos de nuestros zambos redoblantes y de nuestras bandas de Bombas; nos acercamos más al mundo; con el patrón de oro, el cobre dejó de deformarnos con excesivos abultamientos los bolsillos; concluyó definitivamente el pintoresco imperio del barbero sangrador y sacamuelas; la medicina y la dentistería fueron más respetadas en su real valor científico; los médicos adquirieron coches, abandonando las tristes y lentas caballerías aldeanas; fueron desapareciendo poco a poco el pantalón a la Waterloo y el zapato de punta de cacho; languidecieron los reinados del chaleco blanco y del peinado de los grandes pabellones engomados, y aunque las gentes creían aún en la leyenda de los músicos náufragos que tenían la suerte incomparable de salvar con la vida el uniforme y el instrumento musical, un más sobrio y delicado buen gusto presidió nuestra vida.

La policía fué algo más respetada: la

transformación del *cachaco* grotesco con su enorme capote y su rifle descomunal, en el *señor Inspector* de escarpines y frágil vara, detuvo algo la proverbial irreverencia de nuestro público. Disminuyó un poco la inscripción de groserías en las paredes recién pintadas. El pueblo empezó a orientarse mejor; se crearon o reorganizaron muchas instituciones humanitarias y de artesanos; el espíritu institucional se desarrolló un tanto decorativamente, pero con buena intención; las pulperías dejaron de ser el casino de nuestros obreros, donde antes pasaban las horas bebiendo pisco y jugando al *briscán* con señas; por vez primera vióse en los estrados del Congreso a un diputado obrero; Don Rosendo Vidaurre; los *faites* fueron poco a poco perdiendo el señorío de su antigua leyenda; hasta la vida galante comenzó a transformarse con la inmigración extranjera; la mayor cantidad de vehículos y el mejoramiento del servicio de tranvías, influyeron mucho para mezclar a las gentes de todos los confines de la ciudad, el barrio dejó de tener el carácter autónomo y hostil que respecto a los otros tenía; y también en las formas religiosas se cambió notablemente, porque Don Manuel Tovar suprimió muchas mojigangas y revistió de mayor seriedad la vida del culto.

Piérola, figura desmesurada en nuestro medio, tuvo la inmensa fortuna de saber encausar genialmente el desarrollo del país. El encanto aldeano de Lima desapareció, es verdad; muchos espíritus exageradamente modernistas contribuyeron y siguen contribuyendo implacablemente para hacer de Lima una ciudad sin carácter, y mucho de la vieja y dulce personalidad limeña se ha ido tras el penacho arrebatador del progreso. Hasta en la forma de hacer el amor se cambió. Es admirable verdaderamente cómo apesar de la fuerza formidable de supervivencia y conservación que tienen las formas, pudo cambiarse tan radicalmente en todas los órdenes de la vida social. Y aunque deja una impresión de suave melancolía esta mutación tan honda, no debemos negar que hemos ganado y que parece que nos hemos incorporado ya sin vacilaciones al movimiento de la vida universal. Lástima que el gran Piérola no terminase su obra, que siempre se le combatiese, que se le detuviese, para el arrepentimiento de última hora, en su labor gigante y que las bases de educación cívica que puso, se remuevan dolorosamente día a día!

Tales son los recuerdos más vivos que conservo de aquellos aspectos típicos de nuestra vida. Pertenezco a la generación que ha

tenido la fortuna de asistir a una de las más decisivas transiciones del país y aunque me entristece la desaparición de algunos aspectos románticos y característicos de la Lima de la gentil y picaresca leyenda, me complace profundamente, como una pena muy dulce, reconstruír y fijar estas remembranzas que orean mi madurez y traen a mi alma fatigada por tántas inquietudes y combates, una brisa cariciosa y aromada de jardín en plena primavera.

349

220 · AA A 30